

VANNY FERRUFINO

A woman in a white wedding dress stands on a balcony at night, holding a bouquet of flowers. The background shows a dark sky with stars and a mountain range. The title 'SECUESTRAR A UNA LADY' is overlaid on the image in a large, stylized font.

SECUESTRAR
A UNA
LADY

EL CLUB DE LAS SOLTERONAS II

© 2025 Vanny Ferrufino. Todos los derechos reservados.
Secuestrar a una lady

Edición: Kenfers Pérez.

Todos los derechos están reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo del autor.

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

Sinopsis

Travis Spinster ha trabajado por años para crear todo un imperio hotelero y no está dispuesto a permitir que nadie eche a perder sus planes, por lo que ahora que el duque de Richmond le ha robado la compra del terreno que necesita para su más grande proyecto, él tomará su venganza y se llevará a su preciada hermana, la dama en la cual nunca debió haber posado los ojos.

Penelope Humphrey quería romper las reglas y el día que lo hizo, terminó involucrada con el hombre que arruinó su compromiso hace más de tres años y ahora está dispuesto a enmendar su error: él quiere sacarla del club de las solteronas para convertirla en su esposa. No obstante, existe un inconveniente y es que la hija de un duque jamás se casaría con un plebeyo como Spinster.

Al menos no por voluntad propia.

Prólogo

*“Se dice por ahí que el duque de Richmond está dispuesto a todo con tal de consolidar uniones matrimoniales para sus hermanas, por lo que ha enriquecido la dote de la más grande y, al parecer, más complicada de todas
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

Ingllaterra, Londres. 1849

Travis Spinster podía considerarse un hombre con suerte.

Tal vez con demasiada suerte desde cualquier perspectiva porque para ningún americano era sencillo labrar un negocio y gran fortuna en tierras inglesas en tan poco tiempo, cuando la mayoría de su gente te juzga por tus orígenes y creencias. Sin embargo, contra todo pronóstico, él lo consiguió gracias a su esfuerzo, sacrificio y lealtad, dado que no podía olvidar que la ayuda que les brindó a la condesa de Grafton y a la marquesa de Winchester, sus mejores amigas, le permitió obtener el favor de la reina y unos cuantos nobles acaudalados.

Llevaba más de tres años en Inglaterra y lo que en un principio fue un sueño sin bases ni fundamentos, ahora era una realidad. Primero empezó comprando posadas y uno que otro hotel en ruinas para después refaccionarlos de tal manera que todo aquel que visitara Londres sintiera un gran deseo y necesidad de ser un huésped en sus establecimientos.

Lo estaba haciendo bien, o al menos eso quería creer, pero a pesar del prestigio, dinero y toda la suerte con la que contaba, Travis sentía un gran vacío en su interior. No estaba solo, tenía a sus amigos, hermana y sobrino, pero incluso así, últimamente nada parecía suficiente para él.

—¿Todo en orden? —la voz de su cuñado, Zachary Aldrich, mejor conocido como King, lo arrancó de su letargo y lo instó a girar el rostro en su dirección. El rubio de rostro angelical, pero musculatura alarmante, le regaló una sonrisa perversa antes de acercarse al ring—. Te ves muy tenso, ¿estás molesto por lo que sucedió?

—¿Cómo no estarlo? —torció los labios con disgusto, lo menos que deseaba era recordar la razón del por qué asistió a Los cuadriláteros del infierno—. Richmond ha estropeado muchos de mis proyectos, me ha quitado terrenos y hoteles, pero esto ha llegado muy lejos —farfulló y se dirigió al rincón más alejado del ring—. Tengo a muchos socios sobre este barco, no puedo dejar que se hunda —reconoció y King se subió al ring con bastante facilidad.

—No lo permitiremos. —Travis haría bien en recordar que él era uno de sus socios—. Por un momento pensé que salirnos con la nuestra sería sencillo, él salió de viaje sin dar señal alguna.

—Nos distrajo —siseó—. Lo planeó desde un principio y eso me saca de quicio porque no lo vi venir —reconoció—. ¿Es que nunca me dejará tranquilo?

—Arruinaste a su hermana hace tres años, no pidas que lo olvide tan fácilmente cuando eres el único responsable de que Penelope Humphrey sea considerada una solterona.

Travis apretó la mandíbula y, aún en contra de su voluntad, regresó en el tiempo a la noche que marcó un antes y un después en su vida.

—¡Ustedes arruinaron a mi hermana! —bramó Augustus Humphrey, duque de Richmond, con

impotencia y Travis se sintió un tanto inquieto por la situación. Cometió un terrible error al tomar un carruaje con una dama dentro—. Todos en el baile vieron cómo se la llevaron en el carruaje, su prometido ni siquiera intentó ir por ella y sólo dio por terminado el compromiso.

El sollozo de la hermosa pelinegra hizo que cerrara las manos en dos puños.

—Tal vez ella acaba de librarse de un maldito cobarde —escupió con enojo, él no tenía la culpa de que ese hombre haya aprovechado la situación para huir del compromiso.

—¿Usted qué sabe! —el duque perdió los estribos—. Es un simple y corriente americano.

Su cuñado, quien lo había acompañado a devolver a la dama junto al conde de Grafton, lo sujetó del brazo y le pidió que guardara la compostura con una simple mirada.

—¿De qué sirve un esposo que no puede proteger a su mujer? —siseó con enojo.

Lo mínimo que ese hombre podría haber hecho por la pelinegra era seguir el carruaje.

—¡Todo es su culpa! —el duque parecía querer matarlo y no era para menos, él odiaba a los de su clase; o más bien a los que no eran de la suya.

—Si eso es lo que cree, está bien, cumpliré con mi deber y me casaré con su hermana.

El conde de Grafton palideció ante su declaración, puesto que para nadie era un secreto que los Humphrey no eran precisamente una familia agradable, y Travis apretó la mandíbula al ver como el duque rompía en una sonora carcajada.

—Prefiero verla como una solterona antes que con un americano como usted —aseveró el pelinegro y él apretó la mandíbula con disgusto.

—Bien, supongo que acaba de salvarme de tener que relacionarme con gente tan desagradable como usted —le puso voz a sus pensamientos y el duque enrojeció de la pura rabia, lo más probable era que nunca nadie se hubiera atrevido a hablarle de esa manera.

—¡Largo de mi casa! —ordenó furioso—. Y por su bien, no se atrevan a mencionar el nombre de mi hermana en voz alta porque los hundiré. ¡No quiero que nadie nos relacione con ustedes!

Esa noche, Richmond los dejó huir sin pedirles nada a cambio, pero Travis nunca se imaginó que después de ese incidente, él terminaría convirtiéndose en su peor pesadilla. Le robaba socios, negocios e incluso mujeres, era como si el hombre se hubiera obsesionado con su ruina.

—Él no aceptó mi propuesta —masticó sus palabras y King se rio.

—Sabías que iba a rechazarte. —No, en realidad, él no lo sabía—. La familia Humphrey, hasta ese momento —aclaró—, nunca fue relacionada con ningún escándalo. Poseen linaje, fortuna y belleza, las hermanas del duque tenían todo para triunfar, pero el compromiso fallido de lady Penelope lo ha complicado todo y lady Charlotte está siendo todo un fracaso en sociedad.

—¿Tratas de justificar el odio de Richmond? —su cuñado se encogió de hombros—. Pero ¿qué quieres que haga? Ellos me odian y yo no sé hacer de celestina, no pienso buscarle un esposo a Penelope Humphrey.

Menos cuando ella le gustaba tanto, jamás podría entregarla a otro hombre por voluntad propia.

—Richmond está desesperado y ha duplicado la dote de su hermana. —Ese comentario captó su atención—. Mi gente ha vigilado sus movimientos y todo parece indicar que los terrenos y hoteles que perdiste ahora son parte de la dote de la dama.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal y se quedó inmóvil en su lugar por varios minutos. Si lo que Zachary decía era verdad, sólo existía un camino para recuperar el terreno que Richmond le arrebató.

—Tienes que casarte con ella.

—Él jamás me aceptará de buena manera.

—Seamos sinceros, entre ustedes, nada se suscitará de buena manera —zanjó el rubio y él tragó con fuerza—. A menos que desees hablar con todos tus socios y explicarles que perdiste el terreno donde se suponía que construirías el hotel más grande y lujoso de Inglaterra.

—No, claro que no —farfulló—, pero ella me odia, por mi culpa terminó siendo parte del club de las solteronas.

—Y todo parece indicar que sólo tú podrás sacarla de ese horrible agujero.

La garganta se le cerró.

¿De verdad podría casarse con Penelope Humphrey?

La sola idea de hacerse de la mujer hizo que el pulso se le disparara y cuadró los hombros con seguridad. Richmond no estaba en Londres y, según tenía entendido, Penelope Humphrey estaba jugando a la dama rebelde porque esa noche asistiría a la inauguración de Diamantes, un club dirigido a las mujeres cuyas pasiones bajas no estaban siendo atendidas.

¿Qué mejor oportunidad que esta para conseguir de una vez por todas todo lo que tanto quería?

Y no, Travis Spinster no estaba pensando en la dote de la mujer de cabellera azabache y ojos color esmeralda, sino en algo más.

Capítulo 1

*“¿Logrará lady Humphrey conseguir un esposo esta temporada o seguirá siendo la más grande maldición de sus pequeñas hermanas?
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

Penelope Humphrey no era en lo absoluto una mujer rebelde, sino más bien todo lo contrario. Desde que tenía uso de razón, su vida se basó en obedecer a sus padres, institutrices y ahora a su hermano mayor, Augustus Humphrey, el séptimo duque de Richmond. No obstante, considerando que ya era una mujer de veintitrés años, sumida en desgracia, Penelope se encontraba en una fiesta de perdición —a la cual las mujeres de su alcurnia y educación no asistían—, con el único fin de descubrir qué era lo que los hombres buscaban en una mujer.

Para ella, los hombres eran un enigma que quería descifrar, pero difícilmente lo haría desde su casa, por lo que aceptó trabajar con sus amigas en Diamantes, siempre y cuando su identidad se mantuviera en el anonimato.

Se frotó la falda color carmesí con nerviosismo y se felicitó por el resultado de su trabajo. La inauguración del club estaba resultando un éxito y todas sus clientas se veían satisfechas. Nunca se imaginó que el primer evento social que organizaría sería uno así, dado que fue educada para ser la anfitriona de un hogar.

Un hogar que cada vez veía más lejano y difícil de formar.

«Debes hacerlo, necesitas un esposo para mejorar la situación de tus hermanas», le susurró una vocecilla y ella tragó con fuerza. No quería que sus hermanas terminaran en el club de las solteronas. Charlotte jamás se lo perdonaría y Arabella lamentaría el hecho de no poder formar la familia que siempre quiso.

—¿Todo en orden? —la voz de Olivia, su mejor amiga, la hizo respingar en su lugar—. Te ves nerviosa, ¿lamentas ser parte de esto?

—No, es lo mejor que me pasó en años —susurró—. Es solo que sigo sin entender cómo funciona el mundo —clavó la vista en los invitados, ellos se relacionaban con bastante facilidad.

—¿Por qué quieres entenderlo? —le sonrió con ternura—. Eso es muy complejo y puede tomarte mucho tiempo.

—Pero...

—Estás en una de las mejores fiestas que habrá este año, ¿por qué no te relajas y disfrutas un poco?

¿Relajarse? ¿Hace cuánto que no hacía algo así?

—Nadie va a reconocerte —señaló su máscara y Penelope se relamió los labios con nerviosismo—. Lillas se fue, tuvo problemas con su esposo, y asumo que no volverá por el resto de la noche porque debe solucionarlos.

—Es bueno saber que al menos a una de nosotras le va bien en el amor, ¿no crees?

Lillas amaba a su esposo y algo le decía que tenía la dicha de ser correspondida.

—Deja de pensar en eso —pidió Olivia.

—Mi hermano me matará si descubre que estoy trabajando en el nuevo club de la ciudad.

—Con suerte el duque de Richmond nunca se enterará —en esta ocasión ambas tiritaron en su lugar, para nadie era un secreto que el duque era muy estricto a la hora de guardar las apariencias.

—¿Crees que es posible esconderle un secreto de ese calibre?

—Estás sobre pensando las cosas —Olivia negó lentamente con la cabeza—. Es hora de avanzar, no podemos quedarnos en este pasillo por horas.

—Lo sé —susurró—, como también sé que no deberíamos estar aquí. —Sonrió con amargura—. Es escandaloso y decadente. —A lo lejos vio como una mujer adulta le sonreía coquetamente a un joven.

Diamantes tenía la función de darle una nueva oportunidad a las mujeres que no lograron casarse en sus años de temporada y fueron duramente juzgadas por la sociedad. Era el club de las segundas oportunidades y si las cosas seguían así, ella terminaría convirtiéndolo en su segundo hogar.

—¿Quieres regresar a Richmond House? —inquirió su amiga con inquietud—. Es comprensible que todo esto te abrume. Eres la hermana de un duque respetable y...

—No —susurró—, no quiero huir de esta noche que podría ser sólo mía.

¿Cuándo volvería a tener una oportunidad como esa?

Tenía la leve sospecha de que el regreso de su hermano la mantendría muy lejos de Diamantes durante los siguientes meses.

—Sé que muchos de los invitados son nobles y estoy gratamente sorprendida —comentó distraídamente, lo mejor sería sacar esos pensamientos de su cabeza—, es la primera vez que veo a tantos hombres felices juntos.

¿Por qué no actuaban con esa soltura y confianza en los bailes?

Ella siempre pensó que era como un ritual masculino parecer estreñido durante las veladas sociales, pero todo parecía indicar que las sonrisas coquetas, la soltura y la sinceridad no era algo que los hombres estuvieran dispuestos a darles a las mujeres de su alcurnia.

—Me pregunto si aquí podré encontrar un esposo —susurró con interés y se dio unos toquitos en el mentón con curiosidad, ella quería casarse con un hombre que fuera capaz de amarla..

—Sólo el cinco por ciento de los hombres que están aquí son solteros y con título. —Olivia la hizo volver en sí y ella evitó rodar los ojos con aburrimiento—. Además, ellos vinieron por una querida, no por una esposa.

—¿Por qué tienes que ser tan pesimista? —suspiró con frustración y su amiga le dio una palmadita en el hombro.

—Debes tener paciencia, el amor no se encuentra de la noche a la mañana.

Eso ya lo sabía y por esa razón seguía lamentando el hecho de que su compromiso con Hereford no hubiera funcionado. El hombre siempre llamó su atención y Penelope se había sentido bastante cómoda durante su cortejo.

«No tiene caso pensar en él, el vizconde nunca llegó a amarte», espetó una vocecilla y ella tragó con fuerza, ¿acaso nunca sería la primera opción de nadie?

Si Hereford la hubiera amado, él no sólo habría continuado con el compromiso, sino que habría salido detrás del hombre que se atrevió a secuestrarla para limpiar su honor. Pero no, para él fue más fácil desvincularse del asunto y dejar de nombrarla en voz alta.

«Deja de pensar en eso», le ordenó una vocecilla, «tú tampoco lo amabas». Pero quizá, sólo quizá, el tiempo la habría ayudado a sentir un poco más que aprecio por el vizconde.

—¿Quieres que me quede contigo?

—No —fue sincera—. Quiero mezclarme entre los presentes, me gustaría escuchar qué tipo de temas se abordan en estas fiestas.

«Y conocer qué tipo de cortejo tienen los amantes». Ese pensamiento hizo que se ruborizara,

¿hasta dónde estaba dispuesta a llegar con tal de encontrar el amor?

—Es un club de perdición, recuerda que no puedes tomarte muchas libertades y que no todas las mujeres del lugar son damas sin experiencia —comentó Olivia con cautela—. Asistieron muchas viudas a la inauguración.

—Lo sé —susurró.

—Bien —la observó con preocupación—, si sucede algo, no dudes en buscarme.

—De acuerdo. —Se alejó del pasillo sin mirar atrás, ¿por qué su amiga asumía qué podía meterse en problemas?

Ella nunca se metía en problemas. La única vez que fue víctima de uno, fue culpa de alguien más. Ese pensamiento hizo que apretara la mandíbula con disgusto.

Su vida era un desastre por culpa de ese americano sin escrúpulos ni corazón. El único culpable de todas sus desgracias era Travis Spinster, quien por error terminó llevándose su carruaje con ella dentro a mitad de la noche, dejándola sin prometido, reputación y un futuro prometedor.

¡Nadie la creía lo suficientemente buena!

Poco importaba que su hermano mayor la hubiera llenado de dinero y tierras, ningún noble quería como esposa a una dama arruinada. Tal vez por esa razón no sentía pena por el americano que su hermano estaba dispuesto a aplastar. Ese hombre arruinó su vida y nunca le pidió perdón por ello, así que no había razón para ser misericordiosa con él.

Llegó al salón de baile e ingresó al lugar con melancolía, observando como las parejas danzaban al son de la música y sus acercamientos distaban mucho de ser apropiados.

Tiempo atrás, ella había gozado de una gran fila de pretendientes y siempre tenía una pareja para bailar, pero ahora todo era diferente.

Era una solterona, una mujer de veintitrés años demasiado adulta para los burgueses, quienes por cierto jamás serían aceptados por su hermano, y demasiado escandalosa para los nobles.

Torció los labios con preocupación.

¿Realmente podría recuperar su lugar en sociedad o sólo estaba soñando en grande?

—¿Te gustaría bailar? —Penelope regresó en sí cuando un hombre de cabellera castaña y musculatura escandalosa se plantó frente a ella.

—No es necesario que te ocupes de mí, atiende a los miembros —respondió con amabilidad, deduciendo que se trataba de un empleado, y el hombre enderezó la espalda y le regaló una sonrisa traviesa.

¿Quién era? ¿Realmente era necesario que los empleados también se cubrieran el rostro?

—No trabajo aquí, soy un invitado —el calor incendió sus mejillas, eso explicaba muchas cosas—, y después de aclarar el asunto —le extendió la mano—, ¿le gustaría bailar conmigo? —volvió a preguntar.

Miró su mano con recelo.

—Si no trabaja aquí, lo más prudente que puedo hacer es preguntarle ¿qué es lo que vino a buscar esta noche?

No podía olvidar que era la hija de un duque, una dama virginal que tenía mucho que proteger, por lo que no podía involucrarse con cualquier hombre ni hacer nada que pudiera considerarse escandaloso.

¡Ella sólo vino a mirar e investigar!

—A ti. —Un escalofrío recorrió su espina dorsal ante tan apasionada respuesta y por breves segundos no supo qué responder, ¿quién era ese hombre que la miraba con tanta intensidad?, ¿por qué sentía que podía verla debajo de su máscara y disfraz?, ¿podría ser que él conociera su

identidad?—. Me propuse que esta noche bailarí con la dama más bella y debo admitir que no ha sido fácil encontrarte.

El alivio recorrió sus entrañas. Él no conocía su identidad, sólo estaba coqueteando con ella.

—Le aseguro que hay damas más interesantes que yo —dijo con un deje de tristeza—, no pierda su tiempo conmigo. —Lo menos que deseaba era aburrir a los clientes de Liliás.

La sorpresa la golpeó con fuerza cuando él sujetó su mano y tiró de ella hacia la pista de baile con suma delicadeza.

—Pero ¿qué cree que está haciendo? —gruñó con enojo y él le sonrió con coquetería por encima del hombro, calentándole las venas.

Era la primera vez que un hombre le sonreía de esa manera y no tenía la menor idea de qué tipo de respuesta debía darle.

—Es un club en el cual ustedes son las protagonistas de la noche —marcó el ritmo de sus pasos después de rodear firmemente su cintura—, ¿puedo saber por qué estás tan seria?

Él no usaría las formalidades.

—Sólo pensaba en todos los hombres casados y sin principios que seguramente asistieron al evento —soltó con dureza y él se rio.

—No estoy casado, pero no sé qué decirte en cuanto a mis principios —soltó con mofa y ella tragó con fuerza al tiempo que él la aferraba a su cuerpo con mayor descaro.

—¿Qué hace? Esto no es correcto.

—¿Y viniste hasta aquí para hacer lo correcto? —susurró en su oído y ella se estremeció en respuesta. Tal vez no era una experta en el tema, pero estaba segura de que ahora mismo no estaba bailando con un inglés. Su acento, aspecto e incluso aroma eran diferentes—. ¿Qué placeres deseas conocer esta noche, belleza?

Dios santo, ahora entendía por qué Liliás les pidió que fueran cuidadosas a lo largo de la noche. Tragó con esfuerzo y barrió el lugar con la mirada en busca de ayuda, pero todas las mujeres estaban muy felices con sus acompañantes y ninguna de esas damas eran sus amigas.

Estaba sola y, muy a su pesar, junto a un hombre que llamaba mucho su atención.

—Estás algo pálida —su caballero misterioso rompió el abrazo y dio un paso hacia atrás—. Ven, tomemos un poco de aire fresco.

¿Aire fresco?, ¿no debería decirle que el club no contaba con un jardín y muy probablemente no llegarían a ningún lugar adecuado si seguían el camino que Liliás les ordenó no tomar a lo largo de la fiesta?

Se suponía que en el primer piso el entretenimiento era más relajado y adecuado para damas solteras, en el segundo piso las parejas podían ser atrevidas y bailar sin un límite de cercanía, pero el tercer piso... ese piso estaba destinado para las mujeres que estaban listas para consolidar todo con sus acompañantes.

Lo correcto habría sido detener toda esta locura, pero en lugar de eso dejó que el hombre de espalda ancha, porte elegante y ropa costosa guiara sus pasos y eligiera el camino. Cuando ingresaron por el oscuro pasillo, su compañero ralentizó su marcha y Penelope no estaba segura de estar haciendo lo correcto, pero suponía que era bastante tarde para dar marcha atrás.

Tenía un compañero, al final de todo, pudo conocer a alguien nuevo que quizá, conociendo su identidad, nunca se habría acercado a ella. El lugar no estaba vacío, pero las personas que estaban ahí ni siquiera se inmutaron con su llegada.

—¿Qué hay aquí? —preguntó el hombre con curiosidad y Penelope se ruborizó con violencia.

¿Por qué diablos la llevó a ese piso sin estar al tanto de lo que encontrarían?

Liliás nunca le habló de ese sector en específico, según su amiga no era un lugar apto para

damas virginales como ella.

—No lo sé —reconoció y avanzó hacia uno de los grandes cuadros que una de las parejas estaba observando con tanta atención—. ¡Oh por Dios! —jadeó al ver que no se trataba de cuadros, sino de grandes cristales que les permitía ver qué estaba sucediendo del otro lado de la habitación. La sangre se le incendió al ver como un hombre se mecía sobre una mujer con demasiada violencia y esta lo rodeaba con las piernas por la espalda.

¡Ambos estaban desnudos!

Se alejó de ese cristal con rapidez, pero paró en seco al ver que en la siguiente habitación una mujer estaba de rodillas ante un hombre y... Dio un paso hacia atrás y rodeó su garganta.

¿Eso era el coito?

Por todos los santos, ¡ella no sabía nada!

Sí comprendía como el cuerpo de una mujer y un hombre podían encajar con mucha precisión, pero esto que tenía en frente era algo impensable.

—Estoy tan húmeda —susurró la mujer que estaba a su espalda y miró por encima de su hombro como el hombre que estaba junto a ella se reía con diversión.

—¿Quiere probar? —le preguntó el individuo de cabellera oscura a su acompañante y se alarmó al ver como metía una mano en el escote de la mujer—. Vaya, sus pezones ruegan por algo de atención, querida.

Penelope removió las piernas con inquietud, ¿es que en ese lugar las personas no sentían vergüenza?

Observó cómo su acompañante intentaba acercarse a ella y avanzó un ventanal más con la esperanza de encontrar la habitación vacía, pero no fue así, por lo que ahogó un jadeo al ver como un hombre enterraba el rostro entre las piernas de una mujer. En este cuadro se podía apreciar plenamente el cuerpo de la fémina en cuestión, pero para su sorpresa todos llevaban antifaces, por lo que no podía reconocerlos.

—Creo que lo mejor será marcharnos —siseó su acompañante con voz tensa y ella asintió, en esta ocasión ninguno fue capaz de mirarse a la cara.

Sin embargo, antes de abandonar el pasillo, Penelope se alarmó al oír el grito de la mujer que hace un momento estaba junto a ella y cuando giró sobre su lugar para saber qué estaba sucediendo, se arrepintió en el mismo instante.

La fémina en cuestión estaba con las manos contra el vidrio, el vestido arremolinado en la cintura y su acompañante estaba...

—Maldición —gruñó su caballero misterioso y tiró de ella para sacarla rápidamente del lugar—. Tal vez lo mejor que podemos hacer es regresar al segundo piso —sugirió de repente, más nervioso y tenso de lo imaginado, y ella lo buscó con la mirada.

—¿Qué fue eso? —preguntó y él gruñó en repuesta.

—Nada que...

—Por favor, explíquemelo —rogó angustiada y lo sujetó del brazo—. No, mejor enséñeme.

Un tenso silencio se cernió sobre ellos y su acompañante la observó por largos segundos.

—Yo no sabía que se podía hacer eso entre hombres y mujeres —se vio obligada a decir y el hombre se posicionó frente a ella con mayor seguridad.

—Sucedé que "eso" no se puede hacer con mujeres refinadas y de buena cuna —aclaró y ella ladeó el rostro, confundida—. Una lady moriría de pánico y miedo, mientras que una cortesana sólo moriría de placer.

Penelope respingó al darse cuenta de que quizá ese hombre podría brindarle la información y los conocimientos que necesitaba.

—¿Dice que esa mujer es una cortesana?

—Estoy seguro de que habrá más de una viuda o esposa insatisfecha por el club.

—¿Podría ayudarme? —insistió con el tema de su interés y el hombre apretó la mandíbula.

—Eres una lady, ¿no es así? —Se ruborizó e intentó alejarse, pero él sujetó su muñeca enguantada—. Te ves muy inocente y nerviosa, no pareces estar acostumbrada a estos lugares.

—No lo estoy —confesó abrumada y el hombre tiró de ella con suavidad y la instó a rodear su brazo.

—Permite que sea tu guía —dijo con voz ronca y la piel se le erizó—, quién sabe y al final del camino encontramos un destino interesante.

No le dio una respuesta y dejó que siguiera el camino de la perdición, donde en esta ocasión, mientras subían las gradas, ellos ya no podían mirar, pero sí escuchar todo lo que estaba sucediendo en las habitaciones cercanas.

—¿Por qué gritan?

—Son gritos de éxtasis —espetó él con un deje de diversión—, ellas necesitan expresar que se sienten satisfechas.

—¿Satisfechas? —frunció el ceño.

No estaba entendiendo nada de lo que su misterioso acompañante le estaba diciendo.

—Si no fuera por tu atuendo y atrevido cuerpo, pensaría que eres una dama virginal.

El pánico se apoderó de ella y decidió guardar silencio, no había necesidad de abordar ese tema. Si Augustus llegaba a descubrir que se coló en un club de perdición con toda la intención de entender a los hombres, la mataría con sus propias manos.

—Entremos aquí —El hombre apartó una de las cortinas y Penelope se estremeció al oír suaves jadeos femeninos. Husmeó la habitación circular con cautela y vio unos sillones en medio de varias cortinas, algunas cerradas y otras abiertas.

El olor se le hizo curioso e ingresó al lugar, quedando como piedra al ver que lo que las cortinas escondían eran grandes camas. Quiso salir, pero se le hizo demasiado tarde porque su acompañante bloqueó su camino con su amplio pecho.

—¿Nos sentamos?

—Yo...

—Será divertido, ¿acaso no te excita escucharlos?

¿Excitación?, ¿era eso lo que estaba sintiendo?, ¿por esa razón la humedad recorría sus lugares secretos y sus muslos se encontraban resbalosos?

Con los músculos entumecidos y el corazón en la garganta, Penelope se sentó en el sillón que tenía en frente tres camas cubiertas con sus respectivas cortinas y tragó con fuerza cuando el hombre hizo lo mismo. La iluminación era mala, pero ahora que podía apreciar su perfil y mandíbula, tenía la leve sospecha de que lo había visto antes.

—¿Cuál es su nombre? —quiso saber, pero entonces una de las cortinas se abrió y se alarmó al ver que la persona que estaba saliendo de ese lugar era su propio hermano.

¿No se suponía que él estaba de viaje?, ¿cuándo llegó y por qué diantres estaba ahí?

¿Se suponía que Augustus no frecuentaba este tipo de clubes!

Antes de que su hermano pudiera reparar en su presencia, su acompañante se abalanzó sobre su cuerpo, usando su amplia espalda para cubrirla, pero como resultado sus labios quedaron lo suficientemente cerca como para generar una terrible tensión entre ellos.

—¿Qué hace? —preguntó con un hilo de voz, olvidando por completo a su hermano, y el hombre tragó con fuerza.

¿Era impresión suya o se había puesto demasiado nervioso?, ¿por qué, hace apenas unos

segundos estaba muy seguro de sí mismo?

—Me he dado cuenta que necesito un beso tuyo.

Penelope abrió los ojos con sorpresa, ¿de verdad sería capaz de besarse con un extraño?

«No será tu primer beso, lo has hecho antes», le recalcó una vocecilla, animándola a estirar el cuello para unir sus labios con los del hombre, e inhaló con pesadez.

—Yo...

—Augustus, querido, espera —chilló una chirriante voz femenina con desespero y no lo pensó más, simplemente cortó la distancia que los separaba y lo besó.

Si quería que su hermano no la descubriera, debía comportarse como todas las mujeres de ese lugar.

Capítulo 2

*“¿Alguien podría explicarme por qué la gloriosa fiesta de Diamantes terminó antes de tiempo? No sé mucho del tema, pero algo me dice que la repentina llegada del duque de Richmond provocó un gran inconveniente para la dueña del club
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

Los labios de su acompañante eran suaves y acogedores, pero le resultaba evidente que él no estaba interesado en besarla, puesto que sus movimientos eran fríos y sin gracia, y su cuerpo se sentía tan rígido como una vara sobre el suyo.

¿Por qué? ¿Acaso hizo mal al estirar el cuello y hacerse de sus labios? ¿Su actitud descarada lo habría incomodado?

Según tenía entendido, las damas no robaban besos. Al darse cuenta de su error, Penelope lo empujó suavemente por el pecho y rompió todo contacto con rapidez, agradeciendo en silencio que su hermano ya no estuviera en ese salón. Su presencia la había alterado más de lo debido, actuó de manera insensata al lanzarse a los brazos de un completo desconocido y no tenía la menor idea del por qué su corazón latía con tanto desespero.

Ni siquiera conocía al hombre que tenía junto a ella, pero su sola presencia bastó para que actuara de manera indecorosa.

«Ya tuve mucho por hoy, debo salir de aquí», pensó con preocupación y recordó el hecho de que su hermano se encontraba en Londres y ella aún no estaba en su cama.

—¿Todo en orden? —carraspeó el hombre, enderezándose en su lugar, y Penelope se incorporó con prisa, totalmente humillada, odiando que él hiciera exactamente lo mismo.

—Mejor que nunca —respondió con un hilo de voz—. Si me disculpa, debo retirarme.

Si Olivia y Augustus tenían un encuentro, nada saldría bien. Su hermano podía reconocer a la morena a muchos kilómetros de distancia y lo menos que deseaba era arruinar la inauguración de Diamantes.

Debía ser sincera consigo misma, no conseguiría nada más que arruinarse dentro de ese club. Intentó pasarlo de largo, pero el imponente castaño bloqueó su camino.

—¿Qué hace?

—¿Por qué la dejaría marcharse justo ahora, cuando parece más que dispuesta a jugar conmigo?

¿Jugar con él?

Arrugó el entrecejo.

—No lo entiendo —confesó y los labios masculinos se curvaron en una hermosa y radiante sonrisa. Quizá estaban en penumbras, pero tenía la leve sospecha de que ese hombre era muy apuesto.

Al menos su dentadura tenía muy buen aspecto.

—Pronto lo hará —susurró y sin previo aviso atenazó su muñeca y la guio hacia el espacio que su hermano estuvo ocupando hace poco con su amante. Para su sorpresa, todo se veía pulcramente ordenado, como si nada indecoroso hubiera sucedido sobre esa espaciosa cama.

—¿Por qué me trae aquí? —farfulló y contuvo el aliento cuando él corrió las cortinas sin dudar.

—Fue un beso tierno, pero no creerás que eso es suficiente para mí, ¿verdad?

La piel se le erizó y lo miró con recelo.

—Podría jurar que no disfrutó en lo más mínimo de ese beso —reveló lo ofendida que se sentía al respecto y en un abrir y cerrar de ojos lo tuvo frente a ella, pero no bajó el rostro, sino que elevó el mentón con valentía—. No quiero jugar con usted.

—Tú no tienes la más mínima idea de lo que tus hermosos labios en forma de corazón provocaron en mí, pero si lo deseas, podría enseñártelo.

Penelope era una mujer curiosa, por lo que ese comentario logró llamar su atención.

—¿Cómo podría hacerlo? —frunció el ceño y su corazón empezó a latir sin control alguno cuando él acarició su brazo desnudo con parsimonia.

—Enseñarte eso, sería lo mismo que iniciar con el juego —le advirtió, dando un paso en su dirección, y la garganta se le cerró—. Tomaré tu silencio como una afirmación. —La instó a abrazarlo por el cuello con su brazo izquierdo y muy lentamente guio su mano derecha hacia su vientre bajo y un poco más abajo.

¡Por todos los santos!

Esto era una locura, ella estaba en un lugar que no debía, con una compañía inadecuada, haciendo cosas indecorosas, pero... Dios, esto se sentía tan bien. La mano masculina se movió por inercia y empuñó sus sedosos rizos en respuesta.

—Hmm... —lo escuchó gemir y lo buscó con la mirada—. No vuelvas a dudar de tu poder como mujer, preciosa, no tienes idea de lo fácil que podría ser para ti enloquecer a los hombres.

Sus palabras le generaron un agradable calor en el vientre bajo y no opuso resistencia cuando acarició su espalda baja con deleite.

—¿Quién es usted?

—Dejémoslo en un gran admirador —se limitó a decir y en esta ocasión acunó su mano en aquel punto duro y ardiente—. Hazlo así —presionó y gruñó por lo bajo, tomándola por sorpresa.

—¿Se encuentra bien? —Se veía muy tenso.

—Mejor que nunca —le sonrió con cinismo y clavó la vista en el inicio de sus pechos—. Es impresión mía o tu vestido te está incomodando.

Cuando llegó, su vestido color carmesí era la prenda más cómoda del mundo, pero ahora quería arrancárselo de la piel.

—Estoy bien.

—¿Segura? —Acarició el tiro que reposaba sobre su hombro—. Yo podría ayudarte a sentirte mejor.

—¿Cómo?

—¿Te lo muestro o te lo explico?

—Muéstremelo. —La voz le tembló y contuvo la respiración cuando él deslizó el tiro derecho por su brazo y dejó uno de sus senos en libertad, totalmente expuesto ante sus ojos hambrientos —. Lejos de sentirme mejor, me siento más tensa que nunca —confesó rápidamente y él carcajeó por lo bajo.

—Eso es porque aún no he comenzado.

—Ah... —gimió en voz alta, sintiendo como su amplia mano rodeaba su pecho e inhaló con pesadez cuando la abrazó por la cintura con violencia—. Señor...

—Tranquila, tú sólo déjate llevar.

Penelope decidió seguir su orden y tiró la cabeza hacia atrás, dejó que esa mano experta amasara y mimara su pecho. Nunca antes había llegado tan lejos con ningún hombre y no tenía la menor idea del por qué lo estaba haciendo con un completo extraño.

—¡Ah! —elevó la voz cuando pellizcó su pezón y atenazó sus cabellos con firmeza.

—¿La estás pasando bien?

—No te imaginas cuanto —respondió con esfuerzo y en esta ocasión se abalanzó a sus labios y lo besó con mayor ahínco, provocando que ambos cayeran en el juego de la seducción y él dejara su busto para tumbarla sobre el mullido colchón.

Sus lenguas se enredaron con necesidad y ella no cohibió ninguna de sus sensaciones, dado que mucha gente allí estaba haciendo cosas peores. Arqueó la espalda cuando atenazó su pecho con saña y liberó sus labios para tomar una gran bocanada de aire.

—Esto es una locura —reconoció de pronto, recordando que era una lady y aún era virgen, y el hombre tragó con fuerza y se encargó de bajar el segundo tiro de su vestido para enrollar la prenda hasta la altura de su cintura.

—Lo es —musitó y acarició sus gemelas—. Eres hermosa, tu piel es tan blanca como la leche y hace que me pregunte cómo se vería marcada por mí.

¿Él podía hacer eso?

—Debo irme, esto no es correcto. —Sus miradas se encontraron—. Soy una dama soltera, podría representar un peligro para usted.

—¿Por qué? Yo también estoy soltero —espetó con voz neutra y ella rio por lo bajo.

—Sabe a lo que me refiero.

—Creo que estás pensando más de lo necesario —siseó y Penelope jadeó por lo alto al sentir como hundía gran parte de su seno en su boca.

—Oh, por Dios —gimió y tironeó de los cabellos masculinos con desespero—. Ah, espere, por favor, es demasiado para mí —lloriqueó con desespero y el hombre chupó y lamió su piel con abandono, orillándola a cambiar de parecer—. Más, así, un poco más. —Separó las piernas, brindándole una mejor posición, y clavó la vista en el techo de la habitación, percatándose por primera vez de que había un espejo sobre ellos.

¿Así se vería cuando le hicieran el amor por primera vez?

Sus cabellos negros estaban sobre las sábanas blancas, sus ojos color esmeralda brillaban con abandono y ese hombre... Acarició sus hombros y determinó que él tenía mucha ropa encima.

—Quítese el abrigo y la camisa. —Lo sintió tensarse.

—Estoy bien así —se pasó al segundo pecho y ella opuso algo de resistencia—. ¿Qué sucede? —gruñó.

—Hazlo o me iré.

Se cubrió los pechos con el brazo y el hombre siseó una maldición antes de despojarse de las prendas que ella pidió y revelar un fornido y bien trabajado pecho. Era muy guapo, muy llamativo y...

—¿Por qué te fijaste en mí?

Era absurdo, pero su confianza estaba mermando.

¡Ella era una solterona!

—¿Por qué no lo haría? Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida —gruñó y gateó hacia ella, pero Penelope negó con la cabeza—. Tienes derecho a dudar de mi palabra, pero yo también tengo derecho a demostrarte que estás equivocada. —Atenazó su tobillo sin previo aviso y la tendió nuevamente en la cama, solo que en esta ocasión no fue por sus pechos, sino que se abalanzó contra sus labios.

Más que verlo, Penelope pudo sentirlo y acarició su firme espalda con curiosidad, moldeando sus músculos y sintiendo como la piel se tensaba de vez en cuando.

—Dime a qué viniste, belleza —le pidió entre besos.

—No, no tiene caso —enredó sus lenguas y la piel se le erizó cuando comenzó a subirle la falda de su vestido—. ¿Qué hace?

—Dime la verdad o nunca saldrás de aquí. —Regó un camino de besos por su mentón y se ensañó con sus pechos por largos minutos.

—¡Ah! —gritó cuando le mordió uno de sus pezones.

—Habla.

—Quiero entender a los hombres, saber qué buscan en una mujer antes de elegirla como su esposa. —Él dejó de atacarla—. Soy una solterona, no quiero que mis hermanas pequeñas terminen igual.

—Creo que la soltería es un mejor destino que un marido sacado de un club nocturno —observó él y Penelope no pudo evitarlo y lanzó una armoniosa carcajada—. ¿Qué te parece tan gracioso? —Acarició su muslo externo y deslizó su caricia para acunar la parte trasera de su rodilla e instarla a rodearlo con la pierna por la cintura.

La posición le pareció curiosamente agradable.

—¿Me está confirmando que no es un buen hombre? —preguntó con picardía—. Frecuenta este club.

—Estoy entre las excepciones.

—¿No puedo hallar algunas excepciones para mis hermanas?

—Quizá, pero dudo mucho que en este lugar logres entender a algún hombre, estamos rodeados de alcohol y mujeres, son momentos en los que somos de todo, menos racionales.

En ese momento, Penelope se dio cuenta de que no estaba hablando con un caballero común y corriente. Él no se oía tan educado y pulcro como su hermano y amigos, sino más bien despreocupado y un tanto informal.

Era un hombre agradable.

—En serio debo irme —recordó a su hermano y a su amiga y agradeció que él le brindara su libertad sin objeción alguna, mientras la ayudaba a recomponer su estado—. Usted ha sido una grata compañía —reconoció.

—Debo decir lo mismo, esta noche he sido afortunado.

¿Por qué la trataba tan bien?

Normalmente los hombres huían de ella al enterarse que era una solterona.

—No me ha dicho su nombre.

—¿Es necesario?

«Tal vez quiera buscarte más adelante».

—Tiene razón, dudo mucho que volvamos a encontrarnos.

Era lo mejor para todos, ese hombre no podía saber quién era y ella no debería ansiar ponerle un rostro.

—Si eso sucede, te aseguro que nos reconoceremos.

¿Sería verdad?

Lo dudaba mucho, lastimosamente era una mujer demasiado distraída. Intentó marcharse, pero el hombre sujetó su mano y dejó un casto beso sobre el dorso.

—Deje que me vista y la escoltaré hasta la salida, no queremos que algunos rufianes la fastidien en el camino, ¿verdad?

Penelope asintió y se mordió el labio inferior con nerviosismo, viendo como su acompañante escondía su fornido pecho y brazos debajo de sus costosas prendas.

—¿Y usted no quiere saber mi nombre? —inquirió con suavidad una vez que se encontraron en el pasillo y lo escuchó reír por lo bajo—. ¿Por qué se ríe?

—Por nada en específico.

Acababa de ignorar su pregunta con maestría, todo parecía indicar que el libertino la dejaría como una simple aventura de una noche.

—Esa es la puerta de salida —recordó las instrucciones de Lillas—, por esta puerta terminaré en el lado este del club.

Y por ende podría escribirle una nota a Olivia y explicarle la razón del por qué salió huyendo de un momento para otro.

—¿Podrás irte sola? —inquirió con cierta inquietud.

—Sí —susurró, todo indicaba que él no le revelaría su identidad—. Muchas gracias por todo —hizo una perfecta venia y se alejó del susodicho con paso apresurado.

Era una noche para olvidar, no existía razón alguna para lamentar esa despedida, ¡ellos ni siquiera se conocían!

Salió al pasillo destinado al uso de los trabajadores del club con paso resuelto y sólo necesitó dar diez pasos antes de encontrarse cara a cara con su mejor amiga, quien no sólo venía corriendo, sino que estaba tan pálida como una hoja.

—¿Qué sucede, Olivia? No te ves bien.

—Es tu hermano, creo que me reconoció porque lleva varios minutos persiguiéndome y está causando todo un revuelo en el club.

Esto era malo, Augustus no podía encontrarlas en ese lugar.

—Tenemos que irnos.

Lograron huir del duque y llegaron a Richmond House a tiempo; no obstante, su victoria no la llenó de satisfacción porque en su mente sólo estaba el recuerdo del hombre que nunca volvería a ver. Y, por si fuera poco, en menos de media hora su hermano llegó a su casa y solicitó su presencia en su despacho sin importarle que fuera lo suficientemente tarde como para interrumpir el sueño de su *angelical* hermana.

Capítulo 3

*“El duque de Richmond ha regresado a Londres antes de tiempo y, según fuentes cercanas, considera que lady Penelope estará mejor en Gales bajo la supervisión de unos familiares
lejanos*

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

—Estamos perdidas —susurró Olivia, mientras caminaba de un lugar a otro con desespero—, estoy segura de que me reconoció y por ende jamás aceptará la oferta que tienes para él, creo que lo mejor es que me marche —dijo aceleradamente y Penelope la sujetó del brazo con firmeza.

—Pronto será medianoche, no puedes irte y se supone que ambas llevamos horas durmiendo en nuestras respectivas habitaciones —farfulló con enojo y sus palabras hicieron que su amiga volviera en sí—. ¿Podrías calmarte? Ya estamos con nuestra ropa de dormir, nos deshicimos de los vestidos y no hay manera de que mi hermano dé por sentado que la mujer que vio en Diamantes eras tú.

—¿Estás segura de lo que dices? —la voz le tembló.

—Tú sólo ve a tu habitación y métete bajo las sábanas, le diré que te invité a pasar la noche en casa y te aseguro que todas sus dudas se disiparán.

Su amiga torció los labios con cierto nerviosismo y ella se mantuvo firme en sus pensamientos. Si le demostraba lo nerviosa y ansiosa que estaba, sólo complicaría las cosas.

—Está bien.

Olivia se retiró a su dormitorio con paso sigiloso y Penelope se dio una última mirada en el espejo. Ya no estaba maquillada, su piel pálida ya no estaba ruborizada y sus labios habían vuelto a la normalidad.

La garganta se le cerró.

¿Algún día volvería a ser besada de esa manera y se sentiría así de bien?

«Es muy probable que no», le dijo una vocecilla y ella suspiró con melancolía. Cometió un terrible error al no averiguar la identidad de su acompañante, ahora viviría eternamente con la duda de su identidad y él pasaría a ser un lindo recuerdo.

Recordó que su hermano seguía esperando por ella en su despacho y despabiló su mente para ir a su encuentro. Debía mantener la calma, era imposible que Augustus sospechara de ella, se suponía que era su hermana más dócil, obediente y, para el pesar de Charlotte y Arabella, la favorita.

—¿Me mandaste a llamar? —inquirió una vez que él autorizó su ingreso y cerró la puerta a su espalda con lentitud—. ¿Por qué no me escribiste para informarme sobre tu llegada? —se adentró al lugar con fingida inocencia, recordando el hecho de que él no sólo le escondió la fecha de su llegada, sino que hizo una parada previa en el tipo de club que supuestamente odiaba, antes de regresar a su casa.

No lo entendía, ¿acaso su hermano no odiaba los clubes de perdición y todo lo que sucedía dentro de ellos? Esa noche esa fémina había usado su nombre de pila, ¿podría ser que él tuviera

una amante?

«Las damas no piensan en las amantes de sus hermanos», le aclaró una vocecilla y un violento rubor trepó por su cuello hasta llegar a sus mejillas. Dios santo, ¿en qué momento se convirtió en una mujer de pensamientos tan impuros y oscuros?

¡Eso no era correcto!

—Quería tomarte por sorpresa —su hermano era un hombre directo, pero ella frunció el ceño, no muy segura de estar entendiendo sus palabras—. Charlotte me escribió una misiva y me informó que estás actuando muy extraño, está claro que ella tampoco apoya el tipo de amistades que tienes.

—Charlotte me odia y lo sabes, para ella siempre seré la responsable de su fracaso en el mercado matrimonial —masticó sus palabras.

¿Es que su hermana nunca dejaría de meterse en sus asuntos?, ¿llegaría el día en que ella dejaría de odiarla y entendería que lo que sucedió hace tres años no fue culpa suya?

—Por lo que jamás se sentirá tranquila si me ve feliz con mis amigas —ella también era una mujer directa, por lo que su hermano sólo la observó con fijeza—. No he hecho nada malo —musitó con inocencia.

—¿Qué me dices de tus amigas? ¿Qué sabes de la Srta. Fletcher?

«La vio», pensó con inquietud, pero se mantuvo serena.

—Olivia se encuentra bien, pero si deseas hablar con ella o hacerle alguna pregunta en específico puedo ir a despertarla. —Esa respuesta hizo que su hermano cuadrara los hombros con rapidez—. La invité a pasar un par de días en casa, su tía salió de viaje y no vi conveniente que se quedara sola en su casa. Como ya sabes, una dama soltera debe estar bajo el cuidado de una chaperona —añadió con fingida ignorancia—, la conocemos desde que somos unos niños y no pude hacer más que extenderle una invitación para quedarse con nosotros.

—¿Su tía salió de viaje? —su voz bajó una octava y la miró con fijeza—. ¿La anciana apenas y puede moverse?, ¿cómo salió de viaje?

Un escalofrío recorrió su espina dorsal, pero no dejó que los nervios la traicionaran. Olivia no quería que nadie supiera sobre la muerte de su tía y el hecho de que ahora estaba viviendo sola en una casa totalmente vacía debido a la escasez de dinero. Eso convertiría a su amiga en un blanco fácil para muchos hombres con malas intenciones y agotaría todas sus posibilidades de encontrar un marido esa temporada.

—Se fue con una prima lejana que accedió a cuidarla —mintió.

—¿Sin la Srta. Fletcher?

—Su tía quiere que siga participando de la temporada, no pierde la esperanza de que Olivia encuentre un buen esposo.

La sonrisa perversa que esbozó su hermano le generó una gran desazón en la boca del estómago.

—¿Qué es tan gracioso? —gruñó.

—No encontré un marido en cinco años, ¿por qué lo haría ahora? —soltó con desdén y ella cerró las manos en dos puños—. Mejor explícame de cuantos días es tu generosa invitación —hizo un gesto con la mano para que continuara. El enojo se disipó y lo miró con súplica—. Pen... —le advirtió con la mirada.

—Un mes y medio.

Augustus presionó el puente de su nariz con cansancio y guardó silencio por varios segundos que le parecieron toda una eternidad. Si echaban a Olivia, ella tendría que hablar con Katherine o Lillas, puesto que en su casa ni siquiera contaba con una cama para poder dormir, y debido a la historia que ellos compartían le parecía bastante sensato que cuidaran de la castaña.

¡Olivia era su amiga!

—¿Quieres que Olivia Fletcher se mude con nosotros durante el siguiente mes y medio? —No vio ningún cambio en su semblante, pero su voz sonó peligrosa y oscura—. ¿No tiene otro familiar?

—Me temo que no —bajó el rostro, apenada—. Por favor, te prometo que no te causaremos problemas.

—La Srta. Fletcher no es el tipo de amiga que me gusta para ti y lo sabes, es un tema que se trató desde hace muchos años —fue sincero—, no quisiera que nuestro apellido se vea tan involucrado con ella y...

—Está bien, hablaré con Lillas el día de mañana —le cortó con enojo, había esperado su negativa de todas formas—. Quizá ella pueda hablar con su suegra, la duquesa de Kent, para que cuide de Olivia en lo que queda de la temporada —pensó en la opción—. Si lo pensamos detenidamente, esa mujer logró casar a todos sus hijos.

—Todos se casaron de manera escandalosa y uno de los gemelos se divorció —le recordó su hermano y ella tragó con fuerza.

—Pero la mayoría de sus hijos están felizmente casados —asintió, pensativa—, creo que no es tan mala idea.

Después de todo, lo que Olivia quería y necesitaba era un esposo.

—Si ella se va con los Aldrich, lo menos que querré será verte a su lado —espetó Augustus con frialdad—. Ellos son un escándalo, ese divorcio los envió a la ruina total.

—No lo veo de esa manera.

Esa familia era demasiado poderosa y a su punto de vista eran intocables.

—Mejor dejemos a la Srta. Fletcher donde está —zanjó y ella lo miró con fijeza—. No es de mi agrado, pero sabe manejar tus emociones y supongo que te ayudará a ir por un buen camino.

—Ella sólo quiere verme feliz —aclaró con cierto disgusto—. No se trata de si me maneja o no, Olivia entiende mis sentimientos.

—Ay Dios —se frotó el rostro con cansancio—. Desde que empezaste a juntarte con esas mujeres comenzaste a quejarte más y no dejas de sobre pensar las cosas.

—¿Y eso está mal? —quiso saber, ¿por qué no podía hablar de sus emociones?

—Un poco —reconoció—. Es tedioso y no fuiste educada para desobedecer mis órdenes, ni ir contra tus deberes. Eres la hija de un duque, Penelope, se espera mucho de ti.

—Hermano...

—Hay algo que quiero decirte —le informó con sequedad, dejando el tema de Olivia de lado.

—¿De qué se trata? —una extraña inquietud se alojó en su pecho.

—He añadido un nuevo terreno a tu dote —otro proyecto de Sr. Spinster que su hermano saboteó y terminó dentro de su dote— y dentro de poco sabrás quien es tu futuro esposo.

—¿Qué? —lo miró con horror—. Las cosas no funcionan así, yo...

—Claro que funcionan así —gruñó—. Mi deber es encontrar un marido para ti y lo he hecho, así que te pediré que guardes silencio y hagas lo que te ordeno.

Esto no podía estar pasando, su hermano no pudo prometerla sin siquiera hablar del tema con ella.

—Dijiste que me darías tiempo.

—Estamos yendo al cuarto año y Charlotte necesita tener el camino libre, no puedo permitir que tu pasado afecte su futuro. —Sus palabras se clavaron como un firme puñal en su corazón—. Sé que estoy siendo duro, pero ya no puedo seguir tolerando esto.

—Lo que sucedió no fue mi culpa —la visión se le cristalizó.

—Todo fue culpa de ese americano salvaje, pero me temo que para la sociedad sólo hay una responsable y esa eres tú.

—¿Y tú qué piensas al respecto? —quiso saber, era la primera vez que tocaban ese tema, dado que su hermano nunca permitió que ella lo abordara.

—Pienso que, si me hubieras esperado, nada de esto estaría pasando.

Él también la culpaba, Augustus sólo era un inglés más.

—No me casaré con quien tú quieras —fue sincera y él la miró con dureza.

—No tienes más opciones —siseó con enojo y ella negó con la cabeza—. Creo que he sido muy suave contigo —abandonó su lugar con lentitud, inquietándola—. Vas a casarte en tres semanas con el hombre que elegí para ti porque ese es tu deber y para eso fuiste criada y educada, ¿me entiendes?

—No lo haré.

Penelope no tenía la menor idea de dónde estaba sacando el coraje para enfrentar a su hermano, pero no dejó que su determinación temblara. Augustus se cruzó de brazos con un semblante impertérrito y luego negó lentamente con la cabeza.

—Te irás a Gales en tres días y te quedarás con nuestros tíos por dos semanas —la conmovió la golpeó con fuerza— y para tu regreso, tu futuro esposo estará esperando por ti.

—¿Qué? —la voz le tembló—. Pero...

—Sin peros, la última palabra siempre la tendré yo —la miró con dureza—. Tu vida y futuro estarán en mis manos hasta el día que te cases —elevó la voz, llevándola a bajar la mirada.

—Entiendo —una lágrima se deslizó por su mejilla.

¿Qué tan ilusa tuvo que ser para creer que ella podría desafiar a Augustus Humphrey?

—El vizconde de Gormanston quiere cortejar a Charlotte y Archie Kilbrenner ha captado la atención de Arabella. Es momento de que enfoque mis esfuerzos en ellas, ¿no crees? —trató de hacerla sentir mejor, pero no lo consiguió—. Ellas saben muy bien lo que quieren y necesitan de mi apoyo.

—Yo también sabía lo que quería —empuñó las manos con impotencia y su hermano la miró con pesar—, pero Spinster lo echó a perder. —Era injusto que la gente la culpara por algo que ella nunca provocó ni llegó entender con claridad—. La gente cree que estoy arruinada, que tengo un defecto, cuando la única verdad es que el vizconde fue un cobarde.

—El mundo no se termina en el vizconde de Hereford, eres una mujer hermosa e inteligente,

pero en los últimos años no has hecho más que ahuyentar a tus pretendientes.

—Porque todos estaban a un paso de acompañar a nuestro padre en el cementerio —chilló con desespero y Augustus suspiró con cansancio.

—Eres muy exigente, ¿por qué simplemente no comprendes cuáles son tus alcances?

Un golpe habría dolido menos, pero no se sentía sorprendida, su hermano tenía muy poco tino a la hora de opinar sobre la vida de los demás.

La delicadeza no era una de sus virtudes.

—Retírate a tu habitación, no he tenido un buen día y quiero estar solo.

Abandonó el despacho en silencio, rezando para que el día de mañana él hubiera cambiado de parecer respecto a cada una de sus últimas decisiones. No quería casarse con un extraño, no deseaba ser la mujer de un noble elegido por su hermano.

Capítulo 4

*“El duque de Richmond es un hombre de negocios y todo parece indicar que ha concretado uno muy importante junto a un misterioso noble, saboteando así el proyecto más grande de nuestro americano favorito.
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

Esto era una locura.

Travis se deshizo de su chaleco y camisa con movimientos torpes y se apoyó en el marco de la ventana de su habitación con inquietud, le urgía tomar un poco de aire fresco y recapitular todo lo que vivió esa noche junto a Penelope Humphrey.

Cerró los ojos con fuerza e inhaló profundamente.

No fue un sueño. Bailó con la dama, le tendió el brazo y pudo saborear más que sus hermosos labios. Su corazón empezó a bombear sin control alguno y bajó el rostro con frustración.

¿Por qué le gustaba tanto?, ¿qué era lo que esa mujer tenía que desde el primer día que la vio no pudo sacársela de la cabeza?

Esa noche la había reconocido con inmediatez y lo cierto era que no reparar en ella era simplemente imposible. Era hermosa, imponente y brillaba de una manera escalofriante. Su cabellera azabache, su cuerpo esbelto y delgado, y su piel pálida era todo lo que estaba bien en la vida.

Al menos para él, así era.

No debió acercarse, no debió llevarla a ese pasillo, ni mucho menos a esos apartados donde se hizo de su boca y pudo recorrer su cuerpo con besos tiernos, ardientes y ansiosos. Se relamió los labios con inquietud, la deseaba de una manera insana, anhelaba hacerla suya y eso no estaba bien, dado que Richmond le dejó bien claro que él jamás estaría a su altura.

Un suave toque en la puerta de su alcoba lo hizo gruñir y cuando giró sobre su eje, frunció el ceño al ver como su cuñado ingresaba a su habitación sin esperar una autorización de su parte.

—¿Qué haces aquí, King? —arrastró sus palabras, no estaba de humor para tratar con nadie.

—No vine por voluntad propia —aclaró con una sonrisa socarrona, estudiando la habitación más pequeña e incómoda de su casa con un deje de curiosidad—, Blair me envió.

—¿Sabes el por qué?

Lo más probable era que su hermana estuviera preocupada por él.

—Richmond armó un escándalo en Diamantes y como eras uno de los invitados, ella se preocupó por ti —ese pensamiento lo llevó a apretar la mandíbula, por esa razón Penelope se fue más temprano—. No le agradas y podría meterse contigo si se lo propone.

—Pueden estar tranquilos, les aseguro que ese no fue el caso.

Ellos ni siquiera llegaron a cruzarse.

—Seraphina me dijo que te vio con lady Penelope. —Debió suponer que esa entrometida se daría cuenta de toda la situación—. ¿Pusiste el plan en marcha?

Torció los labios con disgusto.

—Sé que mi deber es seducirla y provocar un escándalo para recuperar lo que es mío, pero no sé si quiero tener ese tipo de unión matrimonial. ¿No crees que ya le he causado mucho daño?

No quería intensificar el odio que ella ya sentía hacia él.

Zachary se cruzó de brazos, pensativo.

—No todo lo que empieza mal debe terminar así, Blair y yo ni siquiera nos conocíamos cuando concebimos a Timothy.

—Les tomó nueve años encontrar la felicidad.

—Pero porque fui necio e idiota, tú actuarás de otra manera.

—¿Y ella cómo actuará? —lo miró con fijeza—. Odian a los americanos, no aceptan a los que no tienen su rango social. Para ella un matrimonio conmigo representará su ruina total y yo no quiero convertirme en eso.

Ella le gustaba, maldita sea, quería que lo aceptara por amor y no por obligación.

—¿Por qué te importa tanto? —preguntó con enojo, estaba perdiendo la paciencia—. Es una mujer, aprenderá a adaptarse a los cambios.

—Pero...

—Ella es dueña de todos los terrenos y hoteles que su hermano te arrebató, ¿acaso no deseas recuperarlos?

Claro que quería recuperarlos, pero no quería lastimarla. Algo le decía que Penelope no era tan mala persona, esa noche no sólo había sido amable con él, sino que le había mostrado un lado tierno y vulnerable.

—¿Sucedió algo entre ustedes esta noche? —insistió su cuñado.

—No la comprometí —fue sincero.

—¿Por qué no pudiste o porque no quisiste?

—No quise —reconoció y su cuñado le dio la espalda para alborotar su cabellera con frustración—. Trataré de hacer lo correcto, quiero demostrarle que soy más que un americano salvaje.

Por primera vez en la vida, quería ser la primera opción de alguien.

—No es tan sencillo, Travis —se volvió hacia él con enojo—. Son los Humphrey, ellos siempre creen tener la razón y apenas y puedo creer que hayas dejado pasar una oportunidad como esa.

Lo cierto era que utilizó todo su autocontrol para no dejarse llevar por el deseo y la ambición, lo menos que deseaba era que Penelope creyera que lo único que lo impulsó a seducirla era su dote.

—¿Qué sugieres? —quiso saber.

—La fiesta de los duques de Windsor será el lugar perfecto para llevar a cabo nuestros planes. —¿De verdad era necesario comprometer a la dama?—. Si estuviera en tu lugar, no dudaría ni un solo segundo a la hora de tomar mi revancha. Richmond debe saber de qué estás hecho.

Existía mucha verdad en sus palabras, pero incluso así, había algo en ese plan que no le gustaba en lo más mínimo.

—¿No crees que esto generará una gran enemistad con mi futuro cuñado?

—Con el tiempo las cosas se calmarán.

—¿Tú crees? —se mofó y lo miró con diversión.

En el pasado, Travis apenas y podía tolerar la presencia de King, pero ahora todo era diferente.

—El duque debe entender que no siempre se puede salir con la suya. —El rubio se encogió de hombros.

—Será un golpe bajo, es un duque y no está acostumbrado a perder. —Una sonrisa perversa se dibujó en su rostro—. Supongo que será entretenido verlo caer desde su pedestal —reconoció en voz alta.

—¿Qué tienes en mente? —Zachary achicó los ojos con interés.

—Quiero casarme con esa mujer —aceptó en voz alta y clavó la vista en la ventana de la habitación de dicha fémina—. Llevo tres años imaginando que tan bien podría sentirme si la hago mi mujer, pero soy muy consciente de que las cosas no serán tan sencillas.

Su cuñado asintió.

—Ambos sabemos que no lo conseguirás de buena manera, Richmond rechazó la propuesta que le hiciste hace tres años, cuando tomaste su carruaje por error y arruinaste el compromiso de lady Penelope.

Travis sonrió con amargura, jamás se imaginó que esa noche cambiaría su vida de manera tan drástica. Nunca se había enamorado y terminó cediéndole su corazón a una mujer que lo veía como a un insecto.

—La llevaré a Escocia.

Eso sonaba mil veces mejor que generar una escena inapropiada en el baile de los duques de Windsor, de alguna manera deseaba protegerla de esos malditos ingleses que se creían con el derecho de juzgar a todo el mundo. Quizá Escocia sería escandaloso, pero al menos ella no sería encontrada en una escena poco favorecedora.

Estaba seguro de que Penelope lo odiaría, pero con el tiempo ella se daría cuenta de que él fue lo mejor que pudo pasarle.

—Es totalmente legal y él no podrá hacer nada al respecto, siempre y cuando no los alcance —acotó Zachary con seriedad.

—¿Apoyas mi idea?

—Soy tu socio, él no sólo se metió contigo —respondió con sencillez, incapaz de aceptar el hecho de que se preocupaba por él—. Somos cinco los afectados, esto no puede quedar así, ¿no crees? —le preguntó, pero Travis no pudo darle una respuesta, dado que por el rabillo del ojo pudo percatarse de todo lo que estaba sucediendo en la habitación vecina—. ¿Qué sucede? —inquirió Zachary y cuando quiso acercarse, él no se lo permitió porque justo en ese momento Penelope se quitó su ropa de dormir.

—Guarda silencio —ordenó y apagó las velas con rapidez.

—¿Qué viste?

—Algo no anda bien —esperó unos segundos y se acercó al marco de la ventana con cautela, percatándose de cómo la pelinegra empezaba a guardar un par de vestidos en una pequeña maleta—. ¿Por qué está empacando?

Como ya estaba vestida, dejó que Zachary se acercara.

—Tienes buena vista —comentó con sabiduría y lo miró de reojo, descubriendo la razón del por qué ocupaba la peor habitación de la casa—. Olvidé comentarte que él se reunió con el conde maldito esta mañana. —La piel se le erizó y abrió los ojos con sorpresa—. Creo que concretaron algo porque el abogado del hombre se reunió con ellos.

—¿Qué? —la garganta se le cerró—. ¿El conde maldito no es el hombre que enviudó tres veces?

—Me temo que sí.

—¿Es que ese hombre quiere matar a su hermana? —los nervios lo traicionaron. Jamás permitiría que Penelope se casara con un individuo al cual se le morían todas sus esposas durante el parto—. Quiero que investiguen la situación, tal vez Richmond es cruel, pero te aseguro que jamás sería tan descuidado con sus hermanas.

Algo no andaba bien.

—Lo sé, pondré a mi gente en ello.

Travis asintió y cuando volvió a reparar en la pelinegra, la conmoción lo golpeó con fuerza.

—Quiere huir.

—¿Qué? —su cuñado se tensó—. ¿Cómo puedes estar tan seguro?

—No lo sé. —Sólo lo sabía—. Pero puede que la fiesta de los duques de Windsor no sea necesaria.

Abandonó su habitación con paso apresurado, si lo que ella quería era huir de su casa, él la ayudaría a llegar muy lejos.

—Bien, hoy secuestrarás a una lady —espetó Zachary a su espalda—. Pediré que preparen un carruaje, ve a la puerta trasera de su casa. Te aseguro que las ladies no salen por la puerta principal cuando desean huir.

«He añadido un nuevo terreno a tu dote y dentro de poco conocerás a tu futuro esposo».

«Sin peros, la última palabra siempre la tendré yo. Tu vida y futuro estarán en mis manos hasta el día que te cases».

«Eres muy exigente, ¿por qué simplemente no comprendes cuáles son tus alcances?»

«Retírate a tu habitación, no he tenido un buen día y quiero estar solo».

Desde que tenía uso de razón, siempre hizo todo lo que su difunto padre y hermano le dijeron, siguió cada una de sus órdenes al pie de la letra y todo para ¿qué? Su hermano no confiaba en ella, la juzgaba de igual manera que toda la sociedad inglesa y era incapaz de tomar en cuenta sus sentimientos.

Ella quería un matrimonio a base de amor, no deseaba vivir lo mismo que vivió su madre durante veinte años de matrimonio. Quería más que un noble como esposo, ella deseaba un compañero que supiera amar y pudiera enseñarle a sentir lo mismo.

Estaba harta de ser una Humphrey y no estaba dispuesta a seguir las órdenes de Augustus. Lo sentía por Olivia, pero ahora mismo, lo mejor que podía hacer era regresar al club de Lillas para buscar refugio y un buen escondite. No iría a Gales, no se casaría con el hombre que su hermano eligió y aprendería a tener el control sobre su propia vida.

Salió por la puerta trasera de su casa sin causar un gran revuelo y paró en seco al darse cuenta de un pequeñísimo detalle. No tenía dinero para alquilar un carruaje y la calle estaba tan desierta que dudaba mucho poder encontrar uno ahí mismo.

Se apoyó contra la pared.

¿Qué diantres le estaba pasando?, ¿cuándo dejó de ser racional e inteligente?

Unos pasos a lo lejos captaron su atención y el miedo empezó a invadirla, tal vez cometió un terrible error al creer que huir de casa sería sencillo. Barrió el lugar con la mirada y el pulso se le

disparó al ver como una gran sombra avanzaba en su dirección.

Lo más sensato era regresar a su casa, pero no demoró mucho en darse cuenta que la puerta no podía abrirse desde afuera y era necesario que alguien la atendiera.

—Estoy perdida —siseó.

Nadie podría ayudarla si ella no delataba sus intenciones de huir de casa.

Los pasos empezaron a hacerse más cercanos y cuando abrió la boca para gritar, cada músculo de su cuerpo entró en tensión porque la puerta de su casa se abrió, permitiéndole ver un rostro que ahora mismo no esperaba ver, pero incluso así le generó una gran emoción en el pecho.

—Querías huir —la acusó Charlotte, achicando sus ojos ambarinos con enojo, y Penelope no le dio una respuesta, simplemente la empujó por los hombros para meterla a la casa y entrar con ella para cerrar la puerta a su espalda.

Al sentirse lejos del peligro, su pulso empezó a normalizarse.

Eso estuvo cerca, en su vida volvería a cometer una imprudencia de ese calibre.

«Debo huir durante el día», determinó para sí misma y se llevó una mano al pecho con angustia.

—¿Es que acaso estás loca? —chilló su hermana con furia desmedida y ella cerró los ojos con fuerza.

Todo parecía indicar que aún tenía una larga noche por delante, dado que ahora tendría que convencer a su hermana para que no la delatara con Augustus.

—Eso estuvo cerca —siseó Zachary, captando su atención, y Travis se quedó viendo la puerta por la que Penelope desapareció hace al menos cinco minutos—. Debimos ser rápidos, ¿por qué me dijiste que esperara?

—Porque íbamos a matarla de un susto, se veía muy pálida.

—Claro que estaba pálida, estaba huyendo de su casa —siseó su amigo.

—No es tan sencillo —reconoció con disgusto.

—¿Qué no es sencillo?

—Secuestrar a una lady. —Menos cuando esa lady era de su interés—. Mañana me presentaré ante su hermano y trataré de llegar a un acuerdo.

—¿Estás loco? Richmond te rechazará.

—Si lo hace, al menos sabré que utilicé todos mis recursos —suspiró y regresó a su casa con pasos escuetos.

Quería casarse con Penelope, pero no quería robarle el sí. De cierta manera, quería sentirse merecedor del mismo.

—¿Qué harás si te rechaza? —inquirió su cuñado.

—Probaré suerte en la fiesta de los duques —respondió con desinterés.

—¿Y si te va mal?

—Ahí, querido amigo, supongo que no habrá más que hacer.

Secuestraría a Penelope Humphrey, la retendría en contra de su voluntad y trataría de ganarse su corazón antes de llevársela a Escocia.

Capítulo 5

*“El conde de Warrington está buscando a su cuarta esposa y algunas lo consideran una gran oportunidad y otras una seria razón para huir de los salones de bailes
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

En un principio, Penelope había visto a Charlotte como un ángel caído del cielo, pero ahora mismo se daba cuenta que quizá, sólo quizá, lo mejor habría sido que Augustus la salvara, puesto que estaba de más decir que su hermana la quería muy poco y no dudaría un solo segundo a la hora de sabotearla.

—¿Por qué tienes una maleta contigo? —exigió saber la castaña y ella tragó con fuerza—. ¿Qué fue lo que te dijo Augustus que intentaste huir? —Charlotte de tonta no tenía nada—. ¿Piensas hablar o debo preguntarle directamente a él? —puso las manos en jarras y Penelope negó rápidamente con la cabeza.

—Quiere enviarme a Gales —dejaría lo de su compromiso pactado de lado.

—¿Por qué? —achicó los ojos.

—Considera que mi presencia no está haciendo más que perjudicarte.

Su hermana meditó la situación y posó la vista en su maleta.

—Puede ser, pero Gales es demasiado —acarició su mentón, pensativa.

—No se lo digas, por favor.

—No lo haré si me dices la verdad. —Maldición, ella no le creía—. Habla o le diré que tú y Olivia llegaron un poco antes que él a Richmond House.

—No —la garganta se le cerró—, está bien, tú ganas —soltó atropelladamente y su hermana le regaló una sonrisa maliciosa—. Él me encontró un esposo. —Silencio—. No sé de quién se trata, no quiso decírmelo, pero todo indica que no tengo opción de elegir y no estoy de acuerdo con sus intenciones.

—¿No te dijo de quién se trata? —torció los labios con disgusto y negó con la cabeza—. ¿Y no te das cuenta del gran escándalo que podrías causar con tu huida?

—Él no diría que escapé, inventaría una excusa para quedar bien en sociedad.

—¿Acaso no deseas casarte?

—Claro que quiero casarme, pero me gustaría hacerlo por amor. —Ahora fue su hermana quien torció los labios con disgusto—. Sé que para Augustus y para ti las cosas son diferentes, pero yo quiero estar junto a un hombre que me ame.

—Tonterías —farfulló—, debes buscar un hombre que tenga título y fortuna.

Ella y Augustus se parecían en demasía.

—No se lo digas, por favor.

—Sólo si me prometes que no intentarás huir de nuevo. —La visión se le cristalizó—. Trata de calmarte, si tu futuro esposo es desagradable, yo misma te ayudaré a escapar.

La sangre se le congeló, ¿había escuchado bien?

—¿En serio me ayudarías? —Charlotte asintió—. ¿Por qué? Creí que me odiabas.

—No te odio, sólo sé que por tu culpa todos mis planes de vida se han dilatado.

—¿No consideras que mi boda te sería de mucha ayuda?

Charlotte no le dio una respuesta y se limitó a encogerse de hombros.

—Yo que tú, guardo mi maleta debajo de la cama, no sabes cuándo la necesitarás —terminó

la conversación con ese peculiar consejo y salió de su alcoba sin mirar atrás.

Penelope no supo cómo sentirse al respecto, pero dedujo que Charlotte la visitaría en unas horas para recibir un poco más de información respecto al tema. O, en el peor de los casos, iría directamente con su hermano para conocer el nombre del hombre que Augustus eligió como su futuro esposo.

A la mañana siguiente, Penelope no sólo recibió la visita de Charlotte, sino que Olivia se unió a ellas y por la reprobatoria mirada que su amiga le aplicó, dedujo que su hermana ya le había informado sobre lo ocurrido.

—¿Estás loca? —siseó su amiga con impotencia una vez que cerraron la puerta y ella negó rápidamente con la cabeza.

—Él quiere entregarme a un hombre que ni siquiera conozco.

—Incluso así, no cambiarás nada huyendo de casa —farfulló—. ¿Tienes idea del gran peligro que corriste?, ¿qué hubiera pasado si Charlotte no te seguía? —miró a su hermana con agradecimiento—. No me sorprende que su hermano esté ansioso de encontrarles un esposo, ustedes son un caso perdido.

—¿Por qué me metes en esto? —jadeó Charlotte, ofendida.

—Porque ni tú ni Penelope estaban haciendo lo que se suponía que debían estar haciendo a esa hora.

Charlotte cerró los labios en una fina línea y Penelope se frotó las sienes con cansancio.

—Traten de entenderme, sólo imaginen el tipo de hombre que Augustus elegiría para mí. — Tanto su amiga como su hermana se estremecieron en respuesta—. No soy el mejor partido de la temporada y él está loco por deshacerse de mí, ¿de verdad creen que esperaré a ese hombre con las expectativas por el cielo?

Augustus no quería tener a ninguna solterona en la familia.

—No quiso darme su nombre —musitó Charlotte y tanto su amiga como ella la buscaron con la mirada—. No me generó buena impresión, pero puede que lo veamos en el baile de los duques de Windsor mañana.

Penelope se estremeció en respuesta.

—Algo no anda bien y él no quiere admitirlo.

—Ayer no fue un buen día, ¿por qué no intentas reunirse con él ahora? —Miró a su amiga con preocupación—. Tu hermano te adora, Penelope, quizá si eres racional ustedes puedan llegar a un acuerdo.

—¿Qué tipo de acuerdo, Olivia? —preguntó con impotencia—. Quiere enviarme a Gales y solicitar mi regreso para el día de mi boda.

—¿Gales? —la miró con horror—. Pero ¿qué diantres tiene tu hermano en la cabeza?, ¿por qué te enviaría tan lejos?, ¿acaso piensa casarte con el mismísimo demonio?

—Lo ves —soltó con voz débil y estiró las manos con impotencia.

—Puede que no todo esté perdido —espetó Charlotte de pronto, captando su atención—. Ha recibido la visita de tres hombres a lo largo de la mañana, creo que la nueva adquisición de tu dote ha llamado la atención de unos cuantos hombres. Quizá Augustus aún pueda cambiar de parecer.

—Lo dudo —susurró—, él se veía demasiado decidido a casarme con ese hombre.

¿De quién se trataba?, ¿por qué simplemente no le daba el título y ya?, ¿qué era lo que estaba escondiendo?

—Pase lo que pase —musitó Olivia, sujetando sus dos manos—, nosotros siempre estaremos de tu lado, ¿me entiendes?

Penelope miró a su hermana de reojo y le sorprendió que ella se limitara a asentir. Después de todo, Charlotte no era tan mala como pensaba.

Travis nunca consideró la sola idea de poner un pie dentro de Richmond House, ni siquiera cuando el duque se hizo de sus terrenos y hoteles, pero ahora todo era diferente y estaba ahí por algo más importante que una propiedad.

—Tú cinismo no tiene límites, Spinster —espetó Richmond con una radiante sonrisa en el rostro—. Debió dolerte mucho perder tu preciado terreno, supongo que esa es la razón por la que estás aquí.

Era un idiota.

—No, no estoy aquí por el terreno —informó con seriedad y el pelinegro arqueó su ceja con cinismo—. He venido a pedir la mano de lady Penelope en matrimonio.

La sonrisa del hombre se borró y sus ojos color esmeralda se oscurecieron con inmediatez gracias a la gran ira que surgió en el pecho masculino.

—Tienes que estar bromeando. —Travis ni siquiera se inmutó, estaba ahí con un propósito y sería sincero con sus intenciones—. ¿De verdad crees que te cederé la mano de mi hermana?, ¿acaso te caíste del caballo y te golpeaste la cabeza?

Cerró las manos en dos puños, ellos jamás podrían llevarse bien.

—Arruiné su compromiso hace tres años, ¿por qué no...?

—Porque no —le cortó con dureza—. Y no hay necesidad de recordar lo ocurrido, dentro de poco mi hermana se casará y todo quedará en el olvido.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal y apretó la mandíbula al recordar a su “mejor” candidato.

—¿Tanto la odias?

—¿Cómo dices? —lo miró con enojo—. No permitiré que te dirijas a mí de esa manera, puede que tengas fortuna, pero al lado mío no eres más que un insecto y podría acabarte si así lo quisiera.

—Quieres entregarla al conde maldito —ignoró su amenaza y el duque palideció, confirmando cada una de sus sospechas—. ¿Tienes idea del peligro que ella correrá dentro de ese matrimonio?

—¿Quién diablos te crees?! —golpeó el escritorio con enojo y ahora fue Travis quien sonrió con cinismo—. Tú no eres quién para opinar respecto a la vida de mi hermana y mis decisiones.

—¿Por qué no me dices cuál es el problema? —si pensó que no podría palidecer más, se equivocó—. Aunque no lo creas, podría serte de mucha ayuda.

—No sé de qué hablas —siseó atropelladamente.

—Estás siendo chantajeado, ¿no es así?

Richmond amaba a sus hermanas y por ende jamás las expondría a un peligro tan grande sin una razón de suma importancia de por medio.

—¡Largo! ¡Sal de mi casa ahora mismo! —vociferó y señaló la puerta de su despacho, importándole muy poco si estaba generando todo un escándalo—. No tienes ni la menor idea de lo que está sucediendo, ¡yo elegí a ese hombre porque es el mejor! ¡¿Me entiendes?!

Travis no se movió ni un ápice, pero se tensó cuando la puerta del despacho se abrió y ante él apareció el objeto de sus deseos. Ella se veía más hermosa e inocente que nunca en ese vestido mañanero color rosa. No se parecía en nada a la mujer que se presentó en el club, pero él sabía

que eran la misma persona.

—Quiero que se largue de mi casa ahora mismo —ordenó el duque y él se rio con sorna.

Estaba claro que el hombre no la estaba pasando nada bien.

—¿Por qué? —decidió ignorar a la fémina—, ¿no considera que soy la mejor opción que ha pisado su casa el día de hoy?

Por el rabillo del ojo vio la sorpresa en el semblante femenino, ¿qué, nunca se imaginó que él volvería a pedir su mano en matrimonio?

—Está lejos de ser la mejor opción —escupió Richmond—, hace poco despaché a un duque.

—Un duque que salió de su casa siendo cargado por sus criados porque era incapaz de mantenerse de pie debido a todo el alcohol ingerido.

La pelinegra jadeó y se cubrió la boca con ambas manos, totalmente espantada ante la idea de casarse con un borracho y Travis se regocijó en silencio. Estaba seguro de que ella no cedería tan fácilmente a los deseos de su hermano. Quizá, sólo quizá, ellos podrían llegar a un acuerdo en un futuro muy cercano.

—Además —retomó la palabra— si su hermana no sabe tocar las puertas, eso es un punto en su contra, ¿no cree? —La miró por encima del hombro y Penelope apretó la mandíbula. Hasta molesta se veía hermosa—. Milady. —Abandonó su lugar e hizo una venia burlona.

—Sal de aquí, Penelope, nunca dije que formarías parte de esta reunión.

—Es mi mano la que está en juego, ¿no? —Desafió a su hermano y cerró la puerta tras de sí. Travis enarcó una ceja con diversión—. Me rehúso abiertamente a casarme con usted, señor —farfulló con desprecio y se cruzó de brazos con total naturalidad.

¿Por qué no le sorprendía?

«Porque ella te trata igual o peor que su hermano mayor», le respondió una vocecilla.

—¿Por qué? Ni siquiera me conoce, milady.

—¡Y nunca lo hará! —Richmond rodeó su escritorio y se posicionó junto a su hermana—. Largo.

—Seamos realistas, ella debió convertirse en mi esposa hace tres años —la observó con intensidad y pudo percibir la inquietud en sus ojos verdes—. Ningún hombre vendrá a ella con buenas intenciones.

—Usted quiere el terreno —le recordó el duque y Travis suspiró, le habría encantado que ella no supiera ese pequeño detalle.

—Porque debió ser mío, al igual que su hermana.

La mujer abrió los ojos de hito a hito por sus descaradas palabras y el duque se puso rojo de la cólera. Sí, él ya había alcanzado sus límites.

—¡Nunca será suya! —explotó la pelinegra, sobrepasando a su hermano con enojo—. Jamás aceptaré casarme con alguien como usted, yo...

—¿Entonces quieres casarte con el conde maldito? —su pregunta hizo que un tenso silencio se cerniera sobre ellos y cuando el duque intentó golpearlo, Travis lo sujetó de la muñeca y con un simple movimiento le indicó que él no era un digno rival.

Podría noquearlo con bastante facilidad.

—¿Cómo dice? —preguntó con un hilo de voz y la vista en su hermano mayor—. ¿Eso es verdad, hermano?

—No pienso discutir ese tema delante de él —lo fulminó con la mirada—. Largo, Spinster, no eres bienvenido en Richmond House.

—Me iré por ahora —espetó con enojo, puesto que sus palabras lograron agobiar a Penelope más de lo que hubiera preferido—, pero no me daré por vencido —fue sincero y la mujer lo

buscó con la mirada—. Usted y yo tenemos un asunto pendiente.

La tensión que se cernió sobre el cuerpo femenino fue palpable y Travis caminó hacia la puerta del despacho con toda la intención de marcharse, pero lo siguiente que escuchó hizo que parara en seco.

—Revísese la cabeza, está claro de que algo no anda bien en usted para creer que le entregaré a mi hermana en matrimonio.

Travis giró sobre su eje con una amplia sonrisa en el rostro y en vez de centrarse en el duque, se enfocó únicamente en ella.

—Aunque no lo crea, su excelencia —soltó con retintín—, desde la noche anterior estoy mejor que nunca —arrastró sus palabras significativamente y ella comprendió el mensaje porque palideció en el instante.

Abrió la puerta con toda la intención de marcharse, pero una vez más el destino interrumpió sus planes porque tanto la Srta. Fletcher, como las otras dos hermanas del duque, seguidas del conde de Westmorland, cayeron sobre el piso enmoquetado.

Se preguntó qué tanto habrían escuchado.

Aprovechando el altercado, buscó a Penelope con la mirada y alzó las cejas con asombro al ver como escondía su melodiosa carcajada. A pesar del mal momento, la escena se le hizo divertida. Ella se dio cuenta de su escrutinio y se ruborizó en respuesta.

Travis le guiñó el ojo, quizá ahora ella entendería mejor el por qué estaba ahí.

Después de lo que sucedió entre ellos en el club, sólo había un camino que seguir. Como no tenía más que hacer en ese lugar, abandonó Richmond House con la frente en alto y los objetivos más claros que nunca: Penelope Humphrey iba a ser suya a como dé lugar.

Capítulo 6

*“Para nadie es un secreto que Sr. Spinster es un hombre con suerte; no obstante, me pregunto si es algo sensato de su parte posar los ojos en la hermana del duque de Richmond, un hombre que jamás mancharía su linaje familiar por voluntad propia
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

Era él.

No le cabía la menor duda, su hombre misterioso era Travis Spinster.

Penelope no supo si ponerse a llorar o gritar ahí mismo, ¿cómo era posible que no lo hubiera reconocido desde un principio?, ¿en qué diantres estuvo pensando ese hombre al acercarse a ella?, ¿qué tipo de broma de mal gusto era esta?

«Él quiere el terreno», le respondió una vocecilla, helándole las entrañas. «Hará hasta lo imposible por conseguirlo». La tristeza la golpeó con fuerza, lo que vivió ayer no fue más que una farsa.

—Podrían explicarme —la voz de su hermano la hizo volver en sí y observó a sus siguientes víctimas con pesar—, ¿qué diablos estaban haciendo del otro lado de la puerta de mi despacho?! —bramó furibundo y todos se levantaron con rapidez.

—Espiendo, si no ¿qué más? —respondió el marqués de Carisbrooke, quien se apoyó en el marco de la puerta con cinismo—. Les dije que esperaran, pero como siempre me desobedecieron.

—Spinster en el despacho de Richmond es algo que no podía pasar por alto —reconoció el conde de Westmorland y sacudió su ropa con indiferencia.

—Srta. Fletcher, llévese a mis hermanas con usted —ordenó su hermano y ella no dudó un solo segundo a la hora de sacarlas del despacho, pero todo su cuerpo se estremeció al ver al duque de Manchester esperando en el pasillo.

Si su hermano era huraño y estirado, ese hombre era tres veces peor. Todos le decían Diablo y todavía no podía entender el por qué, aunque si era sincera, tampoco quería averiguarlo.

—Su excelencia —hicieron una venia y el hombre de cabellera rubia y ojos color turquesa sólo las observó con desdén, reprendiéndolas en silencio por su actitud.

—Tienes cinco minutos para contarnos lo que sucedió —ordenó Charlotte con desespero una vez que entraron al salón, estaba más entusiasmada que nunca, y Penelope empezó a jugar con sus manos con nerviosismo.

No podía contarles lo que hizo con Spinster en Diamantes, se suponía que era su más grande secreto, pero tenía la leve sospecha de que pronto ese hombre utilizaría esa historia a su favor para extorsionarla y conseguir lo que quería.

—Estoy en problemas —susurró con un hilo de voz.

—¿Por qué?, ¿qué sucedió? —Arabella la instó a tomar asiento y Penelope negó lentamente con la cabeza—. Oímos que el señor Spinster quiere casarse contigo.

—Eso no es lo peor de todo —clavó la vista en Olivia—. Augustus quiere casarme con el conde maldito. —Las tres mujeres se pusieron tan blancas como una hoja—. Un hombre que enviudó tres veces de la misma manera.

Esto era una locura, a estas alturas ya no sabía qué era peor.

—No podemos permitirlo —dijo Arabella apasionadamente, totalmente anonadada—. Todos

saben que ese hombre trae una maldición consigo, cualquier mujer que él despose está destinada a morir en el parto.

La garganta se le cerró y rodeó su garganta con impotencia.

—¿Qué haré?

—Por el momento, debes fingir que estás de acuerdo —recomendó Olivia en voz baja.

—¿Qué? —la miró con preocupación.

—Si no quieres que él te mande a Gales, lo mejor que puedes hacer es fingir que estás de acuerdo con toda esta locura.

—Ella tiene razón —susurró Charlotte—, llevarle la contraria no te beneficiará.

—Pero ¿qué haré?, ¿no se dan cuenta que la única opción es huir?

—O casarte con el señor Spinster —susurró Arabella y Penelope la observó con sorpresa—. ¿Qué? Él no tiene nada de malo. Es guapo, rico y...

—Y es un vulgar americano —se mofó Charlotte y por alguna extraña razón ella quiso regañarla.

¿Por qué? Ella también solía odiarlo y llamarlo de esa manera en el pasado, pero todo indicaba que después de la noche anterior muchas cosas habían cambiado entre ellos.

—Quiere el terreno que Augustus agregó a mi dote.

—Buscará la manera de obtenerlo —acotó Olivia.

—Augustus nunca lo considerará como un buen candidato, perdió los estribos en su despacho ante su insistencia.

—¿Y tú? —inquirió Arabella—. ¿Lo aceptarías? Si me preguntan, creo que él es mil veces mejor que el conde maldito.

Hace una hora, ella habría dicho que no, pero ahora mismo, todo era diferente. Agradeció en silencio que Olivia se deshiciera de sus hermanas y una vez que estuvieron solas en el salón, su amiga se sentó junto a ella y sujetó su mano con firmeza.

—Hay algo más, ¿no es así?

Penelope se frotó las sienes con frustración y odió que el aire se atorara en sus pulmones.

—No tienes que decírmelo si no quieres, yo...

—Yo... al buscar algo de información, la noche anterior terminé junto a un misterioso hombre con quien hice más de lo que debía —la buscó con la mirada—. Él me ayudó a huir de mi hermano y hasta hace unos minutos, no sabía quién era.

—No puede ser —los ojos castaños de su amiga se abrieron con sorpresa y ella asintió.

—Travis Spinster estuvo en la fiesta de Diamantes y yo terminé en una cama con él.

—¿Qué? —chilló con horror.

—No perdí mi virtud, él se detuvo y me detuvo —reconoció con inquietud y empezó a jugar con sus manos—. Sin embargo, ¿qué haré si planea utilizar ese encuentro para extorsionarme?

Él quería un terreno que estaba dentro de su dote y si analizaba todo lo que hicieron la noche anterior, lo más sensato sería aceptar su oferta matrimonial; no obstante, ella no quería un matrimonio por conveniencia.

Deseaba un esposo que pudiera amarla de verdad.

—¿Crees que lo hará?

—Siento que él intentará hablar conmigo en la fiesta de los duques. —Su amiga se tensó—. Debo ir, si él habla con mi hermano sobre lo ocurrido, estaré perdida.

—Lo sé —soltó Olivia con inquietud—, pero ¿crees que es prudente confiar en un hombre que odia a tu hermano?, ¿y si te lastima?

—Si su intención fuera lastimarme, lo habría hecho la noche anterior, ¿no crees?

Su amiga meditó la situación y terminó asintiendo.

—No quiero que te cases con el conde de Warrington —se sinceró y Penelope tiritó en respuesta—. Debemos evitarlo, cueste lo que cueste, no podemos permitir esa locura.

—Tengo que huir, si me quedo mi hermano se saldrá con la suya.

Debía ser realista, nadie era un digno rival para el duque de Richmond.

«¡Nunca seré suya! Jamás aceptaré casarme con alguien como usted».

Penelope Humphrey era una bruja, pero Travis no era tan imbécil como para engañarse a sí mismo y simular desagrado hacia la pelinegra, lo cierto era que su personalidad agresiva y apasionada le encantaba, ella era muy diferente a todas las inglesas que estuvo frecuentando en los últimos meses. Sin embargo, era muy probable que justamente su personalidad le generase muchos dolores de cabeza de ahora en adelante.

Esa mañana despertó con toda la intención de hacer lo correcto, pero Richmond lo había complicado todo de nuevo.

«Ella ya sabe la verdad, pude verlo en sus ojos», pensó con enojo y estrelló un puño en el saco de boxeo.

—Esto sólo está empezando —gruñó con enojo y estampó un último puño antes de oír la melodiosa voz de su hermana.

—¿Algo te inquieta? —Travis giró sobre su eje y sonrió abiertamente al ver a su diminuta y hermosa hermana ahí. Blair pasaba más tiempo del que debería en Los cuadriláteros del infierno, pero ¿qué se podía esperar de la esposa de King?

La mujer era adorada por todos los miembros del club de su esposo.

—Para nada.

—¿Quién es la bruja engreída que te tiene horas aquí? —insistió y Travis gruñó por lo bajo.

—¿No crees que eres algo entrometida? No deberías juntarte tanto con Seraphina —observó y Blair se rio por lo alto.

—Eres lo suficientemente obvio como para despertar mi interés. —Su hermana se clavó frente a él y lo desafió con la mirada—. ¿Qué sucede?, ¿qué te hizo lady Penelope que estás tan molesto?

Todavía le costaba creer que el generoso corazón de Blair hubiera perdonado todo el daño que le causó en el pasado, cuando pensó que casarla con un viejo decrepito a cambio de un poco de dinero era el mejor de los negocios. Esa noche marcó un antes y un después entre ellos, dado que como resultado perdió a su hermana por más de diez años y no supo más de ella hasta que se encontraron en Londres, puesto que Blair terminó casándose con Zachary Aldrich —debido a un embarazo no deseado—, un hombre que hace unos años estuvo a punto de perderla para siempre.

—He estado pensando en casarme.

Los ojos color miel de su hermana se abrieron de par en par.

—Me parece una idea maravillosa.

—Sí, pero la dama en cuestión está fuera de mi alcance y eso me genera un gran malestar.

—Eres guapo y rico, ¿por qué estaría fuera de tu alcance?

—Es una lady.

—Zachary me sacó de un burdel y eso no impidió que me tomara como su esposa.

—Tenías a Timothy en tu vientre.

Dios, cómo extrañaba a su sobrino, le parecía una lástima que justo ese año él hubiera comenzado sus clases en Eton, eran tan parecidos que uno podía pensar que se trataba de su propio hijo.

—Sólo digo —elevó la voz con determinación—: que todo tiene una solución y tú puedes encontrar la tuya.

¿Una solución?

No estaba dispuesto a chantajear a Penelope, eso era humillante. Lo mejor sería seducirla en la fiesta de los duques de Windsor, eso le parecía más excitante; no obstante, unos simples besos no le garantizaban la mano de la mujer.

«A no ser que seamos encontrados de infraganti».

Tal vez no estaría jugando limpio, pero si lo pensaba detenidamente, Richmond siempre estropeaba sus planes por lo bajo, saboteando sus ofertas y sobornando a sus socios.

—¿Debería atraparla? —inquirió con fingido desinterés y su hermana respingó en su lugar—. Irá a la fiesta de los duques de Windsor, tal vez podría provocar una escena poco ventajosa.

—No lo sé —su hermana dudó y acarició sus cabellos color miel con nerviosismo—. No estoy a favor de los matrimonios impuestos, sufrí durante muchos años al tener uno. —Y por esa razón Zachary no era de su total agrado, no fue un buen esposo para Blair durante los primeros nueve años—. ¿Quién es la dama?

—Lady Penelope Humphrey.

Blair lo miró como si tuviera dos cabezas.

—Su hermano te odia y ella también.

—Todo lo que me quitó está dentro de la dote de su hermana.

—Maldito miserable —siseó y él no la reprendió por su vocabulario tan soez, lastimosamente el frecuentar un club de perdición había instalado nuevas jergas en ella—. Esos terrenos debieron ser tuyos, por lo que mi sugerencia es que los recuperes a como dé lugar.

—De acuerdo —sonrió con fingida calma—, atraparé a lady Humphrey en la fiesta de los duques y tú y Seraphina me ayudarán a conseguirlo.

Por supuesto, no podían ser ellas quienes generaran el escándalo, no quería que la situación fuera tan obvia, puesto que eso sólo provocaría que el duque quisiera matarlo con sus propias manos; no obstante, qué lamentable sería que algunas matronas los encontraran retozando debido al hecho de que lady Humphrey no pudo lidiar con su libido y terminó extendiendo los brazos hacia el americano que su hermano repudiaba.

Sonrió con sorna, sería un escándalo memorable.

—El duque de Richmond debe entender que nunca será un rival digno para ti —gruñó su hermana y él evitó mencionarle el hecho de que los terrenos le importaban muy poco.

Su objetivo ahora mismo era Penelope Humphrey.

El dinero lo tenía a montones, hoteles podría conseguirlos en cualquier momento, pero a esa mujer... ella era única y debía hacerla suya antes de que otro patán se la arrebatara.

Capítulo 7

"¿Fue un disparo lo que se escuchó esta noche en Richmond House? De ser así, espero que toda la familia Humphrey se encuentre bien

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth".

«No permitiré que mi hermano se salga con la suya», determinó Penelope con valentía y cerró las manos en dos puños con disgusto. Augustus no sólo le había prohibido tocar el tema, sino que había dejado claro en su casa que nadie podía hacer ninguna pregunta referente al conde de Warrington, lo que quería decir que Spinster no mintió ante su afirmación.

El duque de Richmond quería casarla con el conde maldito, un hombre que, a pesar de su corta edad, ya había enviudado tres veces.

«No pienso ser su cuarta víctima», pensó con disgusto y barrió el salón de baile con la mirada.

Ni su hermano, ni el conde estaban por el lugar.

¿Estarían juntos haciendo algún tipo de acuerdo?

La garganta se le cerró y negó lentamente con la cabeza. Augustus la adoraba, o al menos eso creía, pero incluso así estaba dispuesto a casarla con un hombre que podría representar un gran peligro para ella.

¿Por qué?, ¿qué estaba sucediendo?

—Tu hermano desapareció —la voz de su amiga la obligó a volver en sí y rápidamente la buscó con la mirada, la castaña buscaba por el lugar sin disimulo alguno.

La delicadeza nunca fue una de sus virtudes.

—No quiero casarme con el conde, Olivia, ¿qué haré? —preguntó con congoja, exteriorizando sus temores, y su amiga le prestó toda su atención.

—Hace unos minutos lo vi bailando con una debutante, quizá aún no consideró la oferta de tu hermano.

—A estas alturas, no puedo ser optimista.

Su hermano se había mostrado muy seguro y tajante en cuanto a su decisión, por lo que dudaba que la oferta estuviera en veremos.

—Tienes razón —Olivia decidió ser realista y ladeó el rostro con cansancio—. Él quiere enviarte a Gales el día de mañana —la noticia hizo que la piel se le erizara—, escuché a las criadas hablar sobre el tema.

—Nada ni nadie lo hará cambiar de parecer —susurró alarmada, el tiempo estaba en su contra—. Si me envía con mis tíos no podré salir de ese lugar hasta que él mande a buscar por mí.

Sus tíos eran diez veces peor que su hermano en cuanto a las normas y el autoritarismo, por lo que su estadía en Gales no sería más que un infierno.

—¿Estás segura de que quieres huir? —preguntó Olivia en voz baja y Penelope tragó con fuerza—. Liliás podría brindarte un escondite temporal en Diamantes, pero luego ¿qué sigue? Si la noticia de tu huida sale a la luz, tu vida nunca más volverá a ser la misma.

—Augustus no lo permitirá —susurró—, él inventará un viaje o cualquier excusa con tal de mantener su reputación en alto.

—Pero ¿te perdonará? —Un escalofrío recorrió su espina dorsal—. Podrías perder tu dote, tu mensualidad e incluso a tu familia.

—¿Entonces qué me sugieres? —la impotencia vibró en su voz—. No quiero casarme con el conde, no quiero morir —tiritó en respuesta y su amiga se tensó.

—¿Qué me dices de Sr. Spinster? —la mención del hombre hizo que las venas se le incendiaran y el calor trepara por sus mejillas—. Sé que llevas años odiándolo, pero ¿no sentiste nada la noche que estuviste con él en Diamantes?

—No —mintió, ella había sentido más de lo que hubiera querido y hasta la fecha seguía preguntándose si algún día podría volver a sentirse tan plena y dichosa.

«Si te casas con él, es muy probable», le dijo una vocecilla y ella la silenció con immediatez.

—Augustus preferiría verme muerta antes que con ese hombre —fue sincera y Olivia torció los labios con disgusto—. Además, hay algo que no sabes, pero el hombre que arruinó mi compromiso hace tres años fue justamente él.

—¿Qué? —jadeó con sorpresa y se llevó las manos a la boca—. ¿Él secuestró tu carruaje? —preguntó en voz muy baja y ella asintió—. ¿Por qué?, ¿qué sucedió esa noche? Ese es un misterio que ni siquiera Berricloth pudo descubrir.

Eso se debía a que se trataba de un asunto de la corona y ellos estaban prohibidos a hablar de esa noche.

—Eso no importa —siseó y su amiga parpadeó varias veces—. Nuestro odio hacia Spinster está justificado.

—Él debió casarse contigo.

—Hizo la oferta —recordó vagamente y su amiga respingó—, pero mi hermano lo rechazó y lo echó de la casa. Augustus está convencido de que existen niveles y Spinster ni siquiera nos llega a los talones.

—Ya veo —le pareció escuchar un deje de tristeza en su voz—. Me parece injusto, al menos él es rico y tiene una gran visión en los negocios. Además, debemos reconocer que se codea con los nobles más poderosos y ricos de la ciudad.

—Él sólo quiere mi dote —le recordó con congoja.

—Muchos hombres vendrán a ti únicamente por eso —fue realista.

—Pero quiero enamorarme, quiero que mi futuro esposo me ame y esté dispuesto a luchar por mí.

En esta ocasión, Olivia no pudo darle una respuesta.

—Si Spinster pudiera amarte, ¿lo elegirías?

Era una buena pregunta y no entendía por qué no sentía repulsión al respecto. En el pasado se habría desmayado de solo pensar en tal locura, pero ahora todo era diferente y sólo porque él la besó, la acarició y, a pesar de sus bajas pasiones, la respetó y protegió hasta el final.

Se frotó la sien con cansancio, siempre pensó que conocía muy bien al hombre, pero lo cierto era que Spinster era todo un enigma para ella.

—Eso no importa —desvió el tema—, la cuestión es que, si me caso con el conde maldito, mi vida terminará antes de lo previsto.

—Lilias y su esposo están pasando un buen momento juntos ahora que se reconciliaron, pero pienso escribirle para que nos envíe un carruaje esta noche —confesó Olivia y la sorpresa la golpeó con fuerza—. Tienes razón, tu hermano no está siendo racional, pero nosotras lo ayudaremos a volver en sí y te esconderemos hasta que se le borre esa tonta idea de casarte con el conde de la cabeza.

—Gracias —la visión se le cristalizó—, jamás tendré como pagarte todo lo que haces por mí.

—Aunque no lo creas, hiciste mucho por mí, Pen —aclaró con una tierna sonrisa en el rostro y cuando quiso decirle que lo hizo con mucho gusto, no pudo hacerlo porque alguien las

interrumpió.

—Buenas noches, hermosas damas.

Era Ibrahim Cumming, el hermano mayor de Lillas y uno de los hombres más apuestos del salón de baile.

—Sr. Cumming, qué agradable es verlo por aquí —respondió Olivia con alegría auténtica y Penelope respingó en su lugar cuando el castaño sujetó su mano para dejar un casto beso en el dorso, y en el proceso entregarle una pequeña nota.

La piel se le erizó.

Spinster estaba en Windsor House.

—Pienso lo mismo, Srta. Fletcher —fue por la mano de su amiga—. ¿Podría concederme el honor de bailar conmigo la siguiente pieza?

Penelope empuñó la nota, ellos querían alejarla de Olivia, estaba claro de que Spinster no estaba actuando solo.

—Será un placer. —Olivia aceptó la mano del apuesto escocés y Penelope lamentó que la belleza del hombre hubiera encandilado el raciocinio de la castaña.

Cuando la pareja se alejó hacia la pista de baile, Penelope aprovechó el gran florero que tenía junto a ella para esconderse y leer la nota.

El mensaje era claro y conciso.

"Nos vemos en la fuente que se encuentra detrás de los rosales".

Travis Spinster quería verla en el jardín, el lugar al cual ella jamás salía sin compañía, pero siempre existía una primera vez para todo y ella no podía ignorar su llamado. Él contaba con información demasiado comprometedor para su gusto.

Barrió el lugar con la mirada y al ver a su hermano en la pista de baile, hizo lo que le pareció más adecuado y se escabulló hacia la puerta de la terraza. Se llevó una mano al pecho, agradeciendo en silencio que nadie la hubiera visto, y se aferró a sus faldas para bajar la escalinata con prisa y perderse en medio de la oscuridad del jardín.

¿Por qué estaba respondiendo a su llamado? ¿Realmente lo creía capaz de acusarla?

No, claro que no.

Aunque odiara admitirlo, él jamás jugaría sucio, puesto que no la tomó cuando ella estuvo más dispuesta que nunca a rendirse entre sus brazos. Quizá le escondió su identidad, pero nunca hizo nada que pudiera lastimarla o comprometerla de verdad.

¿Por qué? ¿Qué era lo que ese hombre quería de ella?

Cuando llegó a la fuente, se vio obligada a detener su marcha para recuperar el aliento. Su pulso estaba desbocado y sentía que el corazón se le saldría por la garganta, jamás se imaginó que romper las reglas podría hacerla sentir tan bien.

—Eso fue rápido —cuadró los hombros con inmediatez y giró sobre su eje para poder encararlo.

Él estaba ahí, de brazos cruzados, más apuesto y tentador que nunca.

Dios santo, ¿cómo era posible que no hubiera notado ese hecho en el pasado?

«Claro que lo notaste, pero decidiste pasarlo por alto», le dijo una vocecilla y ella tragó con fuerza.

—Debe agobiarte mucho saber que el hombre que te hizo sentir tanto placer fui yo.

—¿Qué es lo que quiere? —endureció su semblante, no se dejaría intimidar tan fácilmente.

—Sabes que es lo que quiero —avanzó en su dirección y lejos de retroceder, ella levantó el mentón con suficiencia—. Tú eres mía.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal ante tan intensa declaración y por varios segundos no

supo qué decir. Era normal que él pensara de esa manera, la había visto semi desnuda, como también besado por largos minutos y ese hecho era razón suficiente para que él quisiera reclamarla. No obstante, una boda entre ellos era simplemente imposible.

—Ya arruinó mi vida hace tres años, ¿por qué dejaría que lo hiciera de nuevo? —preguntó con aspereza y los ojos ambarinos brillaron con intensidad.

—Te liberé de un cobarde que no fue capaz de ir tras de ti.

—Él...

—No hay excusa —le cortó con dureza—, si yo hubiera estado en su lugar: habría perdido los estribos, te habría perseguido y habría matado al rufián que intentó robarte.

En esta ocasión, sí dio un paso hacia atrás. ¿Por qué tenía que ser tan intenso y apasionado?, ¿por qué él sí sería capaz de hacer todo lo que alguna vez quiso que hiciera el vizconde por ella?

—Él no te amaba.

Penelope cerró las manos en dos puños. Era muy consciente de que él tenía razón, pero no por eso el dolor que sentía en el pecho era menor.

—Es verdad, él no me amaba —la voz le tembló—, pero era el hombre que elegí para mí.

Y el hombre al que se había propuesto enamorar.

—Tú y tu hermano son pésimos eligiendo.

—Usted —le corrigió y lo miró con disgusto—, nunca dije que pudiera tutearme.

—He visto y besado mucho de ti, jamás te trataré como si fueras una extraña.

—¡Es un sinvergüenza! —lo empujó por el pecho con enojo—. Usted me reconoció e incluso así decidió engañarme.

—Nunca te engañé —gruñó y la sujetó de las muñecas al darse cuenta que quería golpearlo de nuevo—. Desde un principio te dije que asistí a Diamantes por ti. —La sangre se le congeló y nada la preparó para impedir que su brazo de hierro rodeara su cintura y tirara de ella en su dirección—. Yo quería salir de ese lugar y huir de la tentación, pero tú me pediste que te enseñara más.

—No debió permitir que llegara tan lejos.

—¿Por qué no? —la miró con fijeza—. Verte ser libre y feliz fue maravilloso.

¿Libre y feliz?, ¿así se vio en Diamantes?

«Así te sentiste», aclaró una vocecilla y negó rápidamente con la cabeza.

—¿Por qué simplemente no lo olvida? —preguntó con un hilo de voz—. Fue un terrible error, nunca debí besarlo ni permitir que las cosas llegaran tan lejos. —Cerró los ojos con fuerza cuando su amplia mano acarició su espalda baja—. Estaba abrumada y desesperada, por un momento pensé que podría jugar con fuego y no quemarme, pero...

—¿Qué era lo que te tenía así? —arrastró sus palabras y Penelope se estremeció cuando su aliento acarició su mejilla.

—No lo sé —confesó abrumada y todo su cuerpo se estremeció cuando él besó su mejilla y comenzó a deslizar sus labios por su piel—. Señor...

—Puedes decirme Travis. —Se mordió el labio inferior con impotencia y no opuso resistencia alguna cuando él sujetó su mentón y la obligó a buscarlo con la mirada—. Te aseguro que a partir de ahora tú y yo seremos muy cercanos. —Unió sus labios con suavidad, brindándole un par de segundos para asimilar la situación, y cuando las caricias se intensificaron, Penelope se rindió, lo abrazó por el cuello y respondió a su beso con profunda necesidad.

Quería sentirlo, necesitaba probar sus labios por última vez. Después de todo, esa noche huiría de su casa y desaparecería por una larga temporada, así que no tenía nada que perder. La respuesta del hombre fue inmediata y apasionada, por lo que Penelope jadeó con sorpresa al

sentir su dura penetración. Ese hombre quería saquearla y robarle hasta el último suspiro.

—Mmm... —jadeó sorprendida y enterró la mano en sus cabellos color miel para tirar de ellos hacia atrás—. No, espere, yo...

—Me deseas, eso es evidente.

La garganta se le cerró, claro que lo deseaba. Él le había enseñado lo que era un beso y la pasión, ¿cómo podría desprenderse de todas esas sensaciones con tanta facilidad?

—¿Qué hace? —suspiró cuando uno de sus pechos quedó en libertad y se cubrió la boca con una mano para no gemir por lo alto cuando él se hizo de una gran porción de su piel con su boca—. Mmm... —se aferró a sus hombros y tiró la cabeza hacia atrás—. Espere, por favor, no quiero seguir manchando mi reputación.

Los últimos años fueron un infierno, no quería seguir empeorando la situación.

—Cásate conmigo —gruñó contra su piel y ella lo abrazó con fuerza—. A mi lado estarás bien, te dejaré ser libre y lo tendrás todo.

—Augustus quiere que me case con el conde —logró articular y la piel se le erizó cuando el castaño conectó sus miradas—. Él nunca te aceptará.

—No necesito la aceptación de tu hermano, sino la tuya.

—Tampoco lo haré —fue sincera, dado que él sólo quería su dote y ella jamás se atrevería a caer tan bajo—. Cuidaré mi reputación tanto como me sea posible.

Su respuesta hizo que el hombre se enderezara sobre su lugar y acomodara su ropa con fría calma. Siempre lo consideró un salvaje, pero debía admitir que Spinster tenía un gran auto control.

—Tu hermano quiere casarte con un hombre que podría enviarte muchos metros bajo tierra.

—Lo sé.

—¿E incluso así piensas aceptar?

—Sí.

No podía decirle que pensaba huir, eso podría complicar un par de cosas.

—¿Consideras que él es mejor que yo? —la miró con fijeza.

—Claro que lo es —soltó sin duda alguna, pero no se atrevió a mirarlo a la cara—, al menos él tiene un título.

Spinster se rio con cinismo.

—Pensaba atraparte esta noche y generar un escándalo —le confesó, prendiendo todas sus alarmas, y no supo qué pensar cuando él observo su reloj de bolsillo—. Pero he cambiado de parecer, tienes siete minutos para huir de mí.

¿Qué? ¿Él le estaba dando su libertad?

No estaba entendiendo nada, pero no se quedó a cuestionarlo. Penelope corrió hacia el salón de baile como si de eso dependiera su vida y no se sintió tranquila hasta que estuvo junto a todos los invitados, lejos del gran peligro que ese hombre representaba.

—Penelope, querida —el mundo tembló a sus pies al ver como su hermano avanzaba hacia ella junto al conde de Warrington, y no pudo huir de las presentaciones ni el vals que el hombre le solicitó.

Estaba perdida.

Su hermano acababa de informarle que no daría marcha atrás en cuanto a sus planes y eso no hizo más que hierla profundamente.

—¿Por qué la dejaste huir? —inquirió Ibrahim, su buen amigo, con disgusto y Travis observó a la pareja que danzaba en la pista de baile con atención—. Debes casarte con ella para recuperar el terreno, ¿acaso olvidas tu más grande proyecto?

—No lo he olvidado.

Pero ella quería cuidar su reputación y el haber sido encontrados de una manera escandalosa sólo habría generado más problemas y motivos de tristeza en la fémina, algo que no deseaba.

—¿Entonces? Tu gente ya te informó que ella partirá el día de mañana a Gales, ¿cuál es el plan?

—Los Humphrey nunca me consideraron como algo más que un salvaje. —Ibrahim asintió—. Pienso demostrarles lo salvaje que puedo llegar a ser con tal de obtener lo que quiero.

Iba a secuestrarla.

Se rehusaba a permitir que el conde se casara con ella y le pusiera una sola mano encima. Penelope Humphrey iba a ser su mujer, ya sea por las buenas o por las malas.

¿Hizo lo correcto al rechazar la oferta de Spinster?

Penelope se aferró a su almohada, no muy segura de cómo sentirse, y se preguntó si estaba lista para huir de su casa esa noche y marcar un antes y un después en su vida. Su maleta estaba lista, llevaba la ropa adecuada para efectuar un corto viaje, pero sus ánimos se habían esfumado.

¿Qué tan malo sería probar suerte con Spinster?

Tal vez no tendría amor, pero él le había dicho que sería libre y feliz. Dios santo, ella no tenía ni la menor idea de lo que era realmente ser libre.

Todas sus alarmas se prendieron cuando la ventana de su alcoba se abrió con violencia y observó con horror como dos hombres encapuchados ingresaban al lugar con bastante facilidad.

—Pero... —cerró los labios en una fina línea cuando uno de los hombres la apuntó con un cañón y por el rabillo del ojo vio como el segundo sacaba su maleta que estaba debajo de la cama.

¿Cómo sabía él que dejó eso ahí?

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó con un hilo de voz y el hombre que tenía su maleta se acercó a ella para montarla sobre su hombro con bastante facilidad—. ¿Qué hace? —chilló espantada y comprendió que estaba a punto de ser secuestrada cuando avanzó hacia la ventana—. Estamos en un segundo piso, yo...

—Tú descuida, belleza —la sangre se le congeló—, con nosotros estarás más segura que en Gales.

¿Qué? ¿Cómo era posible que Spinster estuviera al tanto de las intenciones de su hermano de mandarla a Gales?

Por todos los santos, ¿acaso ese hombre no tenía límites?!

—Pen —la puerta de su habitación se abrió justo en el momento que ella salió del campo de visión de la ventana y lanzó un grito por la violencia y rapidez con la que Spinster bajó por la soga—. ¡Penelope! —en esta ocasión Olivia no se dejó intimidar por el cañón y gritó a todo pulmón, alertando sobre la situación a su gente.

El sonido del disparo hizo que la sangre se le congelara y cuando Spinster intentó llevarla hacia el carruaje, ella empezó a gritar.

El segundo hombre salió de su alcoba con habilidad y antes de que ella pudiera reclamarle o golpearlo, un paño cubrió su rostro y el olor a formón inundó sus fosas nasales y le informó que

por el momento no podría saber cuál era el estado de su amiga.

No lo entendía, si su idea era salirse con la suya, ¿por qué simplemente no la comprometió en el baile? ¿Qué ganaba Travis Spinster secuestrándola y lastimando a su amiga?

Capítulo 8

"Es una lástima que lady Humphrey y la Srta. Fletcher se hayan retirado de la temporada para pasar unas cuantas semanas en Gales, espero poder verlas nuevamente en los rincones más solitarios de los salones de baile.

¿Qué es una fiesta sin ninguna solterona por el lugar?

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth".

Travis era muy consciente de que las cosas se habían salido de su control.

Cuando planeó ese secuestro —en la última media hora del día—, nada de eso llegaba a suceder, puesto que no tardaron ni dos minutos en sacar a Penelope de su casa; no obstante, la llegada de la Srta. Fletcher terminó generando más inconvenientes de los que hubiera querido.

Le parecía un milagro que el duque y su gente no hubieran podido alcanzarlos, estaba claro que el disparo que su amigo efectuó logró distraerlos. Aunque algo le decía que ese hecho le generaría muchos problemas con la pelinegra que ahora mismo estaba tendida sobre el mullido colchón.

Se volvió hacia la cama y la estudió con la mirada.

¿Por qué no despertaba?

El viaje a Horsham les había tomado más de cuatro horas, ¿no debería haber vuelto en sí hace mucho?

—Y bien, ¿cuál es tu plan? —inquirió Ibrahim, su amigo y socio, y lo miró con disgusto—. ¿Qué? No herí a nadie, sólo la asusté y generé una distracción para los curiosos, ¿por qué crees que no lograron alcanzarnos?

—La Srta. Fletcher no merecía ese susto —siseó.

—Lo sé, ella también me agrada, pero era eso o ser atrapados por el duque de Richmond.

Travis siseó un juramento, odiaba que su amigo tuviera tanta razón.

—¿Cuál es tu plan? —Ibrahim se veía bastante interesado en cuanto al tema—. ¿La llevarás a Escocia? —El silencio se cernió sobre ellos—. Porque déjame decirte que deteniéndonos en Horsham no conseguiremos nada y no es que hayamos tomado la ruta más adecuada para acercarnos al norte —lo miró significativamente.

—La primera ruta que el duque tomará será Escocia —aclaró con voz neutra.

—Porque es la única ruta que existe cuando secuestras a una dama virginal —aclaró Ibrahim con retintín y Travis se frotó los ojos con cansancio—. ¿Qué es lo que quieres de lady Humphrey? —fue directo—. Decidí ayudarte porque eres mi amigo y no tengo nada más interesante que hacer, pero me gustaría saber cuál es tu plan.

¿Qué cuál era su plan?

—Sólo quiero que ella se case conmigo por voluntad propia —fue sincero e Ibrahim lo miró como si tuviera dos cabezas—. Creo que puedo convencerla, no quiero que mi futura esposa me odie.

—Eso puede tomarte mucho tiempo. —Posó los ojos en la pelinegra—. Llevo poco tiempo en Londres, no sé mucho de ella, pero según tengo entendido su familia es algo desagradable.

Ibrahim abandonó Londres hace más de tres años para proteger a su hermana y a su sobrina de un mal esposo; no obstante, todo el sacrificio fue en vano porque a diferencia de lo que él y lady Lillas pensaron, Randall Aldrich recibió a su hija con los brazos abiertos y luchó durante meses

para recuperar el amor de su esposa.

—Sólo confía en mí, ¿sí?

Ibrahim asintió, no pensaba meterse en sus asuntos.

—¿Te quedarás aquí?

—Es una casa modesta y está bien oculta, mi personal me es leal y él no nos encontrará tan fácilmente.

—Bien, entonces volveré a Londres para vigilar a Richmond.

—Gracias.

—¿Hiciste todo esto por el terreno o por algo más? —lo miró con sabiduría y Travis se encogió de hombros—. Tienes suerte de que la mujer de tu interés sea la hermana de un duque y posea una gran fortuna como dote.

Travis se rio sin humor alguno.

—¿Cómo te explico que, aunque ella no hubiera tenido un solo penique, igual la habría querido para mí?

Penelope le gustó desde el primer día y esa era una verdad que hasta la fecha sólo él conocía.

—Puede bajar —abrió la puerta del carruaje con disgusto, deseando estar junto a su amiga, quien tuvo un accidente y cayó por una pendiente, en vez de estar atendiendo a esa mujer.

—Yo sólo quiero ir a mi casa —escuchó que susurraba con voz rota desde las penumbras del carruaje y suspiró con cansancio. No estaba capacitado para lidiar con damas inglesas, ellas eran demasiado frágiles e irritantes para su gusto—. Lléveme a Richmond House.

—No será posible —siseó—, vio y escuchó demasiado esta noche.

Antes de llevarla con su familia, ella debía hablar con Sterling y su gente. El misterio que rodeaba al conde de Grafton era un tema que no podía llegar a cualquier oído. Era un secreto de la corona y deberían garantizar que esa mujer no abría la boca.

—Baje.

—No. —Travis soltó un juramento y se metió al carruaje con toda la intención de sacarla a la fuerza. Para su sorpresa, la diminuta mujer le dio pelea y ambos iniciaron un forcejeo—. Suélteme —ordenó con enojo—. No dejaré que usted y su gente me lastime.

—Maldición, no le haremos nada. Aunque no lo parezca, somos los buenos de la historia —farfulló, reconociendo para sí mismo que esa fémina olía bastante bien.

—¡No, he dicho que me suelte! —Y sin previo aviso, la mano enguantada se clavó en su mejilla, generando un ruido sordo.

Por breves segundos, Travis no supo cómo reaccionar.

—Suficiente —ordenó una tercera voz, obligándolo a volver en sí, y miró por encima del hombro como el marqués de Sutherland, el hermano mayor de su cuñado, hacia acto de presencia—. Puede bajar, lady Humphrey, le aseguro que está a salvo. —El pelinegro lo instó a salir del carruaje con brusquedad y Travis observó con atención la diminuta sombra que se asomó a la puerta.

Cuando la luz de la luna iluminó las facciones femeninas, el aire se atoró en sus pulmones de una manera bastante peculiar, puesto que nunca antes le había sucedido algo igual.

—Yo sólo quiero ir a mi casa —se tensó cuando una lágrima se deslizó por su hermosa mejilla y cerró las manos en dos puños.

Tal vez, sólo tal vez, cometió un terrible error al robar su carruaje.

—Le prometo que pronto volverá con su hermano, pero es necesario que hable con un par de personas.

—Pero...

—Lo que sucedió esta noche es un asunto de la corona y me temo que no podrá irse de este lugar tan fácilmente.

La hermosa pelinegra bajó el rostro con tristeza, comprendiendo mejor la situación, y aceptó el brazo que el marqués le tendió para salir completamente del carruaje.

¿Quién era esa mujer?, ¿cómo era posible que no la hubiera visto antes?

No era diminuta, ni demasiado delgada, ella simplemente era perfecta. La boca se le hizo agua y tragó con fuerza, esto no estaba bien. Era un americano, ninguna inglesa lo aceptaría de buena manera, menos si la dama en cuestión era una lady.

Los ojos color esmeralda se posaron en él y Travis se estremeció al ver el rencor en ellos, ¿acababa de ganarse una nueva enemiga?

Era lo mejor, no había que ser un genio para saber que esa mujer estaba fuera de su alcance.

Travis se sintió más tranquilo una vez que despachó a Ibrahim y no demoró mucho en regresar a su habitación. Comprendía que no había manera alguna de que ella pudiera huir de ahí, puesto que estaban muy lejos del pueblo; sin embargo, algo le decía que Penelope no sería nada fácil de controlar.

Acarició su pálida mejilla con el dorso de los dedos y se sentó junto a ella para poder observarla mejor. La escena le parecía irreal, nunca se imaginó que podría verla dormir, ni mucho menos que ella terminaría tendida en su cama.

Tragó con fuerza.

¿Qué haría si al final de todo, ella no lo aceptaba en su vida? ¿Sería sensato convivir con ella? ¿Qué tal si sólo se enamoraba más y como resultado terminaba con el corazón roto?

—Vale la pena intentarlo —determinó y abandonó su lugar para sentarse en el sillón que estaba junto al hogar.

No iba a dejarla sola, pero tampoco pensaba invadir su espacio. Hasta que ella no le hiciera ningún tipo de invitación, él no cruzaría la línea de la perdición.

Olivia presionó sus sienes con impotencia, odiándose a sí misma por haberse desmayado en un momento tan inoportuno, y contuvo el aliento cuando la puerta de su habitación se abrió y por ella apareció el duque de Richmond.

Había esperado su visita, él seguramente quería una explicación y ahora que había despertado empezaría con el interrogatorio.

—¿Qué sucede? ¿Le duele algo? —su pregunta la tomó por sorpresa y respingó en su lugar cuando el hombre rodeó su muñeca sin previo aviso.

—No, no es nada —musitó y lo buscó con la mirada, el pelinegro se veía tenso y muy molesto. Por inercia, ella se aferró a las sábanas y se cubrió hasta la altura del mentón.

Él percibió su incomodidad y la soltó con rapidez.

—¿Qué fue lo que sucedió? —inquirió con voz tensa—. ¿Quiénes eran esos hombres?

—No lo sé —la visión se le cristalizó—, pero se llevaron a Penelope y uno me disparó cuando decidí que lo mejor era alertar a todos.

El duque cerró las manos en dos puños.

—¿Pudo ver sus rostros?

—No, ambos estaban cubiertos de la cabeza a los pies.

—Maldición —farfulló con ira contenida.

—¿Tiene alguna idea de quien puede estar detrás de todo esto? —inquirió con cautela y el duque la miró con fijeza.

—Muchos sinvergüenzas están detrás de su dote, pero solo uno es lo suficientemente salvaje como para llegar tan lejos.

Olivia se tensó, pero no dijo nada al respecto. Estaba claro que, para el duque, el responsable de toda esta locura era Travis Spinster.

—¿Qué piensa hacer? —se sentó sobre su lugar y el no apartó los ojos de ella.

—Sólo existe un destino y es Escocia, pienso alcanzarlo y matarlo de una vez por todas.

¿Era necesario ser tan agresivo e irracional? Era normal que Richmond apartara a toda la gente que no le convenía de su lado, pero ¿deshacerse de ellos?

¿Eso no era demasiado?

—Pen no quiere casarse con el conde, puede que termine prefiriendo a Spinster.

—No diga tonterías —ladró con enojo y Olivia cerró los labios en una fina línea, haría bien en recordar que por el momento dependía de su generosidad—. Ese americano nunca será elegible, pero ya que lo menciona, tomaré mis previsiones.

—¿Qué previsiones? —lo miró ceñuda y la piel se le erizó cuando él se inclinó sobre su cuerpo.

—Ya sea por las buenas o por las malas, Penelope regresará conmigo y se casará con Warrington lo antes posible.

—¿Él la aceptará después de tal escándalo?

—Nadie tiene por qué enterarse —espetó y se enderezó con movimientos escuetos—. Haré que preparen sus cosas, usted vendrá conmigo.

—¿Qué? —lo miró con sorpresa—, ¿por qué?

—Porque si mi hermana no pone de su parte, usted la hará entrar en razón.

Cerró los ojos con frustración, esto tenía que ser una pesadilla. Lo menos que necesitaba era pasar mucho tiempo a solas con el duque.

Cuando Penelope volvió en sí, le costó mucho separar los párpados y aceptar los fuertes rayos del sol. Se restregó los ojos con movimientos delicados para no hacerse daño.

¿Hace cuánto que no dormía tan bien sin que nadie entrara a su habitación para despertarla y obligarla a desayunar con su hermano a las siete de la mañana?

Ese pensamiento hizo que recordara los últimos sucesos de la noche anterior, cómo fue secuestrada por Spinster y el disparo que retumbó en su habitación.

—Olivia —se sentó sobre el mullido colchón con preocupación y en ese momento se percató de que no se encontraba en ninguna habitación que le resultara familiar.

—Tu amiga está bien, el disparo sólo se efectuó para distraer a tu hermano.

Salió de la cama de un salto y cerró las manos en dos puños al ver a Travis Spinster apoyado en la puerta con una pose relajada y un semblante sereno. Estaba claro que él ya se había cambiado y peinado para el día, puesto que su aspecto era impecable.

—¿Acaso está loco? ¿En qué estuvo pensando al actuar de esa manera tan salvaje?

—En el baile me dijiste que no querías arruinar tu reputación, así que pensé que lo mejor sería sacarte de tu habitación a mitad de la noche. —Lo miró con horror—. No he cambiado de parecer, te haré mi esposa por las buenas o por las malas.

—Es una locura —alborotó su cabellera con inquietud—, después de esto nadie querrá relacionarse conmigo.

—Descuida, tu hermano se encargará de que todo sea un secreto.

Se tensó, ¿por qué no lo había pensado antes?

—¿De verdad ese terreno es tan importante para usted? —Esto había llegado muy lejos, ¿es que ese hombre nunca la dejaría vivir tranquila?—. Nunca le he hecho nada, pero usted siempre se las ingenia para arruinar mi vida.

—Tu hermano quería enviarte a Gales para privarte de tu libertad —le recordó con enojo—, ¿de verdad crees que no hago más que arruinar tu vida?

—¿Cómo sabe eso?

Se suponía que su viaje a Gales era un secreto.

—Somos vecinos y el dinero puede comprarlo todo.

—¿Dónde estamos? —Se acercó a la ventana y no vio más que tierra verde y fértil—. ¿Adónde me trajo?

—Tu hermano irá a Escocia, así que decidí esconderte aquí por un tiempo. No deseo efectuar una carrera sin sentido.

¿Estaban escondidos?

Perfecto, eso era justamente lo que necesitaba. Al final no necesitó molestar a Liliás. Sin siquiera preverlo, Spinster acababa de hacerle un gran favor. Mientras más tiempo pasara, más posibilidades habría de que el conde maldito se retractara en cuanto a su compromiso.

—¿Y bien? ¿No hay gritos ni quejas? —recordó a su raptor y giró sobre su eje con prontitud.

Por el momento aceptaría su ayuda, pero más adelante vería la manera de huir de ese lugar.

—¿Ganaré algo actuando de esa manera? —Él enarcó una ceja con diversión y curiosidad—. No, ¿verdad?

—¿Qué te traes entre manos?

Se tensó y rápidamente negó con la cabeza, él jamás podría descifrarla, ni siquiera la conocía.

—¿Estarías tan tranquila si te dijera que nos vamos a Escocia?

—Claro que no, vería la manera de salir huyendo y lucharía hasta el final.

Sus ojos ambarinos la estudiaron de pies a cabeza con pericia y por inercia ella dio un paso hacia atrás.

—Sería interesante ver eso —reconoció entretenido y lo fulminó con la mirada—. Como sea, le diré a Jessica que suba a ayudarte.

—¿Hay criados en esta casa? —lo miró con sorpresa, era bueno saber que no estaría a solas con ese hombre.

—Así es, estoy rodeado de gente que me adora y hará todo lo que le pida, así que ten mucho cuidado con lo que haces y dices, ¿de acuerdo?

La garganta se le cerró, qué manera más delicada de decirle que estaba acorralada y no saldría de ese lugar tan fácilmente.

Capítulo 9

"Queridas debutantes:

Si pensaron que esta temporada podrían atrapar al duque de Richmond, temo decirles que toda posibilidad se ha evaporado. El hombre acaba de salir de la ciudad y nadie sabe con destino adónde, el único dato que tengo a mi alcance es que la madre del marqués de Carisbrooke es la nueva responsable de sus hermanas pequeñas
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth".

Penelope observó a la delicada joven de cabellos dorados y rostro inocente moverse por la habitación con entusiasmo, como si la idea de asistirle la sobreexcitara, y muchas preguntas llegaron a su cabeza.

—¿Qué edad tienes? —se veía demasiado joven.

—Quince, milady —dijo rápidamente y se plantó frente a ella—. Soy la hija del ama de llaves y le prometo que haré mi mejor esfuerzo para atenderla de la mejor manera.

—Yo...

—Por favor, le rogué por horas a Sr. Spinster para que me dejara ayudarla. Sueño con convertirme en la doncella de una dama elegante.

—Si eso es real, mi consejo es que no hables mucho —comentó entretenida y la muchacha se ruborizó—. No me afecta —aclaró—, pero otras damas son... —acarició su mentón, pensativa—, complicadas.

—Entiendo —bajó el rostro, apenada—. Lo siento, mi institutriz me matará si se entera que cometí un error tan grande.

—¿Institutriz? —frunció el ceño y Jessica asintió.

—El señor se ha encargado de que todos sus empleados tengamos acceso a una buena educación y debo admitir que no siempre es sencillo tomar los cursos, pero todos hacemos lo que podemos para no defraudarlo.

¿Qué tipo de hombre se encargaba de que su servidumbre recibiera educación académica? Eso debía valer una fortuna y podía dar por sentado que su hermano jamás dirigiría un solo penique a una causa tan extraña.

—Ya veo —tomó asiento en el peinador para que pudiera ayudarla con su cabello—. ¿Son muchos empleados?

—Sólo somos diez, la casa no es muy grande.

Eso lo había notado.

—¿Dónde estamos?

—En Horsham, pero estamos a cuarenta minutos a caballo del pueblo más cercano.

—¿Por qué tan lejos? —suspiró con frustración, huir no sería tan sencillo.

—Esta fue la primera casa que Sr. Spinster compró en Londres, le tiene un cariño especial y siempre la usa para tomar un respiro y despejar su mente.

¿Fue su primera adquisición? Si su hermano estuviera al tanto del aprecio que Spinster sentía por esa casa, no dudaría un solo segundo a la hora de quemarla.

—Debió sorprenderles mucho su llegada.

—Sí —respondió distraídamente, totalmente absorta en la densidad de su cabello—. Llegó muy nervioso y ansioso, usted lo tenía tan preocupado que no abandonó su habitación durante

toda la noche.

Un extraño calor se alojó en su vientre bajo y quiso preguntar el por qué, pero dedujo que Jessica no tendría la respuesta que quería. El castaño era un enigma que deseaba descifrar.

—Supongo que ahora mismo no se encuentra en casa —indagó.

—Lo dudo, está supervisando que la alacena tenga todo lo que a usted podría gustarle.

Penelope miró a la muchacha a través del espejo y evitó bufar en respuesta.

—¿Él me secuestró y se atreve a tratarme como su invitada de honor? —preguntó con enojo y no le gustó que Jessica sonriera.

—Seguro tuvo una buena razón.

Sí, según él: quería impedir que su hermano la enviara a Gales.

—Veo que confías ciegamente en él —observó con ojo crítico y Jessica asintió en lo que terminaba de atar su recogido.

—¿Cómo no hacerlo? —preguntó con obviedad—. Gracias al señor Spinster mi madre y yo tenemos un techo seguro y comida. —¿Podría ser que él fuera demasiado generoso?—. En realidad, todos los que estamos aquí le debemos la vida.

—Suena algo exagerado —tragó con fuerza y Jessica le sonrió.

—Es un hombre muy bueno, hizo tantas cosas por nosotros que no podría enumerarlas.

—¿Te dijo que hablaras bien de él? —apretó la mandíbula y ella palideció.

—No, claro que no —dio un paso hacia atrás, asustada—. Usted preguntó y yo le di la respuesta. —Era evidente que Jessica no estaba lista para servir a una dama—. Lo siento, he hablado de más —bajó el rostro apenada y Penelope suspiró.

—No pasa nada —abandonó su lugar con elegancia—, quisiera desayunar, ¿podrías guiarme al comedor? —La joven la miró con una sonrisa traviesa—, ¿qué sucede? —arrugó el entrecejo, ¿qué era tan divertido?

—Es hora del almuerzo, milady, me temo que hoy no podrá desayunar.

¿Qué tanto había dormido?, ¿por qué Spinster no hizo nada para despertarla?

«Sea como sea», eso no podía volver a suceder.

¿Era normal que el bienestar y la comodidad de Penelope fueran tan importantes y primordiales para él? Nunca había llevado a una mujer a su refugio, era la primera vez que su gente veía una, por lo que todos se estaban esmerando más de lo debido para poder encandilar a la pelinegra. Algo absurdo, desde su perspectiva, puesto que Penelope no estaba acostumbrada a casuchas de tan bajo nivel.

—Mi señor —la voz de Jessica lo hizo volver en sí y se apartó del marco de la ventana para poder apreciar mejor a la dueña de sus pensamientos.

Llevaba puesto un vestido celeste sencillo y cómodo, una prenda adecuada para ese lugar, y le pareció curioso que, a pesar de no portar una sola joya costosa, ella se viera tan fina y elegante.

La garganta se le cerró.

¿Casarse con ella sería correcto?

Sus mundos eran muy distintos y era probable que sus formas de pensar también.

—Buen trabajo, Jessica —reconoció y le hizo un gesto con la cabeza para que se retirara—. Dile a tu madre que prepare la mesa, por favor, pasaremos al comedor en veinte minutos.

—Como usted ordene.

La muchacha se retiró del salón y en esta ocasión cerró la puerta a su espalda, brindándole la

privacidad que no sabía que ansiaba hasta ese momento. Penelope observó sin expresión alguna en el rostro como la joven se iba sin considerar lo que eso significaba y luego se volvió en su dirección.

—La institutriz que contrató es pésima, ¿qué tipo de doncella deja totalmente sola a su señora con un hombre?

—No se toma sus clases muy a pecho —defendió a su otra empleada— y supongo que ahora mismo su objetivo es complacerme más a mí que a ti —soltó con retintín y adoró ver la ira en el destello de sus ojos—. Te ves linda cuando te enojas —reconoció de pronto y ella se ruborizó—, deja de mirarme así o me tentarás a iniciar una guerra.

—Usted no tiene vergüenza —farfulló y Travis asintió.

—No la tengo y posiblemente nunca la tendré.

Estaba seguro de que por mucho que intentara decirle o demostrarle lo contrario, ella nunca le creería ni intentaría cambiar el concepto que tenía de él.

—Hablaré con ella esta tarde, pienso instruirla un poco y...

—Tiene clases a partir de las cuatro y no regresa hasta las seis —aclaró y ese comentario logró captar su atención.

—¿Los americanos acostumbran a hacer eso? —inquirió con voz ronca y él enarcó una ceja—. Eso —se exasperó—, ¿es normal gastar dinero en sus empleados?

—No, no es normal y estoy seguro de que pocos lo hacen —reconoció y pudo ver como la tensión abandonaba sus hombros.

—¿Y usted por qué lo hace?

—Porque el conocimiento es poder y todos deberían tener acceso al mismo —soltó con sencillez—. Me gusta que mi capataz sepa de números, mis criadas de etiqueta y nada mejor que una cocinera que sepa leer para recrear grandiosas recetas, ¿no crees?

Ella parpadeó varias veces, totalmente atónita con sus palabras, y Travis se rio sin humor alguno. Sólo esperaba que nunca intentara obligarlo a dejar esas costumbres.

—Es una buena inversión —su respuesta lo tomó por sorpresa—. Tal vez por eso su pintoresca casa funciona tan bien —observó y él se acercó a ella con pasos escuetos—. Les da los conocimientos necesarios para que su presencia no sea indispensable, ¿verdad?

Travis asintió y se plantó frente a ella para poder observarla mejor.

—A la luz del sol te ves más hermosa —acunó su rostro y estudió su hermosa piel—. No me había dado cuenta de que sólo tomé tus labios en las penumbras.

—Spinster... —intentó apartarse, pero él no se lo permitió.

—Si bien ahora nos estamos escondiendo —soltó de pronto, brindándole su libertad, y ella se apartó con rapidez—, te aseguro que no seré indiferente contigo. Para mí: el cortejo ha iniciado y estoy seguro de que mi estilo no se parece en nada al de ustedes.

La escuchó tragar con fuerza y sonrió con diversión.

—¿Piensa comprometerme?

—No soy un libertino, ni mucho menos un canalla —soltó con dureza y ella conectó sus miradas—, pero soy un hombre que consigue lo que quiere y tú te estás convirtiendo en un reto tentador, Penelope Humphrey.

—No sabe lo que dice —siseó y le dio la espalda—, nunca aceptaré su cortejo ni le daré el sí tan fácilmente.

—Eso está por verse —acunó su espalda baja y la instó a avanzar para que pudieran abandonar el salón.

Para ser alguien que no quería nada de él, estaba claro que no le resultaba nada difícil aceptar

su cercanía.

¿Realmente sería inmune a sus encantos o sólo se estaba resistiendo?, ¿En caso de que se estuviera resistiendo, cuánto tiempo tendría que esperar para conseguir lo que quería?

Richmond sentía que, si las cosas seguían así, terminaría matando a alguien.

¡¿Por qué nadie había visto a Spinster y a su hermana?!

Llevaban cuatro días de viaje y no importaba dónde se detuvieran, nadie tenía noticias de la pareja. Era como si la tierra se los hubiera tragado y empezaba a cuestionarse si tomó el camino correcto.

—¿Y si no partieron a Escocia? —preguntó la señorita Olivia, mirando a la nada por la ventanilla del carruaje, y Augustus presionó el puente de su nariz con disgusto—. Nadie sabe nada de ellos y no es que el señor Spinster sea alguien que pueda pasar desapercibido.

—¿Le tomó cuatro días percatarse de eso? —escupió con enojo y ella lo miró de reojo.

—El mismo tiempo que a usted, ¿no es así? —Enarcó una ceja con sorpresa, ¿es que nunca dejaría de ser una insolente?—. ¿Ahora qué sigue? Siento que nos estamos alejando de Penelope.

¿Realmente estaba preocupada por su hermana o sólo quería seguir gozando del beneficio que le brindaba ser amiga de la misma?

—No puedo poner una demanda, eso sería un escándalo.

—Podría buscar a los familiares de Spinster, quizá ellos puedan proporcionarle información o alguna ubicación.

—¿Por qué me ayudarían? —gruñó con enojo.

—Porque si él no secuestró a Penelope para traerla a Escocia, posiblemente lo hizo para pedir una recompensa.

Se tensó, ¿por qué diablos no lo pensó antes? Apretó la mandíbula y golpeó la pared del carruaje con enojo. Era momento de regresar, seguir la ruta hacia Escocia sólo les haría perder tiempo valioso.

—Ese hombre no se saldrá con la suya —siseó y la castaña suspiró—. ¿Qué sucede?

—Nada.

Achicó los ojos con recelo, ¿por qué sentía que esa mujer le estaba escondiendo algo?

—Hable.

—¿Ha pensado en cómo tomará la situación el conde de Warrintong?

—Él se casará con Penelope —respondió con brusquedad y ella lo buscó con la mirada—. Está decidido a casarse esta temporada y yo he sido el único tutor que ha aceptado su propuesta.

—Porque nadie quiere ver como su hija, hermana o sobrina muere a manos del conde —escupió con enojo y Augustus apretó la mandíbula.

—Le recomiendo que guarde silencio, usted no es quién para opinar al respecto.

—¿Por qué no piensa en su hermana?, ¿acaso no tiene miedo?

¡Claro que tenía miedo! ¡Por supuesto que no quería entregarla al conde maldito, pero él le había dejado sin otra opción!

—Si quiere seguir viviendo en mi casa y disfrutando de las comodidades que eso le brinda, le sugiero que guarde silencio y haga todo lo que le diga. —La sintió tensarse y le regaló una sonrisa perversa—. No soy imbécil, sé que su tía está muerta y usted más sola que nunca, así que considéreme un hombre generoso.

La morena palideció, todo indicaba que por fin empezaría a tratarlo con mayor respeto y

controlaría su lengua viperina.

Era lo mejor, lo menos que necesitaba era discutir con ella.

Penelope no tenía pensado huir. A decir verdad, estaba tan cómoda en ese lugar que ni siquiera deseaba regresar a Londres por una larga temporada. Ahí uno podía disfrutar de un libro, una taza de leche y el fuego del hogar sin sentir la presión social sobre sus hombros.

¿Esto era parte de la libertad que estaba buscando?

De ser así, ¿qué tenía que hacer para aferrarse a ella?

—¿No tienes sueño? —la voz aterciopelada de Spinster la arrancó de su letargo y lo buscó con la mirada—. Es tarde y hace frío, ¿por qué no llevas tu taza de leche y libro a tu habitación?

Era una buena pregunta y lastimosamente no tenía una respuesta.

—Me gusta aquí —clavó la vista en el fuego del hogar y no se incomodó cuando él se sentó junto a ella en el sofá.

—Te traje esto —le tendió una manta y ella se lo agradeció con un asentimiento antes de cubrir su regazo con la misma—. ¿En qué piensas?

—En lo mucho que ha cambiado mi vida en los últimos días.

—Todo empezó cuando aceptaste trabajar en Diamantes —observó él y ella asintió.

—Quería entender a los hombres —confesó de pronto y lo sintió tensarse—. Quería saber qué es lo que realmente quieren de una mujer.

—¿Por qué?

—Porque soy algo ilusa —susurró con congoja—. Estaba desesperada, por mi culpa Charlotte no puede encontrar un esposo y pensé que, si encontraba uno lo antes posible, todo se solucionaría —soltó atropelladamente y él asintió.

—¿Por eso quieres casarte con el conde sin importar el riesgo?

Penelope cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza.

—No quiero casarme con el conde. —Un tenso silencio se cernió sobre ellos—. Pensaba huir la noche que me secuestró —admitió con pena y no se atrevió a mirarlo a los ojos.

—¿Por eso no intentaste huir en todo este tiempo, no es así? —Asintió—. Estás cómoda aquí.

Odiaba que pudiera leerla tan bien.

—Nunca me imaginé que una noche en un club nocturno podría cambiar tantas cosas en mí.

—¿Qué ha cambiado? —tomó su taza y la dejó sobre la pequeña mesa que estaba frente al sofá.

—No quiero seguir las reglas —admitió con nerviosismo y se reclinó en el sofá—. He sido una buena hija y hermana, pero hace poco descubrí que para mi hermano soy la única culpable de mi desgracia y eso es horrible porque él mejor que nadie sabe cuánto me he esforzado para no defraudarlo.

—Los hermanos mayores también nos equivocamos —fue su única respuesta y ella se rio con ironía.

—¿Defiende a su más grande enemigo? —conectó sus miradas y todo su cuerpo se estremeció al darse cuenta que él estaba más cerca de lo que había pensado y ahora sus labios estaban a pocos centímetros de distancia.

—Dime algo, Penelope, ¿aprendiste todo lo que deseabas saber en tu visita a Diamantes? —su aliento acarició su mejilla y ella tragó con fuerza y negó lentamente con la cabeza.

¿A quién quería engañar?

La razón por la que se quedó tanto tiempo en la pequeña biblioteca era para poder llamar su atención, dado que, de alguna manera, Spinster se estaba conteniendo y manteniendo una distancia que la desquiciaba porque en esa casa él era lo único que tenía.

—Me temo que la llegada de mi hermano me hizo salir del club antes de tiempo —musitó contra sus labios y sus narices se rozaron con necesidad—. De haberme quedado más tiempo, ¿qué más me habrías enseñado? —dejó las formalidades de lado y él enterró la mano en sus cabellos negros.

—¿Te lo digo o te lo demuestro?

Penelope no le dio una respuesta y en lugar de eso unió sus labios con suavidad, comprendiendo con prontitud que, ahora mismo, él sería todo menos suave con ella.

El beso que se suscitó fue profundo, salvaje y pasional, y ella gimió fascinada ante su ardiente respuesta, por lo que lo abrazó por el cuello y muy lentamente dejó que su espalda acariciara el sofá y él se cerniera sobre ella.

Si rompería las reglas, se encargaría de hacerlo adecuadamente.

Capítulo 10

Besarse con un hombre que no era tu prometido, ni mucho menos tu marido, era algo bastante escandaloso, pero por alguna extraña razón se sentía bien y era adictivo, puesto que ahora mismo Penelope no sólo no podía liberar los labios del castaño, sino que deseaba que la unión de sus cuerpos fuera más profunda e íntima.

Estaba perdiendo la cabeza, pero era ese hombre quien la convertía en gelatina en sus brazos. Separó las piernas para que pudiera acomodarse mejor y gimió por lo bajo al sentir su dureza contra su vientre bajo.

—Travis —gimió contra su boca, rompiendo el beso para tomar una bocanada de aire, y tiró la cabeza hacia atrás cuando él regó un camino de besos por su mentón y cuello, y empezó a bajarle el vestido hasta liberar sus pechos y enrollar la tela a la altura de su cintura.

—Dios santo, creí que tendría que esperar una eternidad para que me dejaras besarte y hacer esto —reconoció contra su piel, incorporándose sobre su rostro, y ella lo besó con ternura.

Para ella la espera sí fue una eternidad.

—Sólo cuida mi virtud, ¿sí? —Lo sintió tensarse, pero gracias a los santos no protestó ante su respuesta y se limitó a besar sus hombros y clavícula—. Travis —gimoteó y acarició su espalda con desespero—, por favor, haz algo —rogó.

Llevaba mucho tiempo deseando repetir ese encuentro, esas sensaciones y si él seguía dilatando todo, enloquecería.

—Cómo tú quieras, milady —musitó con voz perversa y se hizo de su pezón con maestría, robándole un suave alarido mientras amasaba su pecho libre con saña y habilidad.

—Oh, sí —se arqueó y abrió aún más las piernas, disfrutando con creces del roce de sus cuerpos. Empezó a mover la cadera de arriba hacia abajo, el deseo y la pasión estaban nublando su buen juicio, y sonrió para sus adentros al oír su gruñido.

La mano masculina sujetó el dobladillo de su falda y sin previo aviso empezó a subirla de tal manera que terminara arremolinada en su cintura. La escena se le hizo vergonzosa, pero no se cohibió cuando él se arrodilló entre sus piernas para poder observar sus interiores y arrancarlos de su piel con bastante facilidad.

—Ah —empezó a respirar con esfuerzo al sentir la fría brisa contra su húmeda y secreta piel, una que ahora mismo él podía apreciar en su totalidad.

Debía pararlo, debía pedirle que se apartara, pero cuando él besó el interior de su rodilla, supo que nadie ni nada la haría moverse de ese lugar y tiró la cabeza hacia atrás mientras se aferraba al espaldar del sofá.

—Te ves tan bien —deslizó sus besos por sus muslos y el pánico la invadió al ver como su rostro se enterraba entre sus piernas— y hueles de maravilla.

—Ah —jadeó cuando sus labios tocaron su intimidad y se cubrió la boca con una mano para no gritar por lo alto.

Él la estaba besando ahí abajo.

¿Cómo era eso posible?!

Intentó analizar la situación, pero lastimosamente las nuevas emociones apartaron su raciocinio y pronto se escuchó gimiendo y gritando con desespero, mientras él aferraba sus muslos y devoraba su carne húmeda y sensible.

¿Qué estaba haciendo?, ¿de verdad su intención era llegar al altar?

Después de esa noche, dudaba mucho poder estar lejos de él. Necesitaría su boca contra la suya, sus caricias sobre su piel y su rostro entre sus piernas.

—Espera —le dijo de pronto, como si pudiera percibir la tensión en su vientre bajo, y se alejó de ella con lentitud.

—No —lloriqueó.

—Date un tiempo y te prometo que será mejor —susurró y Penelope jadeó cuando hundió un dedo en su interior.

—Sí —se arqueó y contoneó las caderas.

—Lo ves —empezó a acariciarla con sabiduría y su boca tomó su dura perla con hambre voraz.

—¡Ah! —aferró su cabellera ante la intromisión del segundo dedo y empezó a balbucear un par de incoherencias, en lo que él generaba todo un caos en su interior.

Si por un momento pensó que esas sensaciones no podrían mejorar, se equivocó.

Los labios masculinos se cerraron contra su duro botón y empezó a chupar con abandono, al tiempo que sus dedos entraban y salían con mayor velocidad. Podía sentirlo, pronto su cuerpo colapsaría y no estaba segura de si eso estaría bien.

Ladeó el rostro con desespero, temiendo lo peor, y no fue hasta que un tercer dedo se unió a la lucha que no tuvo más opción que soltar toda la tensión que tenía acumulada en el vientre bajo. No pudo callar su alarido, ni mucho menos apartarlo cuando el líquido ardiente abandonó su cuerpo, por lo que se cubrió el rostro con ambas manos al sentir como él la estaba lamiendo y saboreando sin vergüenza alguna.

Esto era demasiado para ella.

Cuando él abandonó su lugar, Penelope apenas y podía respirar con normalidad, por lo que no opuso resistencia cuando Travis acomodó su vestido, ni mucho menos cuando la tomó en brazos para llevarla a su habitación.

—¿Qué fue eso? —quiso saber—. No me sentí así en el club, yo...

—Tuviste un orgasmo —besó su mejilla y salió de la biblioteca con ella en brazos—. Ha sido intenso y agradable, ¿verdad?

Enterró el rostro en su cuello y asintió.

—¿Tú estás bien así? —preguntó cuando la metió bajo las sábanas y él la miró con fijeza—. Siento que no lo he hecho bien.

—Lo hiciste mejor de lo que te imaginas —dejó un casto beso sobre sus labios—. Estoy perfecto, además, con suerte y mañana seguiré con las lecciones.

—Aún no me dijiste qué buscan los hombres en las mujeres.

—Es una pregunta compleja, ¿no crees?

Penelope negó con la cabeza, pero cuando quiso insistir en cuanto al tema, todo a su alrededor se volvió oscuro. Su cuerpo necesitaba un poco de tranquilidad, la tempestad la había dejado deshecha.

Travis observó como la pelinegra caía profundamente dormida y sonrió con ternura al darse cuenta que esa noche logró un gran avance entre ellos. No obstante, era un avance derivado del placer físico, algo que de cierta manera lo inquietaba.

No quería que ella lo viera como un buen amante, él quería ser un buen esposo.

Quizá era momento de implementar un par de citas en su día a día, ¿a qué mujer no le gustaba ser cortejada?

Si bien no estaban cerca del pueblo, su casa estaba lo suficientemente equipada como para que ella pudiera tener todo lo que quisiera.

—Desde mañana empezarás a salir —musitó y acarició su mejilla con cariño.

Esos días ella había permanecido encerrada y muy bien vigilada; sin embargo, todo parecía indicar que no tenía intención alguna de huir y en lugar de eso se había puesto de lo más cómoda en su pequeña morada, algo que le generó un gran alivio en el pecho porque claramente no estaba conviviendo con una rival.

Sino con una dama que deseaba ser libre.

A la mañana siguiente, Travis se vio obligado a esperar con impaciencia por Penelope porque ella estaba tomando un baño.

El solo pensamiento hizo que se pusiera tan rígido como una vara y a su mente llegó el recuerdo de la noche anterior, cuando la tuvo a su merced y pudo verla casi en su totalidad.

—Es una locura —se frotó el rostro con cansancio.

Ya no había marcha atrás, el día de ayer había aniquilado cualquier duda que hubiera tenido y ahora mismo lo único que deseaba era hacerla su esposa.

No iba a tomarla hasta que su matrimonio se oficializara. Quizá era un americano, pero no por eso carecía de educación y principios. Debía demostrarle a Penelope que, a pesar de todo, podía ser un hombre de palabra.

O al menos eso quería creer.

—¿Un picnic? —Penelope lo miró con sorpresa ante la sugerencia y luego esbozó una débil sonrisa—. Sería encantador, me gustaría tomar un poco de aire fresco.

—Bien, pediré que preparen la calesa.

En esta ocasión, ninguno de los dos se atrevió a mencionar lo que sucedió la noche anterior, pero Travis intuía que a su vez ninguno podía dejar de pensar en eso.

El encuentro había sido intenso y maravilloso, en su vida había sentido algo igual con ninguna mujer, por lo que estaba claro que lo que sentía por Penelope era más que simple atracción.

—Jessica me dijo que la cabaña fue tu primera adquisición en Londres—le gustaba que ya no lo tratara con tanta formalidad y estuviera dispuesta a hacer el camino mientras conversaban—, ¿por qué elegiste una tan lejana?

—En aquel entonces no era tan rico, ni me sentía a gusto con los ingleses, por lo que busqué un lugar cómodo y adecuado que se ajustara a mi presupuesto. En algún punto debía empezar y lo hice aquí.

—La esposa de lord Aldrich es tu hermana, ¿no es así?

Sonrió con ternura, mientras guiaba el vehículo.

—Así es, Blair es mi hermana menor.

—¿No tienes más hermanos? —negó con la cabeza—. ¿Qué me dices de tus padres?

—Eran médicos, pero murieron más antes de lo previsto.

—Debió ser duro cuidar de tu hermana totalmente solo.

—Fue más duro para Blair —musitó con amargura—, me temo que no fui un buen hermano.

Silencio.

—¿Puedo indagar en el tema? —la miró de reojo, se veía bastante interesada.

—Me dediqué al juego, gasté su dote y arruiné su compromiso con su primer amor.

Y todo porque en el pasado solía sentir una irracional envidia hacia Blair, dado que para sus padres ella siempre fue la hija perfecta y el orgullo de su familia. Su padre nunca quiso enseñarle todo lo que sabía y siempre posaba sus esfuerzos y esperanzas en Blair, al igual que su madre, formando únicamente un equipo de tres.

Travis se había sentido desplazado e ignorado, y erróneamente tomó revancha contra su maravillosa hermana.

Por supuesto, la realidad lo golpeó con fuerza cuando Blair se perdió y él terminó trabajando para Sullivan, un hombre déspota y ruin que murió a manos de su esposa muchos años después.

Aunque Travis debía reconocer que él tuvo mucho que ver en la muerte del hombre y por esa razón su amistad con Alanis Pearson era irrompible, ellos pasaron momentos muy difíciles en América y cuando lograron huir, la vida volvió a unirlos para descifrar el misterio que rodeaba a los condes de Grafton.

Como resultado, su amiga se casó con el conde y él terminó conociendo a Penelope.

La miró de reojo.

Después de todo, cada tropezón y mala experiencia le brindó una nueva oportunidad de vida, por lo que no se quejaría ni renegaría para su pasado.

—Eso de arruinar compromisos se le hizo una mala costumbre —ella lo hizo volver en sí con su comentario burlón y él sonrió con amargura.

—El hombre al que le debía dinero me dijo que perdonaría mi deuda si accedía a que ella se casara con su primo. Blair solo tenía diecisiete años.

—¿Y qué hiciste? ¿Pagaste tu deuda?

—Me gustaría decir que así fue, pero intenté entregarla y ella salió huyendo. —Un tenso silencio se formó entre ellos—. Tardé más de nueve años en encontrarla y gracias a los santos ella pudo perdonarme.

Siempre se sentiría en deuda con Blair, al final de todo, nunca pudo hacer nada por ella y fue ella misma quien encontró su felicidad por sí misma.

—En el camino se casó con lord Aldrich.

—La misma noche que la perdí de vista, él la encontró.

—Al menos hiciste algo bien —trató de apoyarlo y él negó con la cabeza—.

¿Cómo pasaste de ser un hombre endeudado a esto?

Esa pregunta le llenó el pecho de alegría y esbozó una débil sonrisa.

—Conocí a dos maravillosas mujeres que se hicieron mis amigas y con las cuales logré salir adelante.

Laurine y él lograron consolidar una nueva línea de perfumes con ayuda de Blair y Alanis le brindó la oportunidad de tener el favor de la reina, algo que terminó de abrirle un sinfín de puertas para iniciar en el mundo hotelero dentro de Inglaterra.

—¿Tus amantes? —frunció el ceño al percibir la molestia en su voz y la buscó con la mirada.

—¿Por qué siempre piensas lo peor de mí? —ella se ruborizó—. La marquesa de Winchester y la condesa de Grafton aman a sus maridos e hijos, por lo que te aseguro que sólo somos buenos amigos.

Ella hizo un mohín con los labios con nerviosismo y asintió.

—Ya veo, lo siento.

—Ahora es tu turno, hálame de tus padres. —La sintió tensarse—. O de tus hermanos, si eso te hace sentir más cómoda.

Ella dudó, pero finalmente asintió.

—¿Qué se puede esperar de los difuntos duques? Fue un matrimonio por conveniencia, mi padre nunca amó a mi madre —admitió con tristeza—. No tengo muchos detalles de su relación, pero ella se enfocó en cuidar de nosotras y darnos mucho amor.

—¿Nosotras? —repitió con interés.

—Mi padre nunca permitió que mi madre se acercara a Augustus, consideraba que era débil y podría llenarle la cabeza de ideas absurdas.

—Por eso es así —dedujo y ella asintió.

—Nunca recibió amor durante su infancia y por ende no sabe cómo expresarlo y demostrarlo, por eso me cuesta mucho culparlo por sus acciones.

—Pobre de su futura duquesa —espetó y ella no le dio una respuesta—. ¿Y qué me dices de tus hermanas?

—Charlotte sólo quiere un esposo con título que cuide de ella, pero Arabella sueña con encontrar el amor y formar una hermosa familia.

—¿Y qué es lo que tú quieres?

No le dio una respuesta.

—¿Piensas como tus hermanos o eres más parecida a Arabella?

Su silencio empezó a exasperarlo.

—Mi madre fue muy infeliz —susurró con la cabeza gacha y él detuvo su marcha al llegar a su destino junto al lago—. No me gustaría vivir lo mismo que ella y tener hijos que pasen por todo lo que yo tuve que pasar. —Su sinceridad hizo que algo en su interior se estrujara y se vio obligado a decir:

—Quieres amor.

Sus miradas se encontraron.

—Sí, quiero casarme con un hombre que me ame a mí y no a mi dote.

Las cosas iban a complicarse. Travis la deseaba, ella le gustaba mucho, pero estaba seguro de que sólo sentía eso y nada más.

—¿No te basta con ser deseada?

—El deseo es esporádico, no quiero que mi matrimonio se acabe con la partida de mi belleza.

¿Algún día ella dejaría de ser hermosa?

Lo dudaba.

—Bueno —barrió el lugar con la mirada—, llegamos, así que es hora de relajarnos un poco —bajó de la calesa y la ayudó a descender con mucha delicadeza.

No lo entendía, ¿por qué sus palabras lo habían afectado?

«Porque tú sí sabes lo que es tener padres que se amen y amen a sus hijos, e incluso así no estas interesado en tener tantas complicaciones en tu día a día».

Después de perder toda una semana en carretera, Augustus hizo lo que le pareció más sensato y mandó a llamar a Jackson Sterling, el mejor detective de Gran Bretaña y el nuevo conde de Pembroke.

—Sé que ahora eres un conde, pero amas tu trabajo y quizá quieras participar en esto.

El castaño de ojos oscuros y semblante amenazador achicó los ojos con recelo.

—¿De qué se trata, Richmond?

—Secuestraron a mi hermana —le pareció ver un deje de inquietud en su rostro.

—¿Sabe de quién se trata? Es la cuarta dama de alta sociedad que desaparece en el mes.

—¿Qué? —se tensó.

—Dos aparecieron muertas y...

—No, mi hermana fue secuestrada por un hombre que quiere hacerse de su dote.

—Oh, ya veo.

¿Acababa de liberar el aliento contenido?

—Quiero que me ayudes a encontrarlos sin causar ningún escándalo, él aún no la lleva a Escocia.

—¿De quién estamos hablando?

Richmond se cruzó de brazos y espetó:

—Travis Spinster.

Los había visto conversando en más de una ocasión, pero quería creer que no eran amigos y sólo cruzaban un par de palabras.

—Lo siento, pero ahora estoy manejando un caso complejo y no puedo desviarme.

Maldición, ellos eran amigos.

—¿Sabe quién puede ayudarme?

Pembroke lo miró con fijeza.

—La reina lo ama, aceptará esa unión sin problema alguno.

—¡No quiero que ese hombre se case con mi hermana! —golpeó su escritorio y el conde abandonó su lugar con fría calma.

—Han pasado ocho días, mejor siga con su vida y deje de pensar en ellos.

Todo parecía indicar que él siempre estuvo al tanto de todo, nunca le mencionó que su hermana fue secuestrada hace ocho días.

Maldición, odiaba que Spinster tuviera tantos contactos.

—Eso jamás —escupió con desprecio—, encontraré a mi hermana y restauraré su honor matando a esa sanguijuela.

Sterling esbozó una sonrisa socarrona y asintió.

—Le deseo suerte, Richmond.

Estaba claro que nadie lo creía capaz de llegar tan lejos, pero también nadie entendía lo delicada que era la situación ahora mismo.

Penelope debía aparecer cuanto antes.

Capítulo 11

Algo no andaba bien.

Desde el día que salieron de picnic y tuvieron la conversación referente a lo que ella esperaba del matrimonio, toda su dinámica con Travis había cambiado y él inventaba cualquier excusa para no pasar más tiempo del necesario con ella.

¿Podría ser que hubiera cambiado de parecer?

De ser así, ¿por qué no hacía nada por regresarla con su hermano?, ¿qué era lo que estaba esperando?, ¿cuál era afán de tenerla retenida en su casa si lo menos que deseaba era pasar tiempo con ella?

Se suponía que durante esos días el castaño iba a cortejarla, pero Penelope sentía que estaban jugando al gato y al ratón, y odiaba con todo su corazón saberse el gato dentro de esa dinámica.

¿Por qué los hombres solían asustarse cuando una mujer les hablaba de amor?, ¿tan malo era desear sentir algo tan puro y sincero?

«Recuerda que él quiere tu dote, por lo que quizá vea tus absurdas idealizaciones como un problema a largo plazo», le recordó una vocecilla y ella tragó con fuerza.

—Esto es malo —reconoció en voz alta y clavó la vista en el cielo despejado con frustración.

En la última semana su forma de pensar y ver a Travis había cambiado de una manera alarmante. ¿Cómo era posible que, viviendo así, con tanta libertad, no hubiera tomado un caballo para huir lejos de ese lugar?

«No quiero alejarme de él», reconoció con amargura.

Travis era cálido y su casa se sentía muy diferente a Richmond House, un pantano lujoso y con muchos empleados. Tal vez él no tenía un título, pero le brindaba una paz que no sabía que podía sentir y por ende se sentía muy dispuesta a casarse con él; no obstante, ¿él estaba dispuesto a amarla?

Sabía que ningún hombre podría amarla de la noche a la mañana, pero ella quería saber si el castaño al menos estaría dispuesto a intentarlo. Era una buena mujer, de eso estaba segura, por lo que quizá no sería tan difícil para él agarrarle cariño.

—Tonta —presionó el puente de su nariz con inquietud.

¿Agarrarle cariño?

¡Ella no era una mascota y no necesitaba mendigar cariño!

¿O quizá sí?

Negó rápidamente con la cabeza, estaba sobre pensando las cosas y lejos de sentirse mejor, sus pocos ánimos estaban decayendo. No tenía la menor idea de cuánto tiempo paseó por la tierra, pero cuando regresó a la pequeña propiedad, sólo necesitó acercarse un poco para ver como Travis salía por la puerta de servicio como alma que lleva el diablo.

—¿Dónde estuviste? —se plantó frente a ella y Penelope lo pasó de largo.

—Paseando —respondió con indiferencia y paró en seco cuando él la sujetó del brazo con firmeza.

—¿Por qué diablos no dijiste que saldrías? —se oía furioso—, ¿tienes idea de todo el caos que provocaste? Hice que todos mis empleados fueran a buscarte porque pronto anochecerá.

Cerró las manos en dos puños y se liberó de su agarre con brusquedad.

—Ya te dije que no pienso huir —siseó con enojo—, actuaste de manera irracional y no pienso cargar con la culpa de tus acciones.

—¿Y cómo puedo ser racional si te vas sin decir nada? —apretó la mandíbula.

—Existe la palabra “confianza” —le dolió con creces que él se riera sin humor alguno—. ¿Qué es tan gracioso?

—Que esperes que confíe ciegamente en ti —respondió sin duda alguna y Penelope dio un paso hacia atrás.

Un golpe habría dolido menos.

—Nunca me casaré contigo. —Fue una tonta al creer que él sería adecuado para ella, estaba claro que sin importar cuánto lo intentara, Travis nunca haría el esfuerzo de confiar y depositar sus esperanzas en ella—. Deberías regresarme con mi hermano, puede que a partir de ahora retire mi palabra y vea la manera de huir de aquí —soltó con un hilo de voz, temblando sin control alguno, y lejos de darle una respuesta, él volvió a sujetarla del brazo y la llevó hacia el interior de la casa—. ¡Suéltame! —ordenó una y otra vez, pero no sirvió de nada porque él no le brindó su libertad hasta que la metió a su habitación—. ¿Qué diantres pasa contigo? No intenté huir, no tienes por qué sentirte tan molesto.

Si ese era el tipo de relación que le esperaba dentro de su matrimonio, se rehusaba a aceptar una unión entre ellos.

—Creí haber sido muy claro contigo al decirte que no te regresaré con tu hermano —espetó él con voz tensa y cerró la puerta con una calma que claramente no estaba sintiendo.

—¿Por qué no? —se exasperó—. Ya sabes lo que quiero y evidentemente no puedes dármelo, ¿qué caso tiene seguir con todo esto?

—¿Es que acaso no te das cuenta? —preguntó con impotencia—. ¡La razón por la que no te devuelvo a Richmond es porque él quiere entregarte al conde maldito y no estoy dispuesto a permitir que mueras! —perdió los estribos, helándole las venas, y sin previo aviso rodeó su cintura y tiró de ella en su dirección—. ¿Por qué no lo entiendes? —sonó bastante frustrado para su gusto y Penelope se estremeció en respuesta cuando su mano libre acunó su rostro, ¿estaba preocupado por ella?—. Yo sólo quiero protegerte. —Deslizó su mano hacia su cuero cabelludo y la estrechó entre sus brazos con firmeza, generándole una gran inquietud en el pecho.

—Tú... —la voz le tembló—. No me secuestraste para imponerme un matrimonio —dedujo con sorpresa y él tiritó en sus brazos—. Me estás escondiendo de ellos y esperas que con el tiempo tanto el conde como yo cambiemos de parecer, ¿no es así?

Dios santo, ¿por qué no lo notó antes?

Si él hubiera querido forzar su unión, no sólo la habría llevado a Escocia, sino que se habría hecho de su virtud desde un principio.

—Tu dote es importante para mí —su corazón se encogió ante su confesión y todo rastro de felicidad se esfumó—, pero de alguna manera tú también lo eres.

Juntó los ojos con fuerza, no muy segura de qué pensar al respecto. Ella le importaba, pero no lo suficiente como para convertirse en la dueña de su corazón.

—No huiré —espetó con más calma y rompió el abrazo con lentitud—, créeme que, si esa idea pasa por mi cabeza, serás el primero en saberlo.

Él se rio.

—Sé que no me lo dirías.

—Pero me conoces bien —musitó y él abrió los ojos con sorpresa—. Puedes leerme con una simple mirada.

—Sí —susurró sin expresión alguna en el rostro—, puedo hacerlo.

Penelope intentó alejarse del hombre, pero cerró los ojos con frustración cuando él volvió a sujetarla de la muñeca.

—¿Y ahora qué?

—Sé leerte tan bien que ahora mismo sé muy bien lo que quieres.

—¿Ah sí? —lo miró sin interés.

Él tiró de ella en su dirección y unió sus labios con hambre voraz.

No quería un beso suyo, ella quería todo de él, pero por el momento se conformaría con lo poco que podía ofrecerle porque lo necesitaba. Llevaba días sin saborear sus labios y sentir su cuerpo contra el suyo, y curiosamente eso se había convertido en una horrible tortura.

—No volverás a salir de la casa si no es conmigo —le informó con dureza y la guio a traspies hacia la cama.

—Ya te dije que no huiré.

—No confío en ti —fue demasiado sincero para su gusto y la tendió sobre el mullido colchón para cernirse sobre ella— y no estoy dispuesto a arriesgarme.

—¿Y si encontrara la manera de devolverte tu terreno? —inquirió con cansancio y acarició su mejilla donde la barba incipiente podía sentirse.

—No —negó lentamente con la cabeza—, eso ya no es suficiente para mí.

Penelope frunció el ceño, ¿acaso quería que le devolviera todo lo que su hermano le quitó? Quiso preguntarle a qué se refería, pero no pudo hacerlo porque una vez más él asaltó sus labios y en esta ocasión no los liberó hasta que le robó el buen juicio.

De cierta manera, le resultó liberador saber que ningún empleado estaba en la casa. La idea de que la escucharan gemir y gritar de placer la habría reprimido en demasía. Él no tomó su virtud, pero le robó el raciocinio y penetró su alma de una manera alarmante.

Él no cumplía con todas sus exigencias, pero incluso así se estaba convirtiendo en la única opción que pensaba aceptar.

—Spinter tiene muchas propiedades, empezar por ahí es como buscar una aguja en un pajar —observó el conde de Westmorland, uno de sus mejores amigos, y Richmond removió su cabellera con inquietud.

—Odio admitirlo, pero tiene razón —acotó Carisbrooke—. Su hermana no sabe nada al respecto y no sé si es bueno insistir en cuanto al tema, no quiero tener problemas con King, ni la familia del mismo.

Como odiaba que Spinster estuviera vinculado a los Aldrich, si no fuera por todo el poder que poseía esa familia, él ya se habría deshecho de esa sabandija sin problema alguno.

—Esto va a sacarme de quicio, hice un acuerdo con Warrington y si se entera de la situación las cosas sólo se complicarán más.

—Pero no lo entiendo —dijo Manchester con fría indiferencia—, se supone que amas a tus hermanas, ¿no es así?

—Son lo más valioso que tengo —ladró.

—¿Entonces por qué quieres entregarla al conde? —El rubio lo miró con interés—. ¿No deberías sentirte feliz de que ella esté lejos de su alcance?

—Spinter no es el tipo de compañía que quiero para ella.

—Pero es mejor que Warrington —observó Westmorland.

Ellos eran sus mejores amigos, pero incluso así, no tenía el valor para revelarles la verdadera razón del por qué Penelope debía casarse con el conde maldito. La situación era desquiciante y humillante, y odiaba que el bienestar de toda su familia estuviera en juego.

—¿Me ayudarán a buscarlo o no? —zanjó el tema y sus amigos intercambiaron una rápida mirada antes de asentir—. Deben ser discretos, hasta el momento nadie sabe de su desaparición y quiero que siga siendo así.

—¿El conde no se ha pronunciado?

—No, según él: Penelope está en Gales preparándose para su boda.

—Creo que debes informarle sobre la situación —espetó Carisbrooke y Richmond tragó con fuerza—, después de todo, él se convertirá en el esposo de tu hermana.

Esa afirmación hizo que la sangre se le congelara y empezó a cuestionarse si lo mejor que podía pasarle era que Penelope apareciera. Sus amigos no estaban equivocados al decir que Spinster era mil veces mejor que Warrington, pero... el conde y él tenían un acuerdo que no podía pasar por alto.

Travis no tenía la menor idea de qué le había sucedido ese día, pero claramente Penelope lo había sacado de quicio.

¿En qué estuvo pensando al desaparecer durante tantas horas?

¡Estaban en medio de la nada, maldita sea!

Besó su hombro desnudo para calmar su enojo y se preguntó si había sido racional de su parte tumbarla en la cama y torturar su cuerpo por más de una hora para castigarla. Aunque, si lo pensaba detenidamente, ella no demostró desagrado ante todas sus atenciones, sino todo lo contrario.

—Lo siento, no debí actuar como un salvaje —musitó contra su piel y Penelope giró sobre su lugar para acurrucarse contra su pecho.

—¿Podrías quedarte? —se tensó—. No quiero dormir sola esta noche.

¿Ella le estaba pidiendo que pasaran la noche juntos?

—Si me quedo, menos posibilidades tendrás de que cambie de parecer. —No recibió una respuesta—. Mientras más tiempo pasa, más crece mi sentido de posesividad contigo.

Y es que la situación era simple, no existía un punto de retorno.

Penelope debía convertirse en su esposa.

Ella debió quedarse dormida, puesto que no recibió ninguna respuesta, y un tanto inquieto por el giro de los acontecimientos, clavó la vista en el dosel de la cama.

La había evitado por días con el único fin de acomodar sus ideas y ahora se sentía más confundido que nunca porque en un principio pensó que sólo la apreciaba y deseaba, pero cuando ella desapareció, él se convirtió en otra persona.

Nunca había sentido algo así por una mujer, por un momento pensó que se trataba de un simple enamoramiento, pero ahora estaba seguro de que lo que estaba sintiendo no era en lo absoluto simple.

Esto era complejo e intenso y la clara prueba de ello era que esa tarde había perdido el control de sí mismo, algo que nunca antes le había sucedido en sus treinta y tres años de vida.

Capítulo 12

Penelope llevaba desaparecida más de quince días y por mucho que quiso evitar ese momento, Richmond era muy consciente de que su tiempo se había acabado y debía afrontar la situación.

O, mejor dicho, al conde de Warrington.

La casa del conde se sentía tan hostil y solitaria como Richmond House, un hecho que no le gustó del todo porque era muy consciente de que Penelope nunca fue feliz en su lujosa morada y él siempre quiso lo mejor para ella.

«El conde no es lo mejor», le dijo una vocecilla y apretó la mandíbula.

Si tan sólo pudiera cambiar el pasado, si tan sólo pudiera elegir a alguien más; pero no, estaba seguro de que Penelope nunca se lo perdonaría si ponía a Charlotte o Arabella en su lugar. Su hermana era noble y valiente, eran muy parecidos en ese sentido, por lo que tarde o temprano terminaría comprendiendo cada una de sus acciones.

—Esperaba todo, menos una visita tuya, Richmond —reconoció el conde con frialdad una vez que ingresó a su despacho y le señaló el asiento que tenía en frente—. ¿Qué te trae por aquí? Supongo que tu hermana ya está de camino de regreso, ¿verdad?

La garganta se le cerró y al no recibir una respuesta, el conde inclinó el cuerpo hacia adelante.

—Ella llegará a Londres en cuatro días, ¿verdad?

—Me temo que ha surgido un inconveniente —espetó con frialdad y el rubio abandonó su lugar con elegancia para rodear su escritorio.

De no haber estado maldito, él no habría necesitado chantajearlo para conseguir una esposa. Era alto, atractivo, poseía dinero, una reputación envidiable y era todo un dechado de virtudes, Richmond lo habría elegido para cualquiera de sus hermanas sin dudarlo.

—¿Qué tipo de inconveniente? —quiso saber.

—Mi hermana fue secuestrada después del baile de los duques de Windsor por Travis Spinster. —El conde lo miró con fijeza, la noticia ni siquiera lo inmutó—. Tomé la ruta a Escocia, pero él nunca siguió ese camino y su búsqueda me está tomando más tiempo del deseado.

—Esto no fue lo que acordamos, Richmond —farfulló.

—La he buscado sin descanso alguno, pero todo indica que no podrá llegar a tiempo.

El conde acarició su mentón con un deje pensativo y finalmente asintió, con suerte y cancelaría todo y se olvidaría de su absurda idea de casarse con Penelope.

—Fue sabio de tu parte no hacerlo público, diecisiete días lejos de su hogar podrían condenarla socialmente.

¿Eso era lo único que le importaba?

A él le urgía saber cómo se encontraba y si ese americano la estaba tratando bien. Después de todo, eran enemigos y si Spinster tenía un ápice de cerebro, sabría que tenía uno de sus puntos más débiles bajo su poder.

La piel se le erizó en respuesta ante dicho pensamiento y presionó las manos con impotencia, ¿dónde diablos se habían metido?, ¿qué tan lejos estaban que le estaba resultando simplemente imposible dar con ellos?

—Sin embargo, tú y yo tenemos un trato —la voz del conde lo arrancó de su letargo y lo buscó con la mirada—. Debemos encontrarla antes de que la temporada termine.

—¿Qué? —lo miró con los ojos muy abiertos—. ¿Te casarás con ella a pesar de lo ocurrido?

—Claro —espetó con indiferencia—, sólo hay que matar al americano por arruinarla y seguir con los planes.

Él quería matar a Spinster, nada le daría más gusto que eso, pero...

—¿Por qué tiene que ser Penelope?, ¿acaso no puedes casarte con cualquier otra mujer?

Si de algo estaba seguro era de que Warrington no estaba enamorado de su hermana.

—Nadie quiere entregarme a su hija —soltó con amargura—, conoces la historia.

Y por esa razón se sentía frustrado con el giro de los acontecimientos, se suponía que él debía olvidar a su hermana y buscar una nueva víctima; pero no, seguía empeñado en casarse con Penelope.

—¿Y si me rehúso a seguir con tu juego?

El conde se rio sin humor alguno.

—Será la ruina de tu amada y respetable familia.

—¿Y qué haremos si no los encontramos o llegamos tarde? —preguntó con impotencia, estaba a punto de derrumbarse. Odiaba que la situación se le estuviera saliendo de control—. ¿Elegirás a Charlotte?

—No —la respuesta fue inmediata y le pareció percibir como la tensión se expandía por los hombros masculinos—, pero ahora que lo dices, reserva a tus hermanas en caso de que la primera siga la mala costumbre de mis difuntas esposas.

Cerró las manos en dos puños.

¿Estaría haciendo bien al buscar a Penelope con tanto ahínco?

De cierta manera, aunque odiara admitirlo, ella estaba mejor junto a Spinster.

Giró sobre su lugar para marcharse, pero la voz del hombre no le permitió avanzar.

—Ah, por cierto, si llegas a encontrarlos primero, tu tarea es matar al americano y luego traer a tu hermana a Londres para planificar nuestra boda. —Se tensó, le parecía irónico que un conde le estuviera dando órdenes de ese tipo—. Estamos de acuerdo con eso, ¿verdad?

—¿Tengo otra opción?

—Me temo que no —soltó con sorna y Richmond abandonó Warrington House con las venas ardiendo en llamas.

En su vida pensó que un simple conde lo tendría en sus manos. No importaba cuánto lo pensara, no había manera de quitarse al conde de encima sin arruinar a su familia en el proceso.

Pronto se cumplirían veinte días desde que llegaron a Horsham y Penelope no podía entender por qué Travis decidió viajar a Londres hace dos días, dejándola a cargo de todos sus empleados.

¿Acaso no temía que su hermano lo viera y siguiera?, ¿se había aburrido de ella y la convertiría en una moneda de intercambio?

No era estúpida, sabía que su hermano le daría todo lo que él le pidiera a cambio de que ella regresara a su casa.

Augustus la adoraba y aunque a veces era duro con ella, su hermano haría hasta lo imposible por verla feliz y protegerla. De eso no le cabía la menor duda. Ese pensamiento hizo que se sintiera un tanto inquieta, puesto que todo este tiempo ni siquiera intentó enviarle una carta para decirle que estaba bien y empezó a cuestionarse si no estaba siendo egoísta con su familia al aceptar la situación tan tranquilamente.

Era la hija de un duque y tenía un deber, su hermano había hecho un acuerdo que involucraba su mano y en vez de seguir las órdenes, se encontraba ahí, esperando por su captor como una

idiota.

Se frotó las sienes con cansancio, ahora entendía por qué su padre solía decirles que lo peor que una persona podía hacer era pensar con el corazón.

—¿Todo en orden, milady? —inquirió Elena, la madre de Jessica, y Penelope sonrió con amargura—. ¿Extrañas al señor Spinster?

—No —mintió—, sólo pensaba en mi familia —admitió con congoja—. Deben sentirse muy preocupados por mí, llevo mucho tiempo desaparecida y eso podría tenerlos inquietos.

—Pronto tendrán noticias tuyas —le aseguró la mujer adulta.

—¿Cómo lo sabe?

—El señor no fue a Londres a pasear, creo que muy pronto se convertirá en su esposa.

—¿Qué? —su voz apenas y fue un susurro—, ¿cómo puedes estar tan segura?

—Él no hace sus tareas a medias, puede que su unión le haya tomado algo de tiempo, pero puede estar segura de que Sr. Spinster ya tomó la decisión de casarse con usted y ahora nadie ni nada lo hará cambiar de parecer.

¿Sería verdad?, ¿realmente Travis estaba listo para casarse con ella?

Hizo una mueca, no muy segura de creer en las palabras de Elena.

«Últimamente él ha estado actuando extraño», reconoció y ladeó el rostro, consternada. «Sea cual sea la situación, espero que regrese pronto».

Travis sabía que pasearse por las calles de Londres era un peligro, poco importaba que estuviera en su carruaje, se estaba exponiendo más de lo necesario, pero incluso así necesitaba hacer dos paradas antes de volver a Horsham con Penelope.

—¿Acaso estás loco? —chilló Alanis nada más verlo en su recibidor y tiró de él para llevarlo al salón de visitas—. No sé si lo sepas, pero Berricloth tiene oídos en todas las casas de Londres, si Richmond se entera que regresaste...

—¿Cómo lo sabes? —frunció el ceño.

—Blair me lo dijo —puso las manos en jarras—. Así que habla rápido, ¿ya tienes una esposa? —Él se dejó caer en el sofá y observó a la diminuta rubia con inquietud—. ¿Te encuentras bien? —su voz bajó una octava y lo miró con preocupación—. Te ves agotado.

—Creí que sería fácil hacerla mi esposa, la mayoría de los hombres que conozco han tomado todo lo que han querido, pero yo no soy así.

Su amiga le sonrió con ternura.

—Aún no te casaste con ella.

Negó con la cabeza.

—Quiero que me acepte, pero ella quiere ser amada y no sé si podré cumplir con esa tarea. No quiero decepcionarla.

En esta ocasión Alanis se sentó junto a él y lo abrazó por los hombros.

—Estoy segura de que con el tiempo te darás cuenta de que amar a otra persona no es tan difícil.

—¿Y si no lo consigo? —Ella lo miró con fijeza, como si quisiera leerle el alma, y luego le sonrió—. No quiero defraudarla, quiero que sea feliz a mi lado.

—Para ser una mujer que no amas, piensas mucho en su felicidad y bienestar, ¿no te parece?

Se tensó.

—Ella me gusta, me atrae de una manera primitiva, pero somos muy diferentes.

—Si fueran parecidos sería algo aburrido, ¿no crees?

La garganta se le cerró.

—Si se casa conmigo, pasará de ser la hija de un duque a la esposa de un simple americano.

—No eres simple —se rio—. Y supongo que, si ese tema te tiene inquieto, es con ella con quien debes hablarlo, ¿no crees?

Travis analizó cada una de las palabras que su amiga le brindó y luego negó lentamente con la cabeza.

—Es tan complicado —musitó y no pudo decir más porque la puerta del salón se abrió con rapidez.

Enarcó una ceja al ver a Laurine ahí y miró a Alanis de reojo.

—Me pidió que le escribiera si tenía noticias tuyas, vive a pocas casas de aquí —explicó con tranquilidad y la recién llegada caminó hacia él con paso altanero, digno de la marquesa de Winchester.

—Tú tienes mucho que contarme —lo apuntó con su abanico y él suspiró.

—No recurrí a ti porque ya tienes muchas responsabilidades encima y tu esposo es...

—Escalofriante —completó Alanis por él y Travis asintió al tiempo que Laurine se reía con diversión.

—Como sea, ¿ya te casaste con lady Humphrey? —fue directo al punto de su interés y él negó con la cabeza—. ¿Por qué?, ¿no crees que estás tardando mucho?

—Es algo complicado, yo...

—Está enamorado de lady Humphrey y teme que ella pueda arrepentirse de su unión en un futuro no muy lejano —espetó Alanis sin filtro alguno y la fulminó con la mirada.

—Yo nunca dije que estuviera enamorado.

—Te preocupas por ella, tomas en cuenta su opinión y claramente no planeas dar un paso en falso porque no quieres lastimarla.

—Vaya, eres muy considerado —soltó Laurine con diversión y Travis gruñó con disgusto.

—Ustedes idealizan muchas cosas, yo sólo me preocupo por ella —siseó y ambas rubias lo miraron con diversión.

—Aaron ha estado vigilando a Richmond —le informó Laurine con cautela—, todo indica que Warrington está al tanto de la situación y ahora él también ha empezado a buscarte.

—¿Qué? —se tensó—. Por un momento pensé que cambiaría de parecer al enterarse de que Penelope fue secuestrada.

—Todos lo pensamos —reconoció Alanis—, pero él está encaprichado con lady Humphrey.

Lo que quería decir que la boda debía efectuarse lo antes posible.

—¿Pasarás la noche en Londres?

—No, planeo volver esta misma noche.

—Sea cual sea tu decisión, debes actuar con prontitud —espetó Laurine—, recuerda que tienes a una lady bajo tu poder y su futuro está en tus manos.

—Lo sé.

—Sabemos qué harás lo correcto —espetó Alanis con ternura y él asintió.

—Pero, así como te preocupa la felicidad de lady Humphrey, piensa en la tuya —pidió su otra amiga—. Después de todo, es tu futuro el que también está en juego.

Esa era la razón por la que no dejaba de preguntarse qué tipo de vida podría tener al lado de Penelope una vez que la hiciera su esposa.

—Les doy mi palabra de que tomaré la decisión correcta.

Capítulo 13

A la mañana siguiente, cuando Penelope bajó a desayunar, no supo cómo reaccionar al ver a Travis ahí, esperando por ella. Nadie le había informado de su regreso y por alguna razón ese hecho le disgustaba.

—Buenos días —espetó él con una sonrisa amable y ella parpadeó varias veces para volver en sí—. ¿Dormiste bien?

—¿Por qué nadie me informó sobre tu regreso?

—Llegué en la madrugada y no vi necesario despertarte.

¿Qué no era necesario?, ¿es que acaso estaba pintada en ese lugar?

—Fuiste a Londres, Travis, y ¿debo recordarte que mi hermano también está ahí y me está buscando?

—Nadie notó mi presencia, te lo aseguro.

—No me gusta tu despreocupación.

—Y a mí no me gusta tu paranoia —retiró la silla para que se sentara y Penelope inhaló profundamente al darse cuenta que estaba siendo irracional. Ella no era la señora de esa casa y tampoco era nada de Travis. Dios santo, debía recuperar el raciocinio—. ¿Desayunamos? —su pregunta la hizo volver en sí—. Hoy quiero pasear a caballo y tocar un tema de suma importancia contigo.

Su corazón empezó a bombear sin control alguno, ¿podría ser que por fin le pediría matrimonio?

Penelope siguió su orden sin causar un gran revuelo, no quería que él cambiara de parecer, pero por alguna extraña razón el desayuno se le hizo un poco incómodo.

¿Por qué estaba tan callado?

—¿A qué fuiste a Londres? —quiso saber y él apartó la vista de sus huevos.

—Me reuní con mis socios y luego visité a mis amigas.

—¿Qué amigas? —se tensó, ¿era normal sentirse tan celosa?

—Lady Winchester y lady Grafton, creo que ya te había mencionado que ellas son muy importantes para mí.

—Sí, lo hiciste.

Y si no fuera por el tipo de esposos que ambas mujeres tenían, Penelope no habría sido capaz de controlar los celos irracionales que estaba sintiendo.

—Te siento un poco tensa, ¿todo está en orden?

—Sí —le dio un largo sorbo a su taza de té.

Ese hombre era un idiota, ¿de verdad pensaba que todo estaba en orden después de que la abandonó por tres días en Horsham?

—Iré a cambiarme, este vestido no es apto para cabalgar. —Lo mejor sería salir de ese lugar cuanto antes, sólo así recordaría que ella no era nada de Travis y por ende no podía sentirse de esa manera.

Abandonó el comedor con paso resuelto y todo su enojo se disipó cuando ingresó a su habitación y vio como Jessica acomodaba una gran caja blanca sobre la cama.

—¿Qué es esto? —la voz le tembló.

—El señor lo trajo para usted, pero me pidió que no lo abriera hasta mañana.

Frunció el ceño y aceptó la nota que Jessica le tendió.

“Primero vamos de paseo”.

Esbozó una débil sonrisa e hizo que Jessica la ataviara con su traje de montar, era el más sencillo, pero incluso así se veía bien en él y eso era lo único que importaba. Cuando se reunió con Travis en el jardín, le sorprendió que él hubiera preparado dos sementales.

¿Tan seguro estaba de que se quedaría junto a él?

—¿Eres buena montando?

Los nervios la carcomieron por dentro, pero no dejó que su inquietud se notara.

—Sí.

Sabía montar, pero ¿domar a la bestia?

Eso era algo muy diferente.

Travis la ayudó a subir a su montura y una vez que tomó las riendas, rezó en silencio para que la yegua fuera mansa y el paseo no resultara un verdadero desastre. El recorrido inició de buena manera y no pasó por alto el hecho de que Travis estaba muy atento a cada uno de sus movimientos, ¿se habría dado cuenta de que era pésima montando?

—Estás muy callada —comentó él distraídamente y ella se rio con ironía. Lo cierto era que no sabía si hablar o vigilar a su yegua—. ¿Hay algo que te incomode?

Ahora que lo mencionaba...

—Llevamos tres semanas en Horsham, ¿no crees que esto está tomando mucho tiempo?

—¿Los cortejos no duran hasta seis meses? —ironizó y lo fulminó con la mirada—. Sé que no te refieres a eso —aclaró entre risas—, pero mi intención no es presionarte.

—Estás muy al tanto de lo que quiero y busco dentro de un matrimonio —se aferró a las riendas con determinación—. ¿Estás dispuesto a ceder o tu plan es tenerme retenida aquí hasta que cambie de parecer? Porque si es así, déjame decirte que no funcionará.

—Penelope...

—Si no puedes ofrecerme amor, deja que regrese con mi familia —pidió finalmente, incapaz de creer que hubiera tenido el valor para decir todo eso.

—No es tan sencillo.

—¿Por qué no? —lo miró con tristeza.

Si no quería amarla, no debería lastimarla de esa manera.

—Porque tienes algo que me pertenece.

La tristeza se apoderó de su pecho y bajó el rostro para esconder su decepción, aunque él lo negara, estaba claro de que ese terreno era lo único que le importaba.

—Buscaré la manera de conseguir una emancipación y te entregaré ese terreno que tanto quieres.

Él no le dio una respuesta inmediata y se acercó a su montura con mucho cuidado.

—¿Y qué me dices de tu cuerpo? —susurró en tono confidencial, como si alguien los estuviera vigilando, y por inercia ella barrió la tierra con la mirada.

Se sintió una estúpida, estaban totalmente solos.

—No te pertenezco —lo miró con enojo y él la estudió con pericia.

—He visto todo de ti y he besado rincones secretos que ahora considero solo míos.

Todo su cuerpo se estremeció en respuesta y odió que la unión de sus piernas palpitara, ¿era realmente necesario que abordaran ese tema? Lo menos que ahora mismo necesitaba era recordar lo mucho que ansiaba volver a ser tocada por él.

—Quiero que mi futuro esposo me ame —elevó la voz con valentía y pudo percibir su inquietud.

—Te cuidaré mejor que nadie, a mi lado serás libre y rica, no volverás a depender de tu

hermano.

—No es suficiente —soltó con un hilo de voz, consciente de que era la mejor oferta que había recibido en su vida.

—Te daré un gran placer, conmigo tus noches serán eternas y pasionales.

—¿Y luego cómo hago para lidiar con el vacío que todo eso dejará en mi pecho? —pensó en voz alta y maldijo en silencio al darse cuenta de que no podía dar marcha atrás.

—¿Cómo dices? —la miró con sorpresa y ella apartó el rostro con rapidez.

Después de la noche que compartieron juntos hace más de una semana, Penelope había empezado a notar lo sola que se sentía, lo grande que era su cama y lo mucho que su cuerpo y alma necesitaban un poco de atención. Había esperado que Travis volviera a besarla o si quiera abrazarla, pero en lugar de eso él construyó una barrera invisible entre ellos y se marchó a Londres, hiriéndola profundamente.

¿Cómo hizo su madre para aguantar tantos años de matrimonio?

Ella ni siquiera estaba casada con el castaño y ya se sentía al borde de un abismo sin fin.

—No puedo casarme contigo, Travis —suspiró con cansancio y volvió a enfrentarlo—. Puedo buscar la manera de devolverte el terreno y todo lo que mi hermano te quitó, eso es lo único que estoy dispuesta a entregarte.

—¿A qué te refieres con que eso es lo único que estás dispuesta a entregarme? —pudo percibir el enojo en su voz y por ende tiró de las riendas con nerviosismo, odiando que su yegua se percatara de la situación y empezara a removerse con inquietud.

¿Sería conveniente decirle que ella no iba a entregarle su corazón?

—¿Tanto asco te doy que no deseas terminar en mi lecho?

Abrió los ojos con sorpresa y lo miró con incredulidad, ¿es que acaso ese hombre no podía pensar en nada más que no fuera el placer?, ¿dónde diablos quedaban sus sentimientos?!

—No deseo convertirme en tu mujer —zanjó con ofensa.

—Sabes que puedo arruinarte si me lo propongo, ¿verdad? —la piel se le erizó—. No eres inmune a mis caricias, a mis besos y a mi encanto.

—Eres un idiota —soltó con desespero.

—Tienes razón —dijo de pronto, prendiendo sus alarmas por el tono que empleó—. Hemos perdido más tiempo del necesario, es hora de que te lleve a Escocia y te haga mi mujer.

—¡Nunca te aceptaré! —explotó con enojo y él se puso rojo de la cólera—. No me casaré con un hombre que sólo desea mi dote y quiere tomar todo lo que pueda de mí.

Él apretó la mandíbula.

—Claro que lo harás, no tienes escapatoria —aseveró e incluso sabiendo esa verdad, Penelope sujetó las riendas con precisión y empezó a cabalgar en dirección contraria de la casa principal.

¿De verdad pensaba que podía huir?

«No, claro que no», reconoció, pero ahora mismo necesitaba convencerse a sí misma de que quería luchar y huir de ese lugar. No podía dejarse llevar por su corazón, Travis le gustaba y se había imaginado una vida junto a él, pero sus respuestas y actitud sólo le advertían que estaba a punto de cometer el mismo error que su madre.

Entregarse al hombre equivocado era un error que podía salirle bastante caro.

—¡Detente, Penelope! —escuchó que la llamaba e inclinó el cuerpo hacia adelante.

Maldita la hora que no aprendió a cabalgar a horcajadas, en esa posición toda la persecución habría sido más cómoda. Aceleró la marcha de su yegua y todas sus alarmas se prendieron al ver unos setos a pocos metros de distancia. No era una jinete diestra ni con experiencia, nunca había hecho grandes saltos sobre ningún semental y a estas alturas dudaba mucho que girar hacia un

costado fuera prudente.

Hizo lo que le pareció más prudente y tiró de las riendas, deseando que el animal frenara a tiempo, y gracias a los santos así fue; no obstante, ella no pudo medir la fuerza que la yegua implementó para detener su marcha y salió volando de su montura por los aires.

Su grito retumbó por el lugar, hizo eco en sus oídos y lo último que logró escuchar antes de recibir un fuerte golpe en la cabeza fue el potente y desesperado llamado de Travis.

Cometió un terrible error al dejarse llevar por su corazón. A estas alturas, si las cosas seguían así, comenzaría a hacer lo correcto para dejar de salir lastimada.

Capítulo 14

Todo esto era su culpa, él era el único responsable de que Penelope hubiera reaccionado de esa manera. De haberle dicho lo que quería escuchar, de haber sido sincero consigo mismo y sus sentimientos, nada de esto estaría sucediendo.

En su vida se había sentido tan asustado y angustiado, le costaba respirar, hablar y pensar con claridad, lo único que deseaba era que el doctor dejara de atender a Penelope y le asegurara que ella estaría bien. Se llevó una mano al pecho y empezó a respirar con dificultad, la imagen de la pelinegra saliendo disparada de su montura era una cruel tortura, su caída no sólo había provocado un eco en el lugar, sino también en su corazón.

Se frotó el rostro con desespero, quería lidiar con el ardor que sentía en los ojos. No podía desmoronarse ahora, Penelope estaba herida y lo necesitaba más lúcido que nunca, pero era imposible no sentirse responsable.

¿Por qué la trató de esa manera?, ¿por qué intentó imponerse ante ella cuando todo este tiempo se dijo que jamás haría algo así?, ¿tan difícil le resultaba aceptar sus condiciones y darle lo que ella quería?

«Temes fallarle, no sabes si podrás amarla de verdad», le dijo una vocecilla y él negó lentamente con la cabeza.

Por eso no le gustaba ejercer fuerza ni imponerse ante las personas. En el pasado esa actitud lo llevó a perder a su hermana y ahora... Clavó la vista en la mujer que ahora mismo tenía un parche en el lado derecho de la frente y se acercó a la cama con determinación.

—¿Cómo está?, ¿por qué tarda tanto? —perdió la paciencia y el doctor lo observó con disgusto.

—Me aseguro que no tenga ningún hueso roto y su pulso sea el correcto.

—¿Qué me dice del golpe que recibió en la cabeza? —reveló su verdadera inquietud.

—Me temo que por el momento sólo podemos esperar a que despierte, los golpes en la cabeza son complejos y difíciles de pronosticar.

Travis alborotó su cabellera con desespero, ¿por qué diantres la llevó a cabalgar?, ¿en qué estuvo pensando al creer que ella no intentaría huir?

«Aseguraste que siempre te obedecería y se quedaría donde le dijeras», la compresión lo golpeó con fuerza y pasó saliva con esfuerzo. Ella simplemente se había cansado de esperarle, en el fondo, Penelope arriesgó mucho al quedarse junto a él sin oponer resistencia alguna.

—Por el momento su estado es óptimo, mándeme a buscar cuando ella despierte.

—Entiendo.

Sólo esperaba que eso fuera pronto.

—¿Es su esposa?

—Sí —dijo rápidamente y el doctor asintió.

—Tuvo suerte de que no se rompiera el cuello. —Un escalofrío recorrió su espina dorsal ante la sola idea—. No tiene idea de la gran cantidad de personas que mueren por un accidente a caballo.

Sus ojos ambarinos se posaron en Penelope y el aire se atoró en sus pulmones al darse cuenta de lo delicada que era la situación.

«Por favor, Pen, debes abrir los ojos», rogó angustiado y le pidió a Elena que despachara al doctor, dudaba mucho que existiera fuerza humana o sobrehumana que lo sacara de esa

habitación.

Se quedó ahí por horas, rechazó el almuerzo y la cena. No tenía apetito, ahora mismo sólo deseaba que ella volviera en sí, pero no importaba cuanto la mirara y le hablara, ella seguía inconsciente.

«¿Y luego cómo hago para lidiar con el vacío que todo eso deja en mi pecho?», recordó las palabras que le dijo esa mañana y se preguntó si su indiferencia la estaba hiriendo. Su intención no era hacerla sentir de esa manera, en el fondo sólo la estaba protegiendo porque no quería aprovecharse de su vulnerabilidad e inocencia.

Ese pensamiento lo hizo pasar saliva.

Si lo que sentía por ella era deseo, ¿por qué se preocupaba tanto por protegerla y se sentía tan angustiado ante la situación?

Otro hombre la habría tomado sin duda alguna, aceptando todo lo que ella podía ofrecerle, pero él seguía pensando en su comodidad y bienestar porque lo que sentía por esa mujer era más que simple deseo.

Cerró los ojos con fuerza.

—Fui un idiota —la voz le tembló y odió que una lágrima se deslizara por su mejilla.

Siempre pensó que los ingleses eran tontos por no poder expresar sus emociones, pero claramente no era más listo que ellos, puesto que acababa de caer en la trampa del amor y optó por refugiarse en la negación antes que aceptar las cosas tal y cómo eran.

Amaba a Penelope Humphrey.

—Debes despertar, mi amor —acarició su pálida mejilla.

Si algo malo llegaba a sucederle, él nunca se lo perdonaría.

Esto era peor que una pesadilla.

Olivia jamás se imaginó que aceptar la ayuda de Penelope podría ponerla en una situación tan humillante. Comprendía que el duque de Richmond odiaba a las personas que no fueran de su círculo y evitaba relacionarse con los mismos la mayor parte del tiempo, pero por un momento pensó que con ella sería diferente.

Sonrió con amargura, cometió un terrible error al creer que él podría tenerle un atisbo de aprecio.

—¿Y bien?, ¿no piensas decir nada? —espetó el duque con crueldad y Olivia lo miró con fijeza.

—Ya le dije que no sé nada, ¿de verdad cree que de saber dónde se encuentra Penelope no se lo diría?

—Si es para protegerla, estoy seguro de que callarías. —Cerró los labios en una fina línea—. Habla, Olivia —la llamó por su nombre de pila, erizándole la piel—, o juro que todo Londres sabrá que tu tía murió y pronto tendrás que vender esta pintoresca, pero vacía casa —le indicó la estancia con una sonrisa maliciosa y ella tiritó en su lugar con impotencia.

—No sé nada —la voz le tembló.

—Si no piensas serme de ayuda, no dejaré que te quedes en mi casa.

Tragó con fuerza, estaba claro que esa tarde tendría que hacer un par de visitas, puesto que no contaba con la información que el duque quería y era muy consciente de que él no tendría misericordia a pesar de lo complicada que era su situación.

—No te pareces en nada a tu difunta y encantadora madre —se atrevió a tutearlo y Richmond

abrió los ojos con sorpresa—. Eres tan cruel y déspota como tu padre.

—¿Qué dijiste? —masticó sus palabras con ira contenida, totalmente ofendido, y ella se rio sin humor alguno, estaba harta de fingir que lo respetaba y admiraba.

—Sé que escuchaste muy bien, así que no pienso repetirlo.

—Háblame con propiedad.

—No volveré a tu casa, no volveré a recibir tu ayuda, así que no veo razón alguna para seguir soportándote.

—Sé tu secreto —dio dos pasos en su dirección y detuvo su marcha cuando ella corrió hacia el otro extremo del recibidor—. Vuelve aquí o lo divulgaré.

—Yo divulgaré el tuyo.

Jamás mancharía el nombre de su amiga, pero suponía que sólo así controlaría la ira de Richmond. El hombre se puso tan rojo como un tomate que, por un momento, quiso reírse, pero luego lo pensó mejor y se preocupó.

Estaba desafiando a la bestia.

—Haré que manden tus cosas esta misma tarde —se encaminó hacia la puerta de salida, pero ella se enderezó con valentía y espetó:

—Mejor envía todo a Diamantes.

¿A quién quería engañar?

Su destino era quedarse a trabajar en el club de su amiga. Encontrar un esposo sería imposible una vez que anunciara que su casa estaba en venta.

Richmond se volvió muy lentamente en su dirección y Olivia dio un paso hacia atrás al percibir una horrible tensión en su cuerpo, ¿por qué sus ojos estaban tan oscuros?

—Eras tú, ¿verdad?

Dio otro paso hacia atrás y jadeó horrorizada cuando él corrió en su dirección como si fuera un animal a punto de cazar a su presa. Intentó subir al segundo piso para refugiarse en su habitación, pero apenas y llegó a subir la mitad del tramo porque él logró alcanzarla y aprisionarla con sus firmes brazos.

—¡No! ¡Suéltame! —luchó por su libertad.

—Siempre lo supe, jamás me equivocaría en algo así.

—¡Lo que yo haga o deje de hacer con mi vida no es tu problema! —vociferó y contuvo el aliento cuando con un movimiento resuelto terminó tendida sobre las escaleras con él sobre su cuerpo y las manos aprisionadas a cada lado de su rostro—. Para, Augustus —lo llamó por su nombre de pila, totalmente agitada.

—Puede que tu madre haya sido la dama de compañía de mi madre, pero recuerda que sin importar el vínculo que ellas formaron y el hecho de que mi madre te acogió por años después de su muerte, hasta que tu tía hizo acto de presencia en tu vida, Aurora sólo fue una empleada más.

Lo sabía, siempre fue consciente de que para Augustus nunca fue nadie importante en su vida, pero no podía entender por qué podía llevarse tan bien con sus hermanas y no con él.

—Suéltame, por favor —musitó con temor y contuvo el aliento cuando él inclinó el rostro en su dirección.

—Te soltaré cuando me digas ¿por qué estabas en Diamantes?

—Necesitaba un empleo y Liliás me lo ofreció, pero no pude regresar después de esa noche.

Él la miró fijamente a los ojos y finalmente dijo:

—Ya no tienes a nadie, Olivia, ¿y sabes lo que eso significa? —negó lentamente con la cabeza y apartó el rostro cuando él enterró el rostro en su cuello—. Significa que tú dependes de

mi generosidad y ahora estás en mis manos.

—Suélteme, nosotros no somos nada y...

—He cambiado de parecer, te mantendré cerca porque sé que tarde o temprano serás el cebo perfecto para traer a Penelope a Londres. —Se incorporó con rapidez e hizo que se levantara con brusquedad—. Cambia esa cara —ordenó con dureza— y ni se te ocurra contarles nada de esto a mis hermanas, ¿entiendes?

Olivia asintió, cabizbaja, y no opuso resistencia cuando la llevó hacia su carruaje y la instó a subir al vehículo.

—¿Me dejará en paz cuando encontremos a su hermana?

Él se rio por lo bajo y no le brindó una respuesta, todo parecía indicar que ahora mismo Augustus Humphrey se creía con el derecho de manejarla a su antojo.

Seis días.

Penelope llevaba seis días inconsciente y Travis sentía que enloquecería en cualquier momento. La situación era mala, no importaba cuanto lo pensara, para él estaba claro que este era un castigo divino por haber tomado algo que no era suyo.

Nunca debió secuestrarla, de haber hecho lo correcto, ella seguiría saludable y no tumbada en esa cama con un aspecto débil y demacrado.

—Esto no puede seguir así —soltó con amargura y se dirigió a su estudio para redactar una misiva para el duque de Richmond.

Amaba a Penelope y por esa razón no podía seguir manteniéndola oculta, ella necesitaba que más doctores la revisaran y estar en un lugar cómodo y adecuado. La farsa se había acabado, al diablo con el terreno y los hoteles, él sólo quería que ella abriera los ojos de una vez por todas y eso no sucedería en Horsham.

Mediante la misiva se encargó de informarle al duque sobre lo ocurrido y la envió sin el más mínimo arrepentimiento. Debía ser realista, lo suyo jamás podría ser. Dos horas más tarde, en el silencio de su despacho, Travis se tensó al oír los gritos de Jessica, por lo que salió de la estancia y paró en seco al ver a la muchacha con la visión cristalizada.

—Señor, señor, lady Humphrey acaba de despertar y no deja de llamarlo.

En ese momento, Travis pudo sentir que todo el aire que aspiraba e incluso sus pulsaciones cardíacas empezaban a sentirse diferentes. Pasó a la joven de largo y subió los escalones de tres en tres, más ansioso que nunca, y las piernas le temblaron cuando ingresó a la habitación y la vio sentada sobre el mullido colchón.

Sus ojos color esmeralda lo observaron con tristeza y él se arrodilló frente a ella para acunar su rostro y unir sus labios con suavidad.

—Dios, me diste un susto de muerte, mi amor. —La abrazó con fuerza y odió que su cuerpo empezara a tiritar sin control alguno, pero no le importó, estaba feliz de que ella por fin hubiera podido volver en sí.

—¿Por qué tiembles? —musitó con voz quebrada y acarició sus cabellos castaños.

—Estuviste inconsciente durante seis días —soltó con voz rota y la buscó con la mirada—. Pronto te subirán un poco de comida, te he estado alimentando gota a gota, pero sé que no ha sido suficiente.

Ella se veía delgada y demacrada.

—Fue mi culpa —lloró angustiada y él negó con la cabeza—. No soy buena jinete e incluso

así reté a la suerte.

Travis tragó con fuerza y volvió a besarla.

—Descuida, pronto estarás en tu hogar y te sentirás más cómoda.

—¿Qué? —lo miró con sorpresa y él sonrió con amargura.

—Le envié una carta a tu hermano, estaba desesperado y quería que más doctores te atendieran. —Besó sus manos con ternura—. Eres libre, supongo que él llegará mañana a mediodía. —Silencio—. ¿No estás feliz?

—Claro que no estoy feliz —se soltó de su agarre con enojo—. No quiero volver con Augustus, dijiste que me protegerías y ahora me entregas al conde porque te diste cuenta que no soy más que una carga.

—¿Qué? —la miró con preocupación, ella se veía muy alterada—. Eso no es así, mi amor, yo...

—No permitas que mi hermano me entregue al conde, Travis —rogó con desespero y algo en su interior se rompió en mil pedazos, ¿es que nunca haría nada bien?—. Aceptaré tus condiciones, vamos a Escocia si eso es lo que quieres, pero no permitas que Augustus me entregue al conde maldito. —Sollozó con amargura—. Te lo suplico —susurró antes de desvanecerse en sus brazos y en ese momento él lamentó con creces el haber enviado esa carta.

¿Por qué nunca le dijo que odiaba la idea de casarse con el conde y volver con su hermano?

—Esto es malo.

Tenía menos de ocho horas para abandonar Horsham, pero era de noche y quería que el médico la revisara.

«Puedes encontrar un médico en el camino, ella no te perdonará si al abrir los ojos se ve bajo el poder de Richmond», le aclaró una vocecilla y en ese momento Travis hizo que toda su gente se despertara y se encargara de preparar todo lo que necesitaría para el largo viaje que se avecinaba hacia Escocia.

Penelope acababa de aceptarlo bajo condiciones erróneas, puesto que ahora mismo estaba más consciente que nunca de lo mucho que la amaba y todas las locuras que sería capaz de hacer por ella.

Capítulo 15

*"El duque de Richmond y el conde de Warrington han salido de viaje el día de hoy, ¿podría ser que van en busca de lady Humphrey y la Srta. Fletcher? De ser así, creo saber quién dejará de ser una solterona y se convertirá en la nueva condesa del conde maldito
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth".*

Penelope se sentía bien, no había necesidad de que ese doctor siguiera inspeccionándola con tanta pericia.

¿Es que Travis no se daba cuenta que tenían que escapar y el tiempo les estaba jugando en contra?

¡No quería que su hermano los atrapara y ahora sí que irían contra el reloj porque él sabría desde qué punto partieron!

—Todo se ve en orden —dijo finalmente el doctor y ella abandonó la camilla para posicionarse junto a Travis.

—Te dije que me sentía bien, ahora ¿podemos irnos?

—¿Está seguro? —decidió ignorarla—. Ella se desmayó cuando despertó y hemos iniciado un viaje de varios días, ¿está realmente seguro de que no tendremos complicaciones?

Se tensó, Penelope no se había percatado de lo preocupado y demacrado que Travis se veía hasta ese momento.

¿Por qué?, ¿qué tanto le preocupó verla tendida en una cama por seis días?

Ahora que lo pensaba, él la había besado, abrazado y juraría que soltó un par de lágrimas cuando la vio despierta. La garganta se le cerró, ¿podría ser que al final de todo sus sentimientos sí eran correspondidos?

Un momento, ¿qué tipo de sentimientos albergaba por él?

¿Lo amaba?

«Es muy pronto para denominarlo de esa manera», aceptó con sabiduría y luego lo miró de reojo. Él le gustaba mucho, eso lo tenía claro, y la idea de huir con él a Escocia, lejos de asustarla, le generaba una gran ilusión.

Estaba claro que en un principio sería un matrimonio por conveniencia, pero estaba segura de que con el pasar de los meses, o quizás años, ellos podrían llegar a amarse y formar una linda familia.

Hacían un buen equipo, o al menos eso era lo que ella pensaba.

—En caso de que sienta algún malestar, puede tomar esto —les entregó dos brebajes—. Y si existe algún dolor muscular, aplique este ungüento en las zonas afectadas —añadió un nuevo envase y Travis pagó la cuenta con rapidez, antes de despedirse del doctor e instarla a salir del lugar.

—¿Estás segura de que quieres ir a Escocia? —dijo una vez que subieron al carruaje y ella asintió—. Podría buscar un nuevo escondite hasta que te sientas mejor y...

—Nos atrapará, lo último que podemos hacer es perder tiempo. —Lo sujetó de ambas manos y se sentó junto a él—. Por favor, sólo vámonos, ¿sí? —Él acarició el parche que tenía en la frente y ella se estremeció en respuesta.

—Si no queremos que nos alcance, para lo único que debemos parar es para cambiar las ruedas y los caballos.

Penelope asintió.

—Está bien, acepto.

—Será así, siempre y cuando te alimentes correctamente y no te sientas mal, ¿de acuerdo? —acunó su rostro y ella asintió.

—Te prometo que si llego a sentirme mal te avisaré —susurró y cuando el carruaje se puso en marcha, él unió sus labios con suavidad—. Lo siento, nunca debí huir de esa manera.

—El imbécil fui yo —juntó sus frentes con delicadeza—. Te traté con dureza y fui un salvaje, de verdad lo siento, mi amor.

El apelativo hizo que lo abrazara por el cuello y lo besara con más ahínco.

¿Cuánto tiempo llevaba anhelando sentir ese roce?

Todo este tiempo que estuvo dormida, no hizo más que pensar en el tipo de vida que tendría junto a él y debía admitir que el panorama fue agradable. No necesitaba un título, ni siquiera quería estar en medio de la sociedad inglesa, ella sólo quería quedarse junto a Travis.

—Mmm... —gimió adolorida cuando las sienes comenzaron a martillearle y él rompió el beso con rapidez.

—¿Te sientes bien?

—Sí, sí —susurró con cansancio y en lugar de besarla de nuevo, él la tomó en brazos y la sentó en su regazo.

—Descansa, yo cuidaré de ti.

Ahora fue ella quien acarició su mejilla, donde la barba incipiente se asomaba, y le regaló una cálida sonrisa.

—¿No tienes miedo? —él frunció el ceño—. Mi hermano nos hará la vida imposible, intentará separarnos y...

—Lo único que me alejará de ti será la muerte, Penelope Humphrey —aclaró tan apasionadamente que ella tiritó en respuesta y apoyó la mejilla en su hombro.

Amar a ese hombre no sería complicado, a cada minuto que pasaba, más aprecio y cariño le tenía. Por no mencionar lo mucho que lo deseaba.

—Jamás pensé que tú y yo podríamos terminar en una situación así —dijo de pronto, acariciando su fornido pecho—. Desde que nos conocimos no he hecho más que odiarte y culparte por mis desgracias.

—Nunca pude pedirte perdón y de verdad lo siento, pero tu hermano no dejaba que me acercara.

—Y luego compraste una casa junto a la nuestra —comentó entretenida.

—Y ocupé la peor de todas las habitaciones para tener la mejor vista durante el día —se tensó y lo buscó con la mirada—. Nunca lo notaste, pero esa ventana que siempre está cerrada frente a tu alcoba, es la de mi habitación.

—¿Qué? —abrió los ojos con nerviosismo—. Yo...

—Descuida, nunca vi más de lo debido —reconoció sonriente y regó un camino de besos por su mejilla—. Me conformaba con verte bailar, oírte cantar y detallar lo hermosa que te veías cuando sonreías.

Penelope se ruborizó con violencia.

—Nunca lo noté.

—Porque nunca quisiste notarme —le dijo con sabiduría y ella tragó con fuerza.

—Eras el hombre que arruinó mi compromiso, mi reputación y...

—Y un americano que jamás tendría el respeto de tu familia, ¿verdad? —No se atrevió a darle una respuesta y bajó el rostro con rapidez, totalmente apenada—. ¿No temes perderlos después

de esta unión?

—No lo sé.

«Más miedo me da perder esta oportunidad de quedarme a tu lado», respondió para sí misma y lo miró con curiosidad.

—Para tus hermanos no soy más que un vulgar americano.

El hecho de que se sintiera tan poca cosa por culpa de su familia hizo que las venas comenzaran a arderle por el enojo. Cometieron un error al juzgarlo tan duramente y no brindarle una oportunidad, pero quería creer que ahora que estaban juntos, eso podría quedar en el pasado.

—Y no es para menos, soy el tipo de hombre que se hace amigos de sus criados, que se preocupa por ellos y evita acoplarse a los rangos sociales. Me gusta creer que es un mundo de iguales donde todos pueden conseguir sus objetivos.

Ese comentario captó su atención.

—¿Por qué eres tan bueno con ellos? —quiso saber y él suspiró.

—Porque cuando no saldé mis deudas, me convertí en el criado de un ser sin escrúpulos que abusaba de su gente sin piedad alguna. —Vio la amargura en sus ojos y lo abrazó por el cuello.

—¿Te hizo mucho daño?

—Bastante, pero me enseñó que jugar con fuego es peligroso y desde entonces me he cuidado del mismo.

—A pesar de todo lo que viviste, llegaste muy lejos y debes sentirte feliz por eso —lo besó con ternura, una y otra vez, hasta que empezó a suplicar por suaves caricias.

—No quiero comprometerte —soltó con voz tensa y ella se subió a horcadas sobre su regazo.

—Pero vamos a casarnos —penetró su boca con avidez y él no demoró mucho en responder a sus besos.

—Te tomaré en nuestra noche de bodas —aferró sus caderas y Penelope gimió cuando golpeó contra su centro con habilidad—, pero eso no quiere decir que no podamos divertirnos un poco —le marcó un agradable vaivén en sus caderas y pronto ella no necesitó de su ayuda, sino de sus besos y caricias para poder apagar el fuego que sentía en su interior.

No le quitó ni una sola prenda de ropa e incluso así logró mantenerla rendida en el piso del carruaje, con él sobre su cuerpo, meciéndose con habilidad.

—No sabes cuánto tiempo llevaba esperando esto —confesó jadeante, besándolo con desespero, y él se rio contra sus labios.

—Si tanto lo querías, podías pedirme que te ayudar a lidiar con la tensión de tu cuerpo.

Negó con la cabeza, no era tan sencillo.

—¿Estás segura de que te sientes bien? —pregunto con esfuerzo, mirándola con tensión acumulada, y ella asintió.

—¿Por qué?

—Porque quiero subirte el vestido y saborear cada rincón de ti.

—Sí... —gimió encantada y él no demoró mucho en cumplir su deseo.

Estaba claro que lo mejor que pudo pasarles fue no hacer ninguna parada durante todo el día.

Esto tenía que ser una maldita broma.

—¿Cómo que se fueron? —siseó Augustus con ira contenida y la mujer adulta no se movió ni un ápice de su lugar, ni lo dejó entrar a la casa.

—Como ya se lo dije, su excelencia, lady Humphrey se despertó y salieron de viaje esta mañana.

—Hágase a un lado —bramó con enojo.

Spinster no tenía vergüenza, para ¿qué diablos le escribió si su única intención era irse con su hermana?, ¿podría ser que todo esto se tratase de una trampa?

—No, usted...

—¡Hágase a un lado! —bramó y cuando intentó empujar a la mujer, Olivia se puso en medio y lo miró con tanta intensidad que se vio obligado a dar un paso hacia atrás.

—¿Qué cree que hace? Es una mujer adulta —lo acusó con la mirada y se volvió hacia la criada de Spinster—. Por favor, déjenos revisar la casa, sólo así ellos se convencerán de que lady Humphrey y su jefe no están aquí.

La anciana dudó y lo miró a él y a Warrington con disgusto, no pensaba brindarles su respeto por el momento.

—Sólo la dejaré entrar a usted.

—Está bien.

—Claro que no —gruñó.

—¿Podría calmarse? —soltó Olivia con disgusto y cansancio—. Se supone que Penelope está delicada y ¿esta es su actitud?, ¿siquiera le importa su estado?

La culpabilidad lo golpeó con fuerza.

—Claro que me importa —siseó y miró al conde de reajo, lamentando con creces que él haya seguido sus pasos.

Le habría encantado que él no se metiera en esto.

—Entonces se queda aquí y punto —siseó la castaña y se adentró a la casa con paso resuelto, dejándolo petrificado en su lugar.

—No sabía que estuviera tan acostumbrado a recibir órdenes, Richmond —soltó el conde con retintín y lo miró de reajo—. La amiga de su hermana es admirable y hermosa, ¿por qué no la noté antes? —inquirió con la vista puesta en la puerta.

—¿Por qué no te largas? —masticó con rencor y el conde se rio.

—Porque debo ir por mi prometida, no quiero que nadie me sorprenda.

En pocas palabras, él temía que le escondiera a Penelope y llegara con una nueva excusa a Londres.

No entendía cómo lo conocía tan bien.

Cuando la Srta. Fletcher salió de la pequeña construcción de dos pisos, Augustus se tensó con violencia al percibir la respuesta en su semblante.

Ellos se habían ido.

—No están.

—¡Maldita sea! —golpeó el aire—. Él cambió de parecer, seguro están de camino a Escocia —dedujo con prontitud y la castaña torció los labios con disgusto.

—Dudo que sean tan imprudentes, ¿qué tal si quieren distraerlo de nuevo?

—Sea como sea —la sujetó del brazo con brusquedad y tiró de ella en su dirección—. Tú vendrás conmigo te guste o no y harás lo que te diga.

Intentó liberarse de su agarre, pero no lo consiguió y dejó de protestar cuando la subió al carruaje. Odiaba tenerla tan cerca y pasar más tiempo del necesario con ella, pero no era estúpido, sabía que Olivia era el cebo perfecto para atrapar a Penelope.

Penelope estiró las piernas y el cuerpo, mientras el cochero y su ayudante cambiaban las ruedas del carruaje y compraban algo de comida de la posada, y por el rabillo del ojo vio como Travis supervisaba todo en silencio.

Decidió acercarse a él.

—¿Y no extrañas tu hogar? —preguntó repentinamente, captando su atención—. ¿Planeas volver a América en algún momento de tu vida?

Ella nunca se había imaginado viviendo a ese lado del mundo.

—Nunca me aferré a esa tierra, pienso que mi hogar siempre será al lado de las personas que amo y ahora mi hermana y sobrino están aquí.

Lo que quería decir que no pensaba abandonar Londres.

—Además de los terrenos y los hoteles, ¿qué más quieres conseguir de este matrimonio? —quiso saber—. ¿Deseas ser padre?

La respuesta no fue inmediata, pero finalmente asintió.

—Sí, unos tres o cuatro niños no estarían mal.

Ella le sonrió abiertamente.

—Pienso igual.

Al menos ambos querían ser padres.

—¿Quieres ser madre? —la miró con interés.

—Si me prometes que los amarás y no espantarás ni torturarás a lo largo de su vida, claro que sí.

—¿Espantar y torturar? —la miró de manera inquisidora y su sonrisa tembló—. ¿Por qué me dices eso?

Penelope se removió en su lugar con inquietud y jugó con sus manos con nerviosismo. Uno de los criados llamó a Travis y le brindó la oportunidad perfecta para huir, pero cuando subieron al carruaje, él le dejó claro que no había olvidado el punto donde quedó su conversación.

—¿Qué tipo de trato recibiste por parte de tu padre?

Lo miró con sorpresa.

—¿Cómo sabes que él me trató mal?

—Cuando me hablaste de tu madre, lo hiciste desde el amor, pero ahora te ves muy asustada.

Penelope tragó con fuerza.

—¡Eres una estúpida! —el dolor atravesó su mejilla sin contemplación alguna y en esta ocasión se mantuvo con la mirada gacha, no deseaba recibir más golpes por el día de hoy—. Debí alejarte de tu madre, nunca pensé que llenaría tu cabeza de tanta basura.

La visión se le cristalizó.

—No quiero casarme con ese hombre.

¡Sólo tenía dieciséis años!

—¿Crees que me importa lo que tú quieres? —escupió con desprecio, muy cerca de su rostro—. De algo debe servirme haber tenido tres niñas, ustedes me abrirán puertas y traerán riqueza a este hogar.

Cerró los ojos con fuerza, esperaba que no se metiera con sus hermanas pequeñas durante al menos unos cinco años.

—Pero padre...

—¡Cállate! —intentó golpearla de nuevo, pero en esta ocasión Augustus lo sujetó del brazo.

—Con la violencia no conseguirá nada, padre.

—Tú no te metas —lo empujó con violencia—. Ella debe casarse con el hombre que yo elija porque me debe la vida y así funcionan las cosas en este mundo.

Penelope sollozó con amargura y lanzó un jadeo cuando su padre tiró de ella y la llevó a la parte más baja de su casa.

—El día de mañana te llevaré con el duque de Ruthland y espero que pasar la noche en este pintoresco lugar, te ayude a recapacitar y a darte cuenta de que los sesenta años del noble no son más que números insignificantes cuando de una sociedad empresarial se trata.

—No, padre, ¡espere! —gritó horrorizada, pero no pudo impedir que él cerrara la puerta del sótano y la dejara en penumbras.

—No fue la primera vez que me hizo algo así —musitó con voz suave, abrazándose a sí misma—, pero sí la última.

—¿Por qué? —quiso saber, la historia lo había dejado rígido e inquieto.

—Porque a la mañana siguiente amaneció muerto y cuando Augustus se hizo cargo del ducado, cortó todo vínculo con el duque.

—Tu hermano no siguió los deseos de tu padre.

Ella negó lentamente con la cabeza, pero se cubrió el rostro con impotencia.

—No entiendo por qué quiere casarme con Warrington, ¿acaso no se da cuenta de que podría morir si los rumores son ciertos y él está maldito?

—Descuida. —Travis se sentó junto a ella y entrelazó sus manos con firmeza—. Él no nos alcanzará, no te casarás con ese hombre. Te doy mi palabra de que yo te protegeré hasta el final.

Se apoyó en su pecho y lo abrazó por el vientre.

—No puedes retractarte —susurró con un hilo de voz—, ya he imaginado una vida junto a ti y no quiero cambiar mis planes.

Él dejó un casto beso en su coronilla y la abrazó con fuerza.

—Dejar de ser una Humphrey será lo mejor para ti.

Odiaba admitirlo, pero él tenía mucha razón.

Desde que su madre murió, ella dejó de pertenecer a esa familia.

Capítulo 16

Lo que empezó como un viaje precipitado y poco estructurado, terminó convirtiéndose en un gran inconveniente cuando al segundo día la tormenta se desató y su carruaje sufrió un pequeño accidente a mitad del camino.

—¿Qué haremos? —preguntó Penelope con inquietud al ver la rueda totalmente destrozada.

—Hay una posada a cinco millas de aquí, señor —informó uno de los lacayos y Travis estudió el camino con cierta frustración, no había esperado un percance de ese tipo.

Penelope respingó cuando un trueno llegó a sus oídos y se estremeció en respuesta, pronto empezaría a llover.

—Los caballos están agotados, enviaré ayuda una vez que llegue ahí y tomaré una diligencia, así que espérenme en la posada —metió la mitad del cuerpo al vehículo y sacó las pertenencias que consideraba necesarias—. Debemos irnos, Pen.

—¿Qué? —lo miró con horror—. ¿A pie? ¿Así sin más? Estamos en medio de la nada —empezó a tiritar como la cobarde que era y él se rio con diversión.

—Descuida, pronto descubrirás que cinco millas no son nada.

¿Qué no eran nada? Eran más de siete kilómetros que claramente no deseaba caminar. Sin embargo, en una situación como esta, donde estaban jugando al gato y al ratón con su hermano, no tenía más opción que seguir a Travis en silencio.

—¿Estás asustada?

—Sí —fue sincera y se hizo de su maleta para sujetarlo del brazo—, ¿no te da miedo?

—Estoy armado, así que no te preocupes.

—Esa noticia no me hace sentir mejor —reconoció con preocupación y él se rio—. ¿Qué es tan gracioso?

—Nuestras vidas son muy diferentes —conectó sus miradas—. Mis padres atendían a los heridos de la guerra, he caminado y visto mucho desde mi infancia.

—Eso suena grandioso —empezó a relajarse—, ¿nunca quisiste ser médico?

—Me confié de mi posición y nunca pensé en lo que realmente quería para mi vida hasta que toqué fondo.

—¿Y ahora qué es lo que quieres para tu vida? —quiso saber.

—En un principio sólo era comerciante e invertía en productos que me parecieran interesantes, pero con el ferroviario y todo el crecimiento industrial, el turismo empezó a llamar mi atención. Cada vez son más personas las que visitan Londres y se quedan en la ciudad, por lo que deseo construir hoteles de prestigio para que esas personas reciban un buen trato y tengan una buena experiencia.

—Es verdad —reconoció—, ahora es más común ver a personas de diferentes países —observó distraídamente—. Quieres darles el gran trato que no recibiste cuando llegaste a Londres, ¿verdad?

—Sí —esbozó una sonrisa hermosa y segura—, la gente debe entender que Londres es más que títulos nobiliarios.

Y si Penelope lo pensaba detenidamente, hoy en día era más normal que los nobles hicieran negocios, como también encontrar a nobles en la quiebra, dispuestos a casarse con cualquier mujer con tal de no caer en la ruina total.

—Veo que Londres te enamoró —observó entretenida y él la miró de reojo—. Piensas en su

crecimiento y todo lo bueno que la ciudad puede ofrecer.

—Debo reconocer que me aferré a Londres cuando encontré aquello que sabía que me ataría a esta tierra de por vida.

Lo miró con curiosidad.

—¿Y de qué se trata? —no recibió una respuesta—. ¿Es un secreto?

Él asintió.

—Qué injusto —hizo un mohín con los labios—. Supongo que encontraste aquello hace más de tres años, dado que aún eres primerizo en el mundo inmobiliario.

—Así es —se limitó a decir y con el cuerpo y la mente más relajados, Penelope hizo las cinco millas sin atreverse a emitir una queja, puesto que para él parecía bastante normal caminar por más de cuarenta minutos.

Dios, sus pies la estaban matando.

—No falta mucho —observó él cuando las primeras gotas de agua empezaron a caer y Penelope asintió, odiando que sus botas tuvieran tacón—. ¿Puedes correr?

—¿Correr? —lo miró como si tuviera dos cabezas, dado que las damas no corrían, y él se rio al tiempo que entrelazaba sus manos.

—Sí, tenemos que correr si no queremos llegar empapados —tiró de ella y a pesar del dolor que sentía en los pies, Penelope se rio por lo alto cuando la tormenta se desató y su pulcro peinado comenzó a estropearse, al igual que su delicado aspecto.

Llegaron a la posada empapados y mandaron ayuda para su gente, no obstante, las salidas de las diligencias se habían cancelado debido a la tormenta y ahora tendrían que pasar la noche en el lugar.

—Esto es malo —musitó Travis una vez que estuvieron en su habitación y ella exprimió su pelo con un semblante sereno—. Perderemos mucho tiempo, ¿qué tal si tu hermano nos alcanza?

—Él también tendrá problemas con la tormenta —le recordó y él la buscó con la mirada—. Trata de calmarte. —Se acercó y lo ayudó a quitarse el abrigo—. Quítate toda esta ropa, estás empapado.

—Lamento no haber encontrado más de una habitación —soltó con aspereza y ella se rio.

—No pasa nada, igual hemos estado durmiendo juntos en el carruaje —susurró con voz suave y contuvo el aliento cuando él la obligó a girar sobre su lugar y empezó a abrirla los botones de su vestido.

—Pedí que te preparen un baño, saldré una vez que todo esté listo —le informó y antes de quitarle el vestido, le entregó una manta para que pudiera cubrirse—. Bien, dejemos que esto seque —lo tendió en el biombo y ella observó sus músculos bajo la camisa de lino empapada.

—No es necesario que te vayas, tú también debes tener frío —susurró y lo sintió tensarse, pero no recibió una respuesta porque las criadas ingresaron al lugar con cubetas de agua.

—Ven. —La escondió detrás del biombo y los hombres que ingresaron a la alcoba con la bañera no pudieron observarla.

Penelope se mordió el labio inferior con nerviosismo, no quería que la dejara en un momento como este.

—Está listo —le informó y cuando salió de su escondite, lo vio buscando algo de ropa en su maleta.

—¿Y si nos bañamos juntos? —preguntó con timidez y él se petrificó en su lugar—. Piénsalo, el agua se enfriará si te marchas y...

—¿No te preocupa el hecho de que no estamos casados y ya hemos hecho muchas cosas juntos? —inquirió con curiosidad y ella se ruborizó.

—Admito que en el pasado me habría escandalizado, pero ahora...

—Bien —no dejó que le diera una explicación y empezó a desvestirse, claramente a él le bastaba con saber que estaba de acuerdo.

Se sentó en el sofá para quitarse las botas y lanzó un gemido adolorido cuando logró desprenderse de esa horrible presión que estaba sintiendo en los pies.

—Lo sabía —lloriqueó y pronto él estuvo hincado frente a ella.

—¿Qué pasó?

—Me hice daño —encogió los dedos y él se puso tan rígido como una vara—. Los pies me empezaron a doler en algún determinado momento del camino y...

—¿Por qué no me lo dijiste? —la miró con enojo y ella negó con la cabeza.

—No quería generarte un nuevo problema, quería demostrarte que podía seguir tu paso.

Él se tragó un juramento y sin previo aviso deslizó la manta por sus hombros.

—Ven, necesitas calentarte —la tomó en brazos y se dirigió hacia la bañera—. Más tarde atenderé tus pies, ¿de acuerdo?

Se estremeció, ¿él iba a tocarla ahí también?

Su cuerpo hormigueó en respuesta y agradeció que él la metiera a la bañera con bastante delicadeza.

—¿Entrarás conmigo?

—Sí —susurró con aspereza y Penelope se quedó inmóvil en su lugar al ver como se quitaba los pantalones y sus calzones con un simple movimiento.

La garganta se le cerró, nunca había visto a un hombre desnudo y debía admitir que Travis tenía un aspecto fiero y salvaje. Sus ojos repararon en el gran aparato que estaba entre sus piernas, posado entre vellos castaños, y la boca se le hizo agua al darse cuenta que a partir de ahora sería bastante normal para ella verlo desnudo.

—¿Te sientes cómoda? —conectó sus miradas y le costó emitir palabra alguna, por lo que se limitó a asentir.

Le pareció percibir que el gran y grueso falo se movía, pero decidió no reparar en él. No quería avergonzarse, ni delatarse a sí misma.

Se enderezó en su lugar al ver como ingresaba a la bañera y la piel se le erizó cuando se posicionó a su espalda y la acomodó entre sus fuertes y velludas piernas. No pudo evitarlo y acarició su muslo, eran bastante diferentes.

Donde su piel era blanca y lisa, él poseía una gran cantidad de vellos.

—Puedes apoyarte —susurró contra su piel y Penelope se apoyó en su fornido pecho sin duda alguna, sintiéndose en el paraíso—. Perdóname por lo de hoy, a veces olvido que eres una lady frágil y delicada.

—Descuida, necesitábamos llegar a la posada. —Hizo que la abrazarla por la cintura—. Pronto dejaré de ser una lady —le recordó— y no quiero que me veas como alguien frágil y delicada —gruñó y él se rio por lo alto y la abrazó con fuerza.

—Esto parece un sueño.

—Es casi irreal —reconoció y agradeció en silencio que él empezara a lavarle el cabello, no quería hablar de todas las costumbres que los separaban—. Se siente tan bien —reconoció mientras masajeaba su cabeza y no se movió de su lugar hasta que él enjuagó su cabello.

—Listo —le informó con voz ronca y ella abrió los ojos con lentitud.

—Es mi turno —se acomodó de tal manera que terminó de rodillas entre sus piernas y le sorprendió que sus rizos color miel le llegaran hasta la altura de los hombros. Eso le permitió reparar en sus grandes músculos y se relamió los labios con nerviosismo antes de empezar con su

tarea.

—Me gusta tu cabello —musitó él, enredado sus rizos azabaches en sus dedos, y Penelope sonrió con nerviosismo, dado que estaba frente a él totalmente desnuda—. Bueno, aunque debo admitir que todo de ti es demasiado hermoso —acarició su brazo.

—Gracias —la voz le tembló.

—¿Lo amabas? —sus movimientos cesaron y lo buscó con la mirada—. Al vizconde de Hereford.

Negó lentamente con la cabeza.

—Pero era joven, educado y amable —reconoció, pensativa—. Parecía la mejor de mis opciones si analizaba al primer pretendiente que mi padre tenía para mí.

—Sigo sin entender cómo pudo dejarte —la abrazó por la cintura y pegó sus cuerpos con descaro—, yo habría peleado por ti hasta el final —su corazón empezó a bombear sin control alguno y lo besó con ternura—. Veo que te gusta besarme —bromeó y ella se rio.

—Sí, no puedo detenerme —aceptó con vergüenza y lanzó un suave gemido cuando él apresó su nucha y la besó con vehemencia.

—¿Llegó a besarte? —quiso saber y ella jadeó cuando la acomodó de tal manera que terminó a horcajadas sobre él.

—Un par de roces, mmm... —el asalto se intensificó y se aferró a los costados de la bañera para tener un mejor soporte—. Travis...

—¿Te sigue importando? Sé que sigue soltero.

—No, claro que no —lo besó con mayor ahínco y lo abrazó por el cuello—. Ahora mismo, sólo puedo pensar en ti —suspiró cuando su miembro rozó su entrada y se tensó entre sus brazos—. Una vez más —rogó y él metió su mano entre sus cuerpos para torturarla a su antojo, pero nunca intentó penetrarla.

—Mañana llegaremos a Escocia y una vez que seas mi esposa, te haré mía ese mismo instante —prometió y ella asintió con desespero.

—Sí, por favor —contoneó sus caderas, pero él sujetó firmemente su cintura para impedir que se dejara caer—. Travis —lloriqueó con desespero y lanzó un gritillo cuando él se levantó y salió de la bañera con rapidez—. ¿Qué sucede?

—No puedo más —se escondió detrás del biombo y la sombra le permitió admirar su fuerte cuerpo y como su brazo se movía con rapidez.

Salió tras de él y se plantó delante suyo para ver cómo se tomaba a sí mismo.

—Espera —juntó sus cuerpos y rodeó su mano con delicadeza—, déjame a mí —suplicó y lo buscó con la mirada.

Estaba tenso y rígido, pero dejó caer sus manos, brindándole la oportunidad de sujetar la base e iniciar lentas caricias alrededor de su gran falo.

—Vas a matarme —siseó y ella sonrió con coquetería, pero en ese momento recordó aquello que vio en Diamantes el día de su inauguración y muy lentamente empezó a besarle el pecho, hasta que terminó de rodillas ante él—. Oh, no, Pen...

—Sólo ayúdame a ayudarte —rogó con aspereza y sin duda alguna, rodeó el miembro con su boca y empezó a chuparlo con lentitud.

Primero la punta y poco a poco llegó más lejos, hasta que él rugió por lo alto, empuñó su cabellera, y empezó a moverse contra ella con habilidad. Le costaba respirar, era complicado entender el ritmo, pero incluso así se sentía de maravilla y por esa razón empezó a utilizar más saliva y dar todo de sí.

Era la primera vez que lo escuchaba gemir, gruñir y rogar de esa manera, y eso la hizo

sentirse poderosa y hermosa. Ella lo tenía así, ella era la razón de su satisfacción.

Al darse cuenta de cómo empezaba a tensionarse, Penelope se aferró a él y no dejó que la apartara, por lo que sin previo aviso recibió su excitación contra su lengua y empezó a tragar y chupar con habilidad para poder lidiar con la situación.

El agarre de Travis se hizo más suave y ahora sólo era ella moviendo la cabeza hacia adelante y hacia atrás, hasta que supo que todo había terminado y lo liberó con lentitud.

—Eres grandiosa —lo escuchó suspirar y lo buscó con la mirada. Estaba contra la pared, respirando con dificultad, mientras sus ojos ambarinos se veían negros y satisfechos—. Ven aquí —la tomó en brazos sin previo aviso y la tendió en la cama con lentitud.

—¿Qué haces? —sonrió cuando le abrió las piernas y se posicionó entre ellas.

—Es mi turno de ayudarte.

Penelope cerró las manos contra las sábanas y durante los siguientes minutos no hizo más que gemir, gritar y rogar por más. Necesitaban llegar a Escocia cuanto antes, su cuerpo empezaba a preguntarse qué más podría recibir de su futuro esposo.

Capítulo 17

Penelope no se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba de una cama hasta que esa mañana abrió los ojos y se sintió totalmente renovada, mientras que Travis la aferraba a su cuerpo con precisión.

Había sido una noche maravillosa y ahora mismo lo menos que deseaba era levantarse, no obstante, no podían olvidar que su hermano vendría por ellos en cualquier momento. Por lo que, con el dolor de su alma, empezó a besar a su acompañante con la intención de despertarlo.

—Debemos irnos —musitó contra su boca y él gruñó en respuesta—. Levanta ese trasero —lo motivó y salió de la cama con rapidez para buscar ropa seca en la maleta.

—¿Qué hora es? —inquirió somnoliento.

—No lo sé, pero no se ve que sea muy temprano —reconoció un tanto nerviosa. Cuando él se levantó y se acercó, ella le dio la espalda para que abotonara su vestido—. ¿Debería pedir el desayuno en lo que te cambias?

—Sí, no es una mala idea —se frotó los ojos y Penelope salió de la habitación con paso apresurado, pero cuando se preparó para bajar las escaleras, paró en seco al oír una voz clara y potente que reconocería en cualquier circunstancia.

—Quiero una mesa para tres.

Por todos los santos, ¡Augustus estaba en la posada!

Regresó a su habitación con paso apresurado y no dijo nada hasta que cerró la puerta a su espalda.

—Mi hermano está aquí —esa afirmación hizo que Travis se lavara la cara con más prisa y empezara a recoger todo junto a ella—. ¿Cómo nos iremos? Pidió una mesa para tres, seguro desayunará aquí y sólo es cuestión de tiempo para que pregunte por nosotros.

—Maldita sea —gruñó y se acercó a la ventana, reparando en las calaminas que estaban a pocos metros de distancia—. Tendremos que salir por aquí. —En otras circunstancias, ella habría dicho que estaba loco, pero ahora mismo sólo deseaba huir de ese lugar—. Ven —espetó y tiró las maletas sin cuidado alguno—. No te asustes y por nada del mundo mires hacia abajo —le pidió y Penelope se acomodó en el marco de la ventana para que Travis rodeara su cintura y la dejara caer poco a poco—. La calamina está a pocos centímetros de tus pies, tengo que soltarte —susurró con esfuerzo y ella asintió.

La caída fue exitosa y se sorprendió un poco por la facilidad con la que él saltó y se puso a la par suya.

—Un piso más —le pidió, pero en esta ocasión no existía una calamina ni nada que le garantizara que la caída sería exitosa, por lo que no tuvo más remedio que rezar en silencio y soltarse del castaño.

—Ah —se quejó cuando su trasero impactó contra la hierba, pero no sintió ningún dolor que pudiera alarmarla.

—¿Estás bien? —Travis efectuó un salto exitoso y se acuclilló junto a ella.

—Sí. —La ayudó a levantarse y fueron por sus cosas para después alejarse de la posada.

—Espero que haya una diligencia disponible.

—¿Crees que es lo mejor? —lo miró ceñuda—. Él podría alcanzarnos si descubre que nos fuimos sin nuestro carruaje.

Pararon en seco y estudiaron el panorama con inquietud.

Un hombre bastante adulto pasó frente a ellos en su carreta, la cual portaba una gran cantidad de heno, y se miraron de reojo. Estaba claro que el hombre pensaba desayunar en la posada y no había, por el momento, mejor escondite que ese gran montón de heno.

—¿Quieres hacerlo? —inquirió él, preocupado, y ella asintió.

—No tenemos otra opción, tenemos que llegar a un acuerdo con ese hombre.

La escena le parecía casi irreal, ella estaba haciendo hasta lo imposible para que su hermano no la encontrara y así pudiera quedarse junto a Travis Spinster, el hombre que terminó robándole el raciocinio y al parecer el corazón.

—Armemos un plan, debe existir una manera de distraerlo —musitó el castaño y ella se preguntó si harían lo correcto al perder más tiempo del necesario.

¿Por qué simplemente no se iban?!

Olivia tenía un mal presentimiento.

La tensión que irradiaban el duque y el conde era asfixiante, cada vez era más evidente que ninguno de los dos se soportaba y lo único que querían era encontrar a Penelope.

«Algo saldrá mal», dedujo con inquietud.

Richmond había perdido los estribos, estaba fuera de sus cabales y todo porque Warrington era incapaz de dejarlo tranquilo. Siempre lo presionaba para continuar, tomaba las decisiones por sí solo y eso era algo a lo que el duque no estaba acostumbrado.

¿Qué era lo que estaba sucediendo?, ¿cuál era el secreto que relacionaba a ambos hombres?

En ese juego, a pesar de sus rangos sociales, el conde parecía estar por encima del duque.

«¿Dónde te metiste, Pen?», preguntó para sus adentros y rezó en silencio para que su amiga estuviera bien y el señor Spinster no le hubiera hecho daño. Según la carta que le llegó a Richmond, ella tuvo un accidente a caballo antes de iniciar ese viaje y estuvo muchos días inconscientes.

¿Estaría bien?, ¿sería consciente de todo lo que estaba haciendo?

Richmond se levantó de la mesa una vez que terminó su desayuno y fue a conversar con el posadero, al parecer empezaría a recaudar información que pudiera serle de ayuda.

—No sabía que fuera su esclava, Srta. Fletcher —comentó el conde de Warrington, un hombre de cabellera rubia y ojos verde pálido, y ella lo miró con disgusto.

—¿Se está burlando de mí?

—Quizá un poco —reconoció y le dio un sorbo a su taza de café.

—¿Por qué la busca? ¿De verdad la aceptará incluso cuando estuvo a solas con un hombre por más de tres semanas?

A estas alturas, el conde ya debería haber dado marcha atrás en cuanto al compromiso.

—Sí.

—Si tanto quiere casarse con una Humphrey, ¿por qué no elige a Charlotte? —la tensión se apoderó del cuerpo masculino y ella enarcó una ceja con curiosidad—. A diferencia de Penelope, lady Charlotte sólo quiere un marido con título y fortuna.

—No meta sus narices donde nadie la llama —la calló con dureza y por el rabillo del ojo vio como el duque corría hacia el interior de la posada.

—Encontró algo —se levantó de su lugar y el conde siguió al duque, cosa que no hizo más que alarmarla.

Pero a diferencia de los hombres, ella salió al exterior y cuando rodeó la posada, vio al señor

Spinster hablando con un hombre junto a un carruaje y a su amiga escondiéndose entre una gran montaña de heno que estaba sobre una carreta.

—Pen... —susurró y su amiga la buscó con la mirada.

En el momento que sus miradas se encontraron, Olivia se quedó inmóvil en su lugar.

Ella le estaba rogando con la mirada para que no la delatara, su amiga estaba huyendo con el señor Spinster porque así lo quería, no porque estuviera siendo forzada. La garganta se le cerró y selló los labios en una fina línea, para después posar la vista en el castaño.

Asintió, jamás sería la razón de la infelicidad de su mejor amiga.

Spinster se metió entre el heno junto a Penelope y los criados se encargaron de cubrirlos mejor; sin embargo, ella sabía que eso no sería suficiente.

Cuando los hombres de Spinster se montaron al carruaje, ella corrió hacia ellos para brindarles una orden contundente.

—Váyanse por el camino opuesto, vamos a distraerlos. —El cochero asintió y azuzó a los caballos, iniciando su partida y ella empezó a gritar y seguir el vehículo con desespero—: ¡Penelope! ¡Espera, no! —gritó tan fuerte como le fue posible y entonces el duque y el conde llegaron a ella—. ¡Se la están llevando! —Señaló el carruaje que se alejaba a una velocidad alarmante—. Está con el señor Spinster. —Era tan buena actriz que los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Traigan mi carruaje! —ordenó el pelinegro y en contra de su voluntad, él la obligó a subir al carruaje para “seguir” a su hermana.

Por el rabillo del ojo vio como la carreta seguía el camino hacia Escocia y rezó en silencio para que los criados de Spinster no se dejaran atrapar tan rápido. Seis horas, ellos sólo necesitaban seis horas para llegar a Escocia y casarse de una vez por todas.

Tal vez Richmond le asustaba, pero no por eso entregaría a su mejor amiga al conde maldito. Olivia siempre le sería leal a su gente y Penelope era como una hermana para ella.

—Eso estuvo cerca —reconoció Travis, enviando su cabellera hacia atrás, y ella asintió con preocupación—. ¿Qué sucede?

—Me preocupa Olivia, cuando mi hermano la descubra no le irá nada bien.

Él se tensó.

—¿Crees que podría lastimarla?

—No lo sé —reconoció con un hilo de voz—, no sé qué hacer —enterró el rostro en sus manos—. Es mi mejor amiga, la conozco desde que soy una niña y ahora mismo está más sola que nunca, ¿qué haré si mi hermano se la toma contra ella?

—Descuida, una vez que nos casemos iremos por ella.

—¿Lo dices en serio? —la visión se le cristalizó—. Ella no tiene familia, está sola y no está siendo fácil encontrarle un esposo.

—Después de lo que hizo por nosotros, merece un hotel de regalo —comentó con un suspiro y la abrazó con fuerza—. Por cierto, no sabía que se conocían desde la infancia.

Ella sorbió su nariz.

—Su madre fue la dama de compañía de mi madre, por lo que Olivia siempre estaba en casa y eso a mi madre le agradaba, dado que Olivia solía ser juiciosa y encantadora con nosotras.

—Ella no se ve cercana a tu familia —comentó con sinceridad.

—Su madre murió cuando sólo teníamos catorce años, mi madre intentó convertirse en su

tutora, pero mi padre no lo permitió y buscó a sus familiares. Su tía era una burguesa acaudalada y la aceptó con amor, pero eso provocó que nuestros caminos se separaran.

—Debió ser duro.

—Lo peor fue que mi madre murió un año después, me quedé sin ella y sin mi mejor amiga de un momento para otro.

—Todo estará bien —la acurrucó entre sus brazos—, una vez que nos casemos, nosotros velaremos por ella y le buscaremos un buen marido.

—Gracias.

—Por un momento pensé que cuando tu hermano nos encontrara, intentarías irte con él. — Ella negó con la cabeza—. ¿Por qué? Sólo estuvimos juntos tres semanas, ¿qué tanto ha cambiado tu percepción sobre mí?

—Mucho —se limitó a decir, aún no estaba lista para decirle todo lo que sentía.

No quería incomodarlo, lo menos que necesitaba era que se sintiera presionado con sus sentimientos. El hombre que estaba guiando la carreta empezó a toser sin control alguno y eso hizo que Travis se enderezara en su lugar.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, muchacho —espetó con esfuerzo y él rompió el abrazo para ir a ayudarlo.

—Deje que yo conduzca, no tiene buen aspecto.

Penelope ayudó al anciano a sentarse contra la paja y se preocupó al verlo tan pálido.

—Creo que necesita un médico.

—No —agitó su mano—, sólo debo llegar a mi casa y descansar —les informó y empezó a toser con violencia—. Temo que no podré llevarlos a Escocia, espero no perjudicarlos.

Penelope miró a Travis y él asintió.

—¿Dónde vive? Usted nos ayudó a salir de la posada, ahora permítanos devolverle el favor.

Era lo mejor, ella tampoco podría dejar a ese pobre hombre solo.

Desde la ventana de la pequeña casucha, Penelope observó como la luz del día se marchaba y sólo abandonó su letargo cuando escuchó unos pasos acercarse. Eran Travis y el doctor, todo parecía indicar que el hombre tenía un leve catarro y necesitaba reposar.

—¿Estará bien? —inquirió Travis y el hombre asintió.

—Sí, pero encárguense de avivar el fuego —indicó—. ¿Es su familiar?

—No —espetó Travis—, ¿cree que pueda soportar un viaje de tres días?

—Con la alimentación y temperatura correcta, quizá. Pero Ulises no aguantará si va en su carreta.

—No se preocupe, no me refería a eso —espetó Travis y barrió el lugar con la mirada—. Me presta una hoja y una pluma, necesito que envíe una misiva por mí y mande a una muchacha a cuidar del anciano hasta que vengan por él. La paga será buena.

Su bondad era asombrosa, él realmente se llevaría al anciano hacia Horsham para brindarle una mejor atención y un trabajo que él sí pudiera efectuar. Sonrió con orgullo. Nunca se había dado cuenta de ese hecho, pero ayudar a las personas le hacía sentir bien.

Travis le pagó al doctor por sus servicios y el favor que iba a hacerle, y una vez que se quedaron solos frente al hogar, se miraron con fijeza.

—¿Y ahora qué?

—Es un poco tarde para continuar con el viaje —reconoció él y Penelope asintió—. ¿Por qué no descansas? —le enseñó el camastro—. Prepararé un poco de sopa.

—¿Cocinas? —lo miró con asombro y lo siguió hacia la pequeña cocina.

—Viví solo por años, tuve que aprender a hacerlo.

—Increíble, yo no sé ni calentar un poco de leche —comentó distraída y él se rio.
—No necesitas aprender, a mi lado tendrás a mucha gente a tu merced.
—Sin embargo, a tu lado quiero ser más autosuficiente —reconoció con un rubor en las mejillas y él la miró con curiosidad.
—¿Lo dices en serio?
—Sí, ¿puedo ayudarte?
—Pen...
—Por favor.
—Bueno, pero tú lo pediste —aclaró y con una radiante sonrisa en el rostro, ella escuchó toda la explicación antes de ponerse manos a la obra.

Durante años había vivido tan encapsulada dentro de una burbuja de cristal, que nunca pudo apreciar nada de lo que existía más allá de Richmond House y la nobleza inglesa.

—¡Me mentiste! —vociferó Richmond fuera de sí y Olivia no emitió protesta alguna cuando la sujetó del brazo con demasiada brusquedad y tiró de ella en su dirección—. ¿Cómo te atreves? ¡¿Crees que esto es un juego?!
Estaban en medio de la nada, a punto de ser encapsulados por la noche, y mentiría si dijera que no se sentía preocupada por su bienestar. La gente del duque había logrado atrapar a los hombres de Spinster y no demoraron mucho en darse cuenta que el carruaje estaba vacío y habían perdido tres horas de su preciado tiempo.

—No sabía que ella no estaba ahí —dijo lo primero que se le vino a la mente y contuvo un jadeo cuando él presionó su agarre.
—Dijiste que la viste —escupió y su paciencia llegó a su fin.
—Ella no quiere que la atrapes —dejó las formalidades de lado y se liberó de su agarre con valentía.

Richmond abrió los ojos con sorpresa.
—¿Cómo dices?
—¡Penelope no quiere casarse con ese hombre! —señaló al conde, perdiendo los estribos—. ¿Por qué no la dejas en paz? ¡¿No ves que eligió al señor Spinster?!
—¡Ya cállate! —bramó como un animal herido y cuando levantó la mano, helando cada una de sus extremidades, el conde se metió en medio para sujetarlo del brazo.
¿Por qué no le sorprendía?
Augustus Humphrey era igual de despreciable que su padre y ella cometió un terrible error al creer que aceptar la ayuda de Penelope sería lo más sensato, adecuado y seguro. Trastabilló en su lugar al darse cuenta que por mucho que quisiera, no podría huir de esos hombres, y contuvo el aliento cuando el conde espetó:

—No ganarás nada perdiendo los estribos, Augustus —lo llamó por su nombre de pila—. Ahora mismo sólo podemos regresar y tratar de alcanzarlos.
—¿Por qué no los dejan tranquilos? —soltó con impotencia y se encogió en su lugar cuando el conde se volvió en su dirección.
—Le sugiero, Srta. Fletcher, que mantenga la boca cerrada si no quiere quedarse parada en medio de la nada —la amenazó y ella apretó la mandíbula—. Díganos cómo huyeron.
—No lo haré, pueden dejarme tirada aquí si eso los hace sentir mejor.

Los dos hombres la miraron con tal rabia que por un momento pensó que la golpearían, pero

en esta ocasión sólo la sujetaron de ambos brazos y la metieron al carruaje con violencia. Terminó de rodillas en el suelo y ambos subieron sin reparar en ella, ni molestarse en ayudarla.

Ese era el trato que las mujeres de su nivel recibían.

—¡Déjenlos libres! Tenemos cosas más importantes que tratar —les ordenó Richmond a sus empleados y los criados de Spinster fueron liberados, mientras que ella permaneció en su jaula, rodeada de dos hombres demasiado peligrosos para su gusto.

—¿Ahora sí planea colaborar? —inquirió el conde con una amabilidad que no existía y cuando intentó acariciar su nuca, ella cerró los ojos con fuerza.

Gracias a los santos, no llegó a tocarla porque el duque sujetó la muñeca del rubio.

—¿Qué? —el hombre se zafó de su agarre y por inercia ella se sentó junto al duque—. Ha sido un viaje interesante gracias a usted, Srta. Fletcher, y lo cierto es que mientras mi futura esposa sea una mujer respetable, cualquiera me dará igual.

La visión se le cristalizó.

—Usted no puede obligarme.

—¿Ah sí?, ¿y qué familiar vendrá a rescatarla? —se mofó y ella bajó el rostro, derrotada—. ¿Acaso no necesita un esposo que cuide de usted? Yo...

—¡Te casarás con Penelope y punto! —vociferó Richmond, golpeando el carruaje, y ella se estremeció en su lugar—. Ahora cierra la boca o el que se quedará en medio de la nada serás tú, Warrington.

—¿Lo dices en serio? —se rio con mofa.

—¿Quieres probarme?

La sonrisa del rubio se esfumó y el resto del camino lo hicieron en silencio, pero no le pasó desapercibida la curiosidad e intensidad con la que el conde empezó a observarla.

No iba a casarse con ese hombre, ella... parpadeó varias veces.

«¿Por qué no?»

No tenía adónde ir, después de lo ocurrido el duque la echaría de su casa y ella se quedaría en la calle, por lo que de cierta manera Warrington era un lugar seguro.

«Morirás», le dijo una vocecilla. «Pero ya no tengo familia que pueda llorar y lamentar mi muerte», completó ella, empezando a analizar un nuevo giro en los acontecimientos.

Capítulo 18

Travis sabía que mencionar todo lo que vivió junto a Penelope en las últimas tres semanas sería un terrible error, puesto que, si lo analizaba detenidamente; la secuestró, la retuvo en una casa por varias semanas, ella sufrió un accidente a caballo por su culpa, la instó a saltar del segundo piso de una posada para huir de su hermano, la ayudó a esconderse dentro de un montón de heno y ahora la estaba llevando a Escocia en una carreta.

Le parecía casi un milagro que ella no hubiera salido huyendo en ninguna de las oportunidades que evidentemente se le presentó a lo largo del viaje.

¿Por qué?, ¿tan desesperada estaba de huir de su hermano y el matrimonio con el conde? O quizá, sólo quizá, ella estaba empezando a sentir algo por él. La garganta se le cerró, eso sería simplemente maravilloso, pero no quería generarse falsas esperanzas.

—Llegamos —espetó ella con una radiante sonrisa en el rostro, como si no hubieran viajado por horas en ese mísero vehículo.

Si es que así podía llamarlo.

—Sí, por fin —suspiró con cansancio—. Pronto anochecerá, pero con suerte algún herrero nos hará el favor de casarnos por un par de monedas.

A estas alturas estaba dispuesto a pagar la suma que fuera con tal de casarse con la pelinegra y hacerla su mujer en cuerpo y alma de una vez por todas.

—Sí, debemos apresurarnos. —Lo sujetó del brazo e ingresaron al pequeño pueblo—. Ha sido un viaje agotador, nunca me imaginé que terminaría montada en una carreta —comentó entretenida y él tragó con fuerza.

—Lo siento, pero estábamos en medio de la nada y como Ulises trabajará para mí a partir de ahora, determiné que no le afectaría prestarnos su medio de transporte.

—¿Por qué te disculpas? —frunció el ceño—. A pesar de todos los percances, ha sido el viaje más entretenido que he hecho en toda mi vida.

Travis no pudo evitarlo y se rio por lo alto.

—Por un momento pensé que te estabas replanteando la idea de casarte conmigo —confesó más tranquilo y ella negó con la cabeza.

—Aunque no lo creas, no veo la hora de convertirme en la señora Spinster.

—¿No te afecta dejar de ser una lady?

—He sido una lady por años, pero nunca he hecho nada bueno por otras personas hasta el día de ayer —musitó con tristeza—, yo...

—Hiciste cosas muy buenas por la Srta. Fletcher —le recordó ese punto y ella le sonrió.

—¿Tratas de consolarme?

—No quiero que seas tan dura contigo misma —admitió con una mueca—. Quiero que entiendas que a mi lado puedes relajarte, no busco la perfección.

Aunque ella era más que perfecta.

—Es bueno saberlo —musitó en voz baja y cuando llegaron a la casa del herrero del pueblo, ambos bajaron de la carreta.

—Luego buscaremos una posada, ¿de acuerdo?

—Sí, por favor —se acarició la parte baja de la nuca—. Necesito un baño y dormir por horas. Después de todo lo que tenía pensado hacerle, ella dormiría como un bebé.

Una sonrisa perversa se dibujó en su rostro y sin previo aviso entrelazó sus manos. Ella no lo

sabía, pero todo este tiempo estuvo cargando un anillo de bodas consigo. Uno que mandó a hacer especialmente para ella y no veía la hora de ponerlo en su dedo.

El herrero que los atendió no se veía en lo absoluto como un hombre amable o divertido, su semblante era tosco y amargado, pero cuando le informó que la paga sería buena sus ojos brillaron con satisfacción.

—Está bien —dijo finalmente y se hizo a un lado para que pudieran pasar—. ¿Tienen sus sortijas?

Ella iba a responder, pero él la cortó.

—Sí.

—¿De verdad? —lo miró con sorpresa.

—Así es —le sonrió.

—Me imagino que no tienen testigos —los guio hacia una pequeña habitación y Travis le pidió a Penelope que tomara asiento en el diván—. Necesitarán como mínimo dos.

—¿Podría conseguirlos? Seré generoso con la paga —fue sincero y el hombre de cabellera oscura y aspecto amenazador asintió.

—Veré que puedo hacer por ustedes.

Se retiró, brindándoles el tiempo a solas que necesitaban, y Travis se sentó junto a Penelope para sujetar sus manos y demandar su atención.

—¿Estás segura de esto? Sé que he hecho cosas muy malas, nunca debí secuestrarte e imponerte mis condiciones —decidió abrirle su corazón—. Un matrimonio es de dos y lo justo es que yo escuche y acepte tus ideas de la misma manera que tú harás conmigo.

—No te preocupes —le sonrió con ternura—, en mi vida me he sentido tan segura de algo y tengo la fe de que con el tiempo podrás llegar a amarme.

Ahora fue él quien esbozó una sonrisa.

—Después del accidente que sufriste, por fin pude ponerle un nombre a todas las emociones que provocas en mí.

—No te entiendo. —Acunó sus mejillas con ternura y sin previo aviso unió sus labios con suavidad—. Travis...

—Te amo, Penelope —confesó abiertamente y rozó las puntas de sus narices—. Posiblemente he sido tuyo desde la primera noche que te conocí, pero mi orgullo me impidió aceptar esos sentimientos porque sabía que para ti no era más que un insecto.

Ella lo sujetó de las muñecas e hizo que la mirara a los ojos.

—¿Lo dices en serio?

Él asintió.

—Nunca sentí pena de que tu compromiso se rompiera, en el fondo me alegró saber que no serías de otro hombre —admitió con voz ronca y bajó el rostro, avergonzado—. Perdóname por haber descubierto mis sentimientos demasiado tarde, si hubiera sido sincero contigo desde un principio, quizá nada de esto habría sucedido.

—Travis —lo sujetó del mentón e hizo que la mirara—. No debes disculparte, ni siquiera yo sabía cómo me sentía. —Le aliviaba saber que en el fondo ella lo comprendía—. Además, creo que todo lo que vivimos en las últimas semanas nos ayudó a entendernos y conocernos mejor, ¿no crees?

—Sí —fingió su mejor sonrisa.

Fue un iluso al creer que ella correspondería sus sentimientos, eso habría sido demasiado bueno para ser real.

Unos aplausos provenientes del recibidor lo hicieron estremecerse de la cabeza a los pies y

abandonó su lugar con prontitud al oír esa petulante voz que conocía tan bien.

—Qué hermosas palabras —espetó Richmond con sorna y mirada perversa—, ahora díganme dónde puedo vomitar.

—Hermano —susurró Penelope con espanto y Travis la cubrió con su cuerpo cuando los ojos del duque se posaron en ella.

—Jamás pensé que diría esto: pero eres una vergüenza para la familia Humphrey, Penelope.

Ella se aferró a su abrigo, tan tensa como una vara, y él empuñó las manos con disgusto.

—No te preocupes, pronto dejará de ser una Humphrey —lo desafió y el duque le sonrió con cinismo.

—Lo sé —levantó el mentón con suficiencia—, está a punto de convertirse en la condesa de Warrington.

Travis tragó con fuerza al ver como el conde ingresaba a la estancia con paso resuelto, tirando del brazo de una desganada Srta. Fletcher, y se odió a sí mismo por no haber sido más precavido.

En ningún momento consideró la idea de que ellos podrían llegar primero y por esa razón habían caído en su trampa.

—No me casaré con él. —Penelope salió de su escondite—. No puedes obligarme y el herrero no aceptará la unión si yo me niego.

—Lo sé, llevo horas negociando con él —soltó el duque con frialdad y sin previo aviso sujetó a la castaña de la muñeca y tiró de ella en su dirección—. Por eso vine con ella.

La sangre se le congeló cuando posó el cañón en la sien de la fémina.

—¡No, hermano! —bramó Penelope con horror y Travis empezó a cuestionarse si tenían una escapatoria, el duque estaba fuera de sus cabales—. Es nuestra amiga, ¡crecimos junto a ella! —sollozó y de reojo pudo percatarse de la incomodidad que estaba sintiendo el conde.

¿Empezaba a cuestionarse si todo este drama valía la pena por una simple unión?

—No le hagas caso, Pen —espetó la Srta. Fletcher con valentía—. Huye con el señor Spinster, yo...

—Tú te quedaste sin familia, tu tía murió hace dos meses y tu casa apenas y está amoblada porque tuviste que vender todo —le cortó Richmond con frialdad, inclinándose hacia el oído de la castaña—. Si mi hermana se va con Spinster esta noche, haré que termines en la cárcel porque tienes un par de cuentas que no estás pudiendo saldar.

La castaña palideció, pero incluso así no pensó en su bienestar.

—Vete, Pen.

Ella tenía coraje, pero ellos jamás podrían dejarla atrás, por lo que tenía que existir otra manera de huir de esa emboscada.

—No puedo casarme con el conde —sollozó Penelope con desespero y entrelazó sus manos con valentía—. Lo nuestro es inevitable, esto ya no puede romperse —se tensó.

Ella estaba insinuando que su matrimonio se consumó antes de tiempo para que Warrington diera marcha atrás en cuanto a su compromiso.

—¿Estás diciendo que se aprovechó de ti y tomó tu virtud? —inquirió Richmond con furia desmedida y el conde ni siquiera se inmutó—. Bueno, ahora mismo lo único que puedo hacer es defender tu honor y matar a este desgraciado. —El cañón dejó de apuntar la sien de la castaña y se dirigió hacia él, por lo que sin siquiera pensarlo apartó a Penelope de su lado.

—¡No! —gritaron las dos mujeres.

—¡Arg! —rugió el duque por el cabezazo que la Srta. Fletcher le brindó y ella se abalanzó a su brazo para evitar que el arma siguiera apuntándolo.

Ambos empezaron a forcejear.

—¡Debes irte, Travis! —gritó Penelope, tan blanca como una hoja, y él apretó la mandíbula con disgusto.

—No dejaré que te cases con ese hombre —soltó con impotencia, no dejaría que dos mujeres se sacrificaran por él.

—Vete, por favor, él quiere matarte —lloró con desespero y lo empujó del brazo hacia la ventana—. No puedo permitirlo.

—No me iré.

—Eres la única persona que he llegado a amar de verdad, no puedo permitir que mi hermano te mate.

Su corazón empezó a bombear sin control alguno, ¿ella lo amaba?

Lejos de instarlo a abandonar la estancia, esa confesión hizo que la rodeara en sus brazos y la pegara a su cuerpo.

—No puedo irme, no quiero dejarte —musitó con desespero y el grito de la castaña les advirtió que el duque había ganado el forcejeo.

Cuando lo buscaron con la mirada, él se estaba enderezando mientras apartaba la sangre de su nariz. Travis posó los ojos en la Srta. Fletcher, quien se quejaba de dolor en el piso y se arrastraba hacia ellos.

—¡Olivia! —Penelope quiso socorrer a su amiga, pero entonces se dio cuenta que lo mejor sería permanecer delante de él para protegerlo con su cuerpo—. Es suficiente, Augustus —lo desafió—. No seguiré tus órdenes, amo a Travis y no me casaré con otro hombre que no sea él.

—Hazte a un lado —ordenó con voz temblorosa, mirando de reojo con preocupación a la castaña, quien empezaba a incorporarse con lentitud—. Tengo una puntería maravillosa, dispararé contigo ahí si es necesario.

Ella se rehusó a obedecerlo, pero Travis vio la verdad y la locura en los ojos del hombre. Él realmente iba a dispararle y él no podía permitir que Penelope corriera tanto peligro.

Desde el día que la secuestró, supo que las cosas podrían terminar así, por lo que no le tenía miedo a un simple cañón. Si su destino era casarse con Penelope, la vida se encargaría de que así fuera, por lo que, sin previo aviso, sujetó a la pelinegra de sus delicados brazos y la empujó hacia un costado.

—¡No, Travis! —sollozó ella y tal y como lo predijo, el disparo retumbó por el lugar.

No obstante, el dolor nunca se extendió por su cuerpo y la sangre abandonó su rostro cuando ante él aparecieron los ojos castaños de la Srta. Fletcher. Por un momento, no pudo descifrar lo que acababa de suceder, puesto que ella ni siquiera se quejó por el dolor y el silencio en la estancia le pareció casi escalofriante, pero toda su fe se esfumó cuando Olivia Fletcher se desplomó sin previo aviso y él logró sujetarla a tiempo para ver como la sangre manchaba su capa al lado izquierdo de su espalda.

Maldición.

¿Qué diablos acababa de suceder?!

—¡Olivia! —No fue el grito de Penelope el que retumbó en el lugar, sino el de Augustus Humphrey, quien soltó su arma como si fuera el mismísimo fuego y se arrodilló frente a él para observar el resultado de sus acciones—. No puede ser —percibió la desesperación en su voz y no hizo nada cuando tomó a la castaña en brazos y salió de la herrería para ir en busca de ayuda, con Penelope y él pisándole los talones.

Capítulo 19

Penelope no podía dejar de tiritar.

Su egoísmo hizo que su mejor amiga terminara herida, dado que nada de esto habría sucedido si ella no hubiera mentido sobre el hecho de que Travis tomó su virtud. Si hubiera obedecido a Augustus desde un principio, él nunca habría sacado su arma ni hubiera caído tan bajo como para amenazar a Olivia y a Travis de muerte.

Apartó las lágrimas de sus mejillas con impotencia y cuando se volvió hacia su hermano con toda la intención de insultarlo y decirle un par de verdades, las palabras no pudieron salir de su boca.

Él estaba pálido, se veía tan absorto en sus pensamientos que estaba segura de que, si decidía huir nuevamente con Travis, él ni siquiera lo notaría.

La última hora había sido una pesadilla.

Olivia había gritado por más de veinte minutos cuando extrajeron la bala de su brazo y ella no pudo hacer más que observar, puesto que los hombres se encargaron de sujetarla para que el doctor y su ayudante pudieran hacer su trabajo.

¿Por qué lo hizo?, ¿acaso no se percató del peligro que meterse en medio de Travis y Augustus podría representar?

—Ella está bien. —Agradeció en silencio que Travis la envolviera en sus brazos y se apoyó en su pecho con abatimiento—. Trata de calmarte, por favor.

—No lo entiendo —sollozó con amargura y observó a su hermano con rencor—. ¿Cómo pudiste hacer algo así? —rompió el abrazo y se acercó a Augustus para empujarlo por el pecho—. Amenazaste a nuestra amiga con una pistola, nunca aceptaste mis sentimientos, intentaste matar al hombre que amo y trajiste al conde contigo. ¡Jamás te lo perdonaré! —explotó y de no haber sido por Travis, que la rodeó con sus brazos por detrás, ella habría clavado una bofetada en el rostro de su hermano.

—¿Crees que quería traer a ese imbécil conmigo? —arrastró sus palabras y la miró con frialdad—. ¿Crees que disfruto de la situación? ¿Qué mi intención era dispararle? —señaló a Olivia y su voz tembló—. Desde que Spinster te secuestró, las cosas no han hecho más que complicarse en Richmond House.

—Vi cómo peleaste con ella, te atreviste a lanzarla al piso, cualquiera pensaría que tu intención siempre fue deshacerte de Olivia.

—¡Eso no es verdad! —explotó y Travis la cubrió con su cuerpo.

—Deben calmarse, no ganarán nada discutiendo en la habitación de la Srta. Fletcher —siseó, la mujer estaba bajo los efectos del láudano y lo menos que necesitaban era que despertara.

—Mi intención nunca fue lastimarla —aclaró Richmond con impotencia y Penelope negó con la cabeza.

—Tus acciones me hacen pensar lo contrario —fue sincera y su hermano se enderezó en toda su altura para ganar algo de autoridad.

—Durante mucho tiempo dejé que pensaras lo que te convenía, pero veo que a estas alturas no tengo más remedio que abrirte los ojos.

Sus palabras le helaron las venas.

—¿A qué te refieres?

—¿Crees que te entregaría al conde maldito sólo porque él pidió tu mano en matrimonio? —la

garganta se le cerró—. No, ¿verdad?

—Admite que tu intención es deshacerte de mí, estoy arruinando tus planes.

—¡Eso no es cierto! —se exasperó.

—Empieza a controlar tu ira o tendremos muchos problemas —lo amenazó Travis al notar la tensión en el cuerpo del pelinegro y él se río sin humor alguno.

—Si de verdad la amas, supongo que terminarás haciendo lo correcto —farfulló con rencor.

—¿A qué te refieres con hacer lo correcto? —lo miró confundida y su hermano se tomó un par de segundos antes de decir:

—¿De verdad crees que nuestro padre murió milagrosamente una noche antes de que te llevara con el duque de Ruthland? —un tenso silencio se cernió sobre ellos y el pánico la invadió al ver la amargura en su rostro—. La razón por la que debes casarte con el conde de Warrington es porque él nos tiene en sus manos y si no seguimos sus órdenes, todos se enterarán de que maté a nuestro padre.

—¿Qué? —dijo un paso en su dirección, totalmente conmovida, pero él retrocedió dos—. Augustus...

—Estaba harto de sus abusos y sabía que una vez que se deshiciera de ti, no tardaría mucho en hacer lo mismo con Charlotte y Arabella. —La voz le tembló—. No podía permitirlo, yo le prometí a nuestra madre que cuidaría de ustedes hasta el final.

¿Por qué nunca pensó que la muerte de su padre fue muy oportuna? Él nunca fue un hombre enfermo, para la desgracia de muchos, el difunto duque gozaba de una excelente salud.

—¿Él me eligió?

—Me temo que sí —susurró.

—Si él revela la verdad, la corona podría colgarte por asesinato —soltó con un hilo de voz y su hermano asintió.

—Eso no es lo peor de todo, ustedes se quedarían solas, sin derechos ni título, y todos los bienes y el dinero del ducado sería confiscado.

¿A quién le importaba el dinero?

¡Ella no quería que mataran a su hermano por su culpa!

—No ha sido una decisión fácil, incluso estuve averiguando maneras de impedir la concepción, pero me temo que eso no es todo.

—¿Hay más? —la piel se le erizó.

—Tenemos tres hermanas bastardas y él las tiene en la mira, conoce a cada una de ellas y planea utilizarlas a su antojo.

Bajó los hombros, derrotada.

En pocas palabras: el conde de Warrington los tenía en sus manos.

—Pensé que con el secuestro él olvidaría todo, pero no fue así. Yo nunca quise traerlo conmigo, pero me tenía tan bien vigilado que cuando llegó la misiva de Spinster, él ya se encontraba listo para unirse al viaje.

Augustus había cargado con mucho totalmente solo y estaba claro que lo juzgó duramente y sin razón alguna durante todo este tiempo.

—No quise dispararle —la voz masculina tembló y ella corrió hacia él para abrazarlo—. Ya no soporto esta situación, le he hecho cosas horribles.

No quería ni imaginarse lo angustiado que debió sentirse todo este tiempo.

—Eres una Humphrey, la hija de un duque y puede que te esté pidiendo más de lo que debería, pero no quiero ni imaginarme qué tipo de vida tendrían ustedes si llego a faltarles —la abrazó con fuerza y Penelope empezó a llorar en silencio—. Somos afortunados de haber nacido

en esta cuna, pero el precio es que debemos aprender a sacrificar ciertas cosas por el bien de nuestra familia.

La buscó con la mirada y ella sollozó en respuesta. Esto estaba siendo muy duro para ella, pero su egoísmo tenía un límite y si bien Travis era el amor de su vida, ella nunca pondría la vida de su hermano en riesgo cuando él mató a su padre para protegerla.

Le debía un favor, tal vez incluso le debía la vida.

—Entiendo.

Se volvió hacia Travis con el corazón hecho añicos y de cierta manera agradeció que él hubiera escuchado la conversación. No lo dejaría por falta de amor, sino porque debía cumplir con su deber.

—Perdóname, Travis.

—¿Acaso no existe otra manera? —la voz masculina tembló—. Podríamos pagar por su silencio o...

—Le he ofrecido muchas cosas —musitó Augustus con pesar—, pero Warrington sólo quiere casarse con ella.

Penelope odió que una lágrima bajara por su mejilla y cuando él intentó acercarse, dio un paso hacia atrás.

—Pen...

—Te amo —confesó sin cohibición alguna—, quiero que sepas que eres mi primer y único amor.

—Yo también te amo —su mandíbula tembló—. Te amo tanto que sé lo que tus ojos me piden.

Su cuerpo empezó a tiritar sin control alguno, este era el final.

—Sólo deseo tu felicidad y me temo que jamás podré dártela.

—No sé cuánto tiempo tenga, pero te prometo que encontraré una solución —afirmó él con claridad y se acercó a ella para envolverla en sus brazos—. Esto no se quedará así, mi amor.

—Te deseo todo lo mejor —susurró, bastante segura de que nada de lo que él hiciera cambiaría la dura realidad—. Lo mejor será que te marches.

¿Por qué alargar esta tortura?

Su hermano había hablado con la verdad y Penelope comprendía cuál era su deber, por lo que aferrarse a Travis sería absurdo. La vida los quería separados y mientras más rápido aceptaran su realidad, mejor.

Una vez que el castaño abandonó la habitación de su amiga, Penelope dejó que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas con violencia. No podía abandonar a su hermano en una situación como esta, menos cuando él hizo todo lo que hizo para salvarla de un mal matrimonio.

—Lo siento mucho, Penelope —sus palabras la tomaron por sorpresa y se volvió hacia él, su semblante no era mejor que el suyo—. Llevo meses tratando de encontrar una solución, lo menos que deseo es entregarte a ese hombre, pero ya no sé qué más hacer.

—Entiendo mejor que nadie —musitó con aspereza.

—Él está encaprichado contigo.

—Si tan desesperado estabas, ¿por qué no hablaste con la verdad desde un principio? —posó los ojos en su amiga—. ¿Realmente era necesario llegar a esto?

Augustus bajó el rostro y negó con desesperación.

—Créeme que lo último que quería era que ella terminara herida.

—Amo a Travis y quiero que a partir de ahora dejes de arruinar sus proyectos —informó con voz débil y se acercó a la cama para cerciorarse de que Olivia no estuviera con fiebre.

—Está bien.

—Olivia no tiene a nadie y sin importar lo mucho que te desagrade, yo siempre cuidaré de ella. —No recibió una respuesta—. Quiero que consigas otro carruaje para nuestro regreso, estoy segura de que lo menos que ella necesita es tenerte cerca.

—Penelope...

—Por favor —rogó con desespero.

Después de un tenso silencio, él logró recuperar la voz.

—Las personas como nosotros, pocas veces podemos casarnos por amor.

Sus palabras fueron dichas con tal angustia, que por un momento pensó que en algún momento de su vida él llegó a sentir lo mismo que ella estaba sintiendo. Pero luego se rio con ironía y negó con la cabeza, el duque de Richmond fue criado para gobernar, estaba segura de que las únicas personas que él amaba eran sus hermanas y ella.

—¿Cuándo volveremos a Londres? —quiso saber—. No me casaré en Escocia.

En Gretna Green las bodas se celebraban por amor y evidentemente ese no era su caso.

—En tres días, es necesario que ella se encuentre en un estado óptimo para tolerar el viaje.

Esa noche, Olivia había hecho mucho por ella, por lo que suponía que era normal que sintiera que le debía la vida. Gracias a ella, Travis seguía vivo y su hermano no era un asesino. Sin embargo...

—Debes guardar su secreto —lo miró significativamente y él palideció.

—No pensaba decirlo, estuve al tanto de la situación desde un principio. —Ella se rio sin humor alguno—. ¿Por qué te ríes?

—Porque incluso conociendo la verdad, no le ofreciste tu ayuda a pesar de todo lo que vivimos junto a ella y su madre.

—Penelope... —endureció su voz.

—Ahora entiendo por qué dejó de ser tu amiga.

—Tú no entiendes nada, mi vida ha estado llena de sacrificios —escupió con disgusto y ella lo fulminó con la mirada.

—Está bien, entiendo que ser una Humphrey es un sacrificio, no necesitas restregármelo a la cara —la visión se le cristalizó—. Puedes irte, te doy mi palabra que no huiré y regresaré a Londres con ustedes. A partir de ahora yo cuidaré de Olivia.

La conversación había llegado a su fin, no había nada más que discutir y si era sincera no quería seguir hablando con él.

Estaba claro que su hermano nunca cambiaría.

Travis nunca renegó para sus orígenes, siempre fue seguro de sí mismo y luchó con creces para demostrarle a la gente que no necesitaba de un título para llegar lejos, pero ahora mismo empezaba a comprender el por qué su amor con Penelope siempre se vio como algo imposible.

«Porque es imposible», le dijo una vocecilla y detuvo su marcha a mitad del pasillo para apoyarse en la pared.

Ellos se amaban, pero la realidad era que no podían estar juntos.

Siempre sospechó que el duque estaba siendo chantajeado por el conde, pero nunca se imaginó que la situación sería tan delicada. Estaban hablando de un crimen que podría condenar a toda la familia de Penelope si salía a la luz y en esta ocasión no sólo se trataba de que él estuviera ahí para apoyarla a ella y sus hermanas, sino que, si decidían arriesgarse, Richmond

podría ser colgado por traición.

Penelope jamás podría vivir con una culpa tan grande y él jamás podría tolerar ser el causante de tal dolor.

—Nada de esto habría sucedido si usted fuera consciente de cuál es su lugar en sociedad —la voz del conde de Warrington a su espalda lo obligó a regresar a la realidad y se enderezó con lentitud para esconder su malestar.

No dejaría que ese desgraciado lo viera en un momento de tanta vulnerabilidad.

—Me gusta mi lugar en sociedad —se volvió hacia él y lo miró con desprecio—. Porque la gente como yo, no es tan ruin como la gente como ustedes.

El rubio se tensó y apretó la mandíbula en respuesta.

—Tú no tienes idea de cómo se maneja la nobleza, los acuerdos matrimoniales son muy normales entre nosotros.

—Usted lo ha dicho: los acuerdos.

La comprensión brilló en los ojos del hombre.

—¿Él te lo dijo?

—Ya ha matado a tres mujeres —ignoró su pregunta—, ¿por qué simplemente no acepta quedarse soltero? —escupió con rencor y el hombre palideció.

—Yo no maté a nadie —siseó.

—Claro que lo hizo, sus tres esposas murieron en el parto y está claro que su egoísmo es tan grande que no teme sumar una nueva víctima a su lista.

—¡Yo no fui responsable de esas muertes! —bramó con impotencia—. Eran muy jóvenes y frágiles, por esa razón he elegido a lady Humphrey.

—Mentira, usted está maldito.

El conde cerró las manos en dos puños con impotencia, al parecer odiaba ese apelativo.

—Si ese fuera el caso, ese tema ya no es asunto suyo.

—Claro que lo es —la voz le tembló—, es la mujer que amo la que está en peligro.

—¿Amor? —torció los labios con disgusto—. No sea iluso, Spinster, eso no existe entre la nobleza inglesa.

—Tal vez no existe para usted —aclaró, dado que él conocía a muchas personas que sí se amaban y eran felices en su matrimonio—, pero ella también me ama y si tuviera un poco de decencia, buscaría a otra mujer a la cual desposar.

—Nadie quiere entregarme a su hija —se encogió de hombros—. Soy un conde, debo tener un heredero y no descansaré hasta conseguirlo.

—¿Cuánto dinero quiere? —se escuchó diciendo y el hombre lo miró con fijeza—. Le daré lo que sea, pero no se meta con Penelope y su familia.

No quería perderla, ¡no deseaba que ella corriera con la misma suerte que las antiguas condesas de Warrington!

—No necesito dinero, lo tengo de sobra.

Estaba claro que no lograría llegar a ningún acuerdo con ese hombre. Giró sobre su eje con toda la intención de marcharse, pero lo siguiente que escuchó hizo que parara en seco.

—Nos casaremos en cuatro semanas, si consigue una mujer que esté dispuesta a casarse conmigo y sea de buen ver, liberaré a la familia Humphrey de todas las ataduras que los unen a mí. No tiene que ser una lady, no tiene que tener dinero, pero no quiero que sea tan joven como para correr algún riesgo en el parto.

La garganta se le cerró.

¿Dónde diablos conseguiría a una mujer que estuviera dispuesta a casarse con el conde

maldito?

Sea como sea, tenía cuatro semanas para buscar y encontrar una.

Capítulo 20

*“¿Qué es mejor, ser una solterona o la siguiente condesa de Warrington?
Es evidente que para Penelope Humphrey, una unión matrimonial es más importante que
cualquier otra cosa
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

Penelope observó en silencio como su amiga se llevaba una tostada con mermelada a la boca y no se inmutó cuando Olivia conectó sus miradas, le parecía de lo más normal estar vigilándola, puesto que ella aún seguía en proceso de recuperación y el viaje desde Escocia no había sido nada corto.

—Ya te dije que estoy bien —la regañó con la mirada—, deja de mirarme como si fuera atragantarme.

Sí, ella se sentía mucho mejor, pero incluso así no quería dejarla sola.

—¿Por qué lo hiciste? —quiso saber, habían llegado a Londres hace cuatro noches, pero era la primera vez que ella mostraba indicio de querer iniciar una conversación.

Su amiga le dio un sorbo a su taza de té y negó lentamente con la cabeza.

—Nunca antes te había visto tan desesperada y temía que tu hermano cometiera un error del cual pudiera arrepentirse toda su vida, así que no lo pensé mucho y simplemente me puse en medio.

—Incluso así, Olivia, pudo costarte la vida.

Ella tiritó y asintió con comprensión.

—Lo sé, pero en ese momento la vida de Spinster parecía más valiosa. Tú lo amas y él te ama, desde mi perspectiva no era justo todo lo que estaban viviendo.

Penelope se frotó la frente con frustración.

—¿Qué habría pasado si la bala llegaba a tu cabeza o a tu pulmón? Tuviste mucha suerte.

La castaña se dio varios segundos para analizar la situación.

—¿Crees que tengo suerte? —su voz bajó una octava—. ¿Acaso no te das cuenta de lo mala que es mi situación? —sus miradas se encontraron—. Cuando esté totalmente recuperada, tu hermano me echará a la calle y todo Londres sabrá de mi desgracia y ningún hombre querrá casarse conmigo.

En ese momento, la comprensión la golpeó con fuerza.

—Lo hiciste a propósito —soltó con un hilo de voz y su amiga se encogió de hombros.

—Estoy cansada de fingir que todo está bien, ¿de acuerdo?

Por todos los cielos, ella atentó contra su propia vida y si lo hizo una vez, ¿qué garantía tenía de que no lo intentaría de nuevo?

Abandonó su lugar en el sofá para sentarse frente a ella y sujetar sus manos con firmeza.

—Sé que la muerte de tu tía fue dura, pero me tienes a mí, Olivia.

—Y en ese momento sólo quería que seas feliz —reconoció y la visión se le cristalizó, ahora entendía mejor por qué su madre siempre la quiso como a una hija—. Lo siento, lamento que las cosas hayan terminado así y tu boda con el conde vaya a efectuarse en tres semanas.

—Lo importante es que tú y Travis están bien —la abrazó con suma delicadeza—. Y descuida, te aseguro que mi hermano no actuará en tu contra —conectó sus miradas—. Él se siente muy culpable por lo que sucedió, el hecho de que recibieras el disparo hizo que él dejara

de pensar en Travis y se encargara únicamente de ti.

—Sabes que tarde o temprano debo irme de tu casa, este nunca será mi hogar.

—Pero no estás sola —aclaró—. Nos tienes a Lillas, a Kate y a mí.

—Lo sé —sonrió con amargura— y doy gracias por eso, pero mi meta no es trabajar en un club por el resto de mi vida.

—Porque quieres una familia, ¿verdad?

—Estar sola es horrible —confesó con amargura y Penelope volvió a abrazarla.

—Tranquila, pase lo que pase, siempre estaré a tu lado y te ayudaré en todo momento.

Aunque el hecho de que fuera a casarse con el conde de Warrington no hacía más que generarle la pregunta de cuánto tiempo sería un *siempre* para ella.

Una hora más tarde, su doncella le informó que Olivia tenía visitas y ella agradeció en silencio que sus amigas estuvieran ahí. Tenía la leve sospecha de que nada alegraría más a Olivia que ver a Lillas y Kate.

—Dios mío, ¿qué fue lo que te sucedió? —inquirió Lillas nada más ingresar a la habitación y se acercó a su amiga—. Te ves muy pálida, cariño, ¿te sientes cómoda aquí? —acunó su rostro—. ¿El doctor ya te revisó?

—Estoy bien —le sonrió con ternura—, un poco cansada, pero bien.

—¿Qué se siente recibir un disparo? —preguntó Kate con curiosidad, sentándose al otro lado de la cama, y en ese momento Penelope arrugó el entrecejo, confundida.

—¿Cómo sabes que recibió un disparo? —frunció el ceño—. Un momento, ¿cómo se enteraron de que Olivia está delicada?

—El duque nos escribió y en su misiva nos pidió discreción, así que no te preocupes.

—¿Qué? —abrió los ojos con sorpresa.

¿Su hermano se tomó la molestia de escribir a dos mujeres escandalosas y que claramente nunca fueron de su agrado sólo para hacer sentir mejor a Olivia?

—Sí, cree que nuestra visita ayudará a la recuperación de Olivia.

Penelope miró a su amiga con fijeza, estaba segura de que ambas estaban pensando lo mismo. La culpabilidad estaba carcomiendo a Augustus por dentro y por alguna extraña razón, ese hecho no la dejaba sentirse tranquila. Tal vez estaba molesta con él por sus acciones erróneas y excesivas, pero no por eso olvidaría todo lo que hizo por ella en el pasado.

—¿Quién te disparó? —la pregunta de Lillas la hizo volver en sí y agradeció en silencio que Olivia inventara una mentira y liberara a su hermano de esa culpa—. Duele mucho, Kate, la sensación es tan abrumadora que simplemente me desmayé.

La rubia se estremeció en respuesta y la abrazó.

—Desaparecieron de un momento a otro, no saben cuánto las extrañé.

—Es verdad —espetó Lillas con seriedad—, ¿qué fue lo que sucedió? —la buscó con la mirada—. ¿Dónde estuvieron metidas?, ¿de verdad fuiste enviada a Gales?

—Sí —mintió.

—Deja esa pregunta de lado —espetó Kate con rapidez, su amiga no era tan delicada a la hora de expresar sus pensamientos—, ¿cómo es posible que estés dispuesta a casarte con el conde de Warrington?, ¿es que quieres morir?

Penelope cerró los ojos con fuerza.

Claro que no quería morir, por supuesto que no deseaba casarse con Warrington, pero debido al secreto que ese hombre poseía de su familia, ellos estaban en la palma de su mano.

—Sí —susurró—, me casaré con el conde en tres semanas —se limitó a decir y por el resto de la mañana, inventó una historia y trató de aclarar todas las dudas de sus amigas, quienes no se

mostraron muy convencidas con sus palabras, pero gracias a los santos no hicieron nada para indagar en el tema.

Se marcharon después de la hora del almuerzo, puesto que su hermano las invitó a quedarse, y ella se preguntó si Augustus no se presentaría en la alcoba de Olivia para presentar sus disculpas.

Cuando el reloj marcó las once de la noche, Penelope dio por sentado que su día por fin había llegado a su fin, pero no supo qué pensar cuando Charlotte ingresó a su habitación con altanería, dejando más que claro que no se marcharía hasta obtener sus respuestas.

—Quiero saber qué sucedió. —Ni siquiera se molestó en saludarla.

—Nada que te interese —fue tajante, no deseaba hablar con ella de la situación.

—Estuviste tres semanas bajo el poder de ese vulgar americano y...

—¡No lo llares así! —bramó con enojo y su hermana selló los labios en una fina línea—. Él es Travis Spinster, refiérete a él con propiedad —escupió con enojo y Charlotte enarcó una ceja con cinismo.

—¿Qué fue lo que sucedió? —insistió—. No me creo el cuento de que Olivia recibió ese disparo por accidente. Augustus lleva todos estos días encerrado en su despacho y tú estás actuando de manera muy extraña. ¿Desde cuándo el americano es Travis Spinster? ¿Olvidas que ese hombre arruinó tu vida?

—Eso no es verdad —la voz se le quebró y no pudo evitar que una lágrima rebelde se deslizara por su mejilla.

—Penelope... —Charlotte abrió los ojos con sorpresa y ella le dio la espalda para apartar las lágrimas de su rostro—, ¿qué fue lo que sucedió? —en esta ocasión su voz sonó más suave y comprensiva.

Negó con la cabeza, ella no tenía por qué saber lo que estaba sucediendo.

—Sucedó que ella se está sacrificando por la familia y sería más prudente de tu parte tenerle algo de consideración. —La llegada de su hermano hizo que la sangre se le congelara y rápidamente lo buscó con la mirada, se veía delgado, ojeroso y cansado, lo más probable era que hubiera oído la discusión de camino a su habitación.

—¿Qué? —Charlotte miró a su hermano y luego a ella—. ¿De qué hablas?, ¿qué tipo de sacrificio está haciendo?

Penelope observó a su hermano y ladeó el rostro en modo de negación, él no necesitaba hablar de lo ocurrido con su padre. No había necesidad de revelar su secreto y manchar su imagen, ¡él hizo todo lo que hizo por amor!

Augustus centró su atención en su hermana y de la misma manera que lo hizo con ella, le explicó todo lo que sucedió hace siete años y confesó las razones que lo llevaron a matar a su propio padre, dejando claro que a pesar de ser el primogénito del difunto duque, siempre fue el hermano mayor que prometió hacer hasta lo imposible para que sus hermanas estuvieran bien.

Confesó que la intención de su padre era casarlas a las tres, entregarlas al mejor postor, y por esa razón no tuvo más remedio que hacer todo lo que hizo.

Se disculpó con ambas, pensando que quizá las hirió de alguna manera al quitarles a su padre, pero Penelope estaba segura de que ni Charlotte ni Arabella sintieron pena por ese hecho.

El día que su padre murió, ellas pudieron empezar a respirar con mayor libertad en ese lugar. Le debían la libertad, gracias a Augustus podían decir que tenían una vida cómoda y agradable.

Sintió un gran alivio en el pecho al ver como su hermana lo envolvía en sus brazos y agradeció con creces que en esta ocasión Charlotte hubiera sido más empática. A veces su hermana solía ser muy dura a la hora de juzgar a las personas.

—El conde nos tiene en sus manos y si Penelope no se casa con él, las consecuencias serán

muy graves —explicó finalmente y su hermana la buscó con la mirada.

—¿Y qué pasó con Spinster todo este tiempo que te tuvo secuestrada?

Penelope tiritó en respuesta y sonrió con amargura.

—Prefiero no hablar de eso. —Charlotte abrió los ojos con sorpresa.

—¿Te enamoraste de él? —más lágrimas bajaron por sus mejillas—. Lo siento tanto, Pen —se acercó a ella y posó una mano en su hombro. Su relación era tan distante que no tenían la menor idea de cómo brindarse consuelo—. Yo... no lo sabía.

—No tenías por qué saberlo —reconoció y fue Augustus quien la abrazó en respuesta.

—Perdóname, hermana, nunca quise que las cosas terminaran así.

—Ya nada importa —respondió con voz débil—, lo importante es que este secreto nunca saldrá a la luz.

Tal vez nunca podría estar con el hombre que amaba, pero al menos ahora sabía lo que era el amor y debía sentirse afortunada por eso.

Una vez que estuvo sola en su habitación, Penelope se acercó a la ventana y observó la ventana que tenía en frente. La habitación estaba en penumbras, nadie la estaba ocupando, por lo que quizá Travis decidió ser realista y empezó a ocupar la mejor alcoba de su hogar.

Sonrió con amargura.

Durante años la felicidad estuvo justo frente a ella, en sus propias narices, y no quiso verla por estúpida.

Augustus nunca rompía las reglas, al menos no mientras la gente lo estuviera viendo, pero ahora mismo era incapaz de dar marcha atrás y por esa razón cerró la puerta de la habitación de Olivia a su espalda y se adentró a la estancia con mucho cuidado.

Todos estaban dormidos, eran las tres de la mañana, pero si no se cercioraba con sus propios ojos de que ella se encontraba bien, no podría dormir tranquilo.

A medida que fue acercándose, pudo percatarse de que ella estaba recostada boca abajo y su larga cabellera castaña estaba atada en una trenza espesa. Lo más probable era que ella durmiera en esa posición debido a la herida que tenía en el brazo. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, decidió ignorar la desnudez de sus hombros y observó su brazo vendado.

Tuvieron que hacerle un par de refacciones a sus camisolas debido al estado de su brazo y él no entendía por qué su piel llamaba tanto su atención.

Estiró la mano para acariciar la venda y todos sus músculos se tensaron cuando ella separó los párpados con lentitud. Maldición, por un momento estuvo tentado a dar un paso hacia atrás, pero al darse cuenta de que eso sería demasiado cobarde de su parte, se acuclilló sobre su lugar para conectar sus miradas.

Al darse cuenta de la situación, ella se incorporó con esfuerzo y se aferró a las sábanas con fuerza.

—Tranquila, yo...

—¿Qué hora es? —se frotó el rostro con cansancio.

—Son las tres de la mañana.

Ella se tensó, pero finalmente asintió.

—¿Qué haces aquí? Dudo que seas capaz de echarme a las tres de la mañana. —Ella acababa de dejar las formalidades de lado y no le gustó las palabras que empleó para hacerlo.

—Mi intención no es echarte —se vio obligado a aclarar y sin previo aviso, se sentó en el

mullido colchón para envolverla en sus brazos—. Perdóname, Olivia, perdóname por todo, por favor.

Durante todo este tiempo la trató de una manera desastrosa, la llevó consigo en contra de su voluntad y se atrevió a lastimarla durante el viaje que hicieron a Escocia de maneras impensables.

—Voy a compensarte —sus manos se posaron en su delicada espalda y enterró el rostro en el cuello femenino—. He sido un salvaje, pero te juro que tengo mis razones y...

—Lo sé —le cortó con brusquedad y él presionó su agarre—. Quizá no estuve en mi mejor situación, pero los escuché en Escocia. —La buscó lentamente con la mirada.

—¿Estás al tanto...?

Asintió lentamente y cuando intentó empujarlo por el pecho, no permitió que lo moviera ni un ápice.

—Suéltame, no diré nada —insistió.

—Sé que no dirás nada —susurró con aspereza y sin siquiera pensarlo, besó su frente con ternura—. ¿No me juzgas?

—Lo hiciste por tu familia —susurró con voz tensa.

—Es verdad, yo...

—Pero es una lástima que al final de todo, no pudiste salvar a Penelope. —Un escalofrío recorrió su espina dorsal y la buscó con la mirada—. Si ella se casa con Warrington, todos sabemos lo que sucederá.

Y esa era la principal razón por la que no podía dormir tranquilo.

Quizá lo mejor que podía hacer era entregarse y esperar que Spinster ayude y cuide a sus hermanas de un desastroso futuro.

Capítulo 21

*“Me pregunto si en esta ocasión, la futura cuarta esposa del conde de Warrington podrá cambiar la maldición de su esposo
Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.*

Estaban a una semana de su boda y Penelope no podía dejar de cuestionarse si realmente era necesario seguir con toda esta farsa. Para Warrington no era un secreto que ella y su hermano lo odiaban, pero incluso así, seguía insistiendo en realizar un cortejo adecuado para que la gente no iniciara con horribles rumores en cuanto a su unión.

—Creo que estos paseos son innecesarios —se atrevió a decir y el conde ni siquiera se inmutó y siguió con su caminata—, lo único que consigue con esto es que lo repudie más.

—Creí que, para una mujer como usted, aceptar la realidad no sería tan difícil, milady.

—¿A qué se refiere? —detuvo su marcha y se acercó a la banca más cercana del parque, ya no se le apetecía caminar.

—Ambos nacimos en la misma cuna —se sentó junto a ella y estudió el paisaje con indiferencia—, tenemos obligaciones que cumplir.

Penelope empuñó su falda con impotencia.

—¿Por qué yo?

—Porque tiene veintitrés años, es lo suficientemente mayor como para sobrellevar un parto y su hermano es el único noble al que puedo sobornar por el momento. —La garganta se le cerró.

—Y ese juego de manipulación terminará una vez que nos casemos, no me gustaría creer que a partir de ahora mi hermano será su marioneta.

—Su secreto me tiene sin cuidado —conectó sus miradas—, así que puede estar segura de que olvidaré todo con bastante facilidad si ustedes cumplen su parte del trato.

—Eso quiere decir que no le intereso.

El rubio se rio con diversión.

—¿Por qué me interesaría? Ni siquiera la conozco —era un hombre frío y directo.

—Si me hubiera casado con Travis, ¿habría elegido a mi hermana?

El conde no le dio una respuesta.

—Él aún no se ha dado por vencido —le contó distraídamente, helándole las venas—. Le dije que, si conseguía una esposa para mí, cancelaría todo y le brindaría su libertad.

—¿Qué? —abrió los ojos con horror.

—No se ilusione, le aseguro que esa tarea no es nada sencilla. —La garganta se le cerró—. Sin embargo, me agrada la idea de despejar la mente y dejar que alguien más la haga por mí.

Era un desgraciado sin escrúpulos.

—¿Cómo se enteró de nuestro secreto? —quiso saber.

—El valet de su padre fue despedido después de su muerte y terminó trabajando para mí, es increíble la cantidad de secretos que guardan consigo. —Augustus debió considerar las cosas antes de echar de su casa a todo aquel que hubiera apreciado a su padre—. Y sobre sus hermanas, le sorprendería saber que una de las bastardas es mi propia hermana.

La piel se le erizó, ¿había escuchado bien?, ¿lady Lacey era su media hermana?

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Mi madre me lo confesó antes de morir, su padre era un hombre despreciable.

Dios santo, ahora entendía por qué su hermano no quería que esos secretos salieran a la luz.
¡Sería su ruina total!

—No quiero morir —confesó uno de sus más grandes temores y el conde se tensó.

—No lo hará, abandonaremos Londres para que dé a luz muy lejos de esta tierra.

—¿Qué? —chilló—. Puede que sean mis últimos meses de vida y quiere alejarme de mi familia.

—No serán sus últimos meses —zanjó con enojo y la fulminó con la mirada—. Yo me encargaré de que todo salga bien, ¿me entiende?

En ese momento Penelope se percató de que el conde estaba tan asustado y preocupado como ella en cuanto a la situación, él no quería lastimarla.

—No es un mal hombre —dedujo de pronto y el rubio suspiró.

—Yo sólo estoy cumpliendo con mi deber, ¿es tan difícil de entenderlo?

No, no era difícil entenderlo porque ella estaba haciendo exactamente lo mismo.

—Lamento que las cosas hayan terminado así.

—Una vez que me dé a mi heredero, usted podrá reunirse con él siempre y cuando sean discretos. —Se tensó, ¿le estaba dando la libertad de tener un amante?—. Entiendo que no es sencillo encontrar el amor y no quiero alejarla de ese hombre, pero usted debe entender que las personas como nosotros pocas veces nos quedamos con las personas que realmente amamos.

—Suenan igual que mi hermano —sonrió con amargura.

—Lo entendemos más rápido cuando somos la cabeza de nuestra familia.

Al menos tenía el consuelo de que Augustus nunca sería capaz de enamorarse de una mujer que no fuera adecuada, lo menos que deseaba era que él sintiera todo lo que ella estaba sintiendo.

El privilegio de ser un Humphrey se estaba convirtiendo en su peor maldición.

—Hay algo que debo decirle —las palabras masculinas la arrancaron de su letargo y lo buscó con la mirada—, creo que debería buscar a Spinster.

—¿Por qué dice eso? —se tensó, ¿qué tipo de hombre le sugeriría algo así a su prometida?

—Porque él no está bien, se ha metido en más de una pelea en Los cuadriláteros del infierno y sé que hoy estará en Las garras de Lucifer.

La idea de que Travis estuviera frecuentando esos clubes no le gustaba en lo más mínimo.

—No piense mal, le dije que no necesariamente debía traerme una lady o una mujer de buena cuna —se explicó—, creo que está viendo si existe algún hombre o mujer que quiera emparentar conmigo.

—Mi hermano no me permitirá acercarme y no tengo la menor idea de cómo puedo entrar a Las garras de Lucifer.

—¿Está segura de que nadie puede ayudarla?

Se tensó.

—¿Qué es lo que sabe?

—Sé muchas cosas y podría jurar que Lilius Aldrich tiene sus contactos —lo miró con frialdad—. No se preocupe, no acostumbro a sobornar a las personas y menos cuando sé que su familia política podría matarme con bastante facilidad.

—¿De casualidad no es amigo de lady Berricloth? —el hombre se rio, pero ella no descartó esa idea.

¿Cómo era posible que estuviera al tanto de secretos tan importantes?!

—¿Quiere que la lleve a la casa de su amiga?

—¿Por qué me ayuda? —Ese hombre era una gran contradicción.

—Porque no quiero que mi matrimonio con usted sea un infierno, mi intención no es ser un

mal esposo.

—Está bien —susurró con voz débil.

¿A quién quería engañar?

Necesitaba reunirse con Travis, llevaba noches sin poder dormir bien debido a la preocupación y no quería que él se metiera en problemas por su culpa.

Travis jamás se imaginó que, en una etapa tan abundante de su vida, llegaría a sentirse como un bueno para nada. Llevaba dos semanas buscando una mujer que quisiera casarse con el conde y no importaba cuanto dinero ofreciera, nadie quería tomar el puesto de Penelope.

¿Es que acaso no existía una solución?, ¿de verdad estaba destinado a ver como la mujer que amaba se marchitaba junto al hombre equivocado?

El tiempo pasaba y la situación no hacía más que complicarse porque ellos habían sido vistos en eventos sociales, en museos e incluso paseando por Hyde Park, lo que quería decir que el compromiso iba muy en serio y el conde no tenía la más mínima intención de hacerse a un lado.

—¿Desde cuando te escondes? —la voz de su cuñado lo arrancó de su letargo y giró sobre su eje con rapidez, no muy seguro de qué pensar al ver a Zachary e Ibrahim ahí—. Si no era por Sutherland, dar contigo habría sido tarea imposible —se quejó y Travis apartó el sudor de su frente con enojo y volvió a clavar un puño en su saco de boxeo.

—Quiero estar solo, no vine a Las garras de Lucifer para reunirme con ustedes.

¿Es que ellos no podían aceptar su decisión?

¡Él no necesitaba la ayuda de nadie!

—Si querías estar solo, debiste pensar las cosas mejor antes de hacerte nuestro amigo —espetó su cuñado con seguridad y tiró de él hacia atrás para alejarlo del saco de boxeo—. Habla, Travis, ¿qué es lo que está sucediendo? Desde que anunciaron el compromiso de lady Penelope con el conde de Warrington has estado actuando extraño.

—No es su problema.

—Si es tu problema, también es nuestro —espetó Ibrahim con disgusto—. ¿Estás molesto porque no pudiste casarte con ella?

—¡Claro que estoy molesto! —explotó—. Ella me confesó su amor el día de nuestra boda, pero su hermano llegó y todo se echó a perder.

—Podemos secuestrarla de nuevo —sugirió King y él negó con la cabeza.

—No es tan sencillo.

Esto ya no se trataba de una guerra de voluntades, la situación de la familia Humphrey era muy delicada.

—Explícanos qué está sucediendo —insistió su cuñado y él suspiró con cansancio.

—Sólo puedo decirles que la única manera de evitar esa boda es consiguiendo una mujer respetable que esté dispuesta a casarse con ese hombre. —El silencio cayó sobre ellos—. He buscado por todas partes, he ofrecido gran parte de mi fortuna, pero nadie quiere arriesgar su vida. —Sus amigos intercambiaron una rápida mirada—. Lamento mucho por no haber podido recuperar el terreno —lo más probable era que eso los tuviera preocupados—, yo...

—¡No se trata del terreno, Travis! —bramó su cuñado con disgusto—. Estamos preocupados por ti porque estás a punto de perder a la mujer que amas y no podemos permitirlo. —Su corazón se encogió en respuesta—. ¿Estás seguro de que eres correspondido?

—Sí, ella me lo dijo —susurró—, pero lo nuestro es imposible.

—No existen imposibles —farfulló Zachary y empezó a caminar de un lugar a otro con rapidez—. ¿Una mujer respetable y soltera es lo que necesitamos?

—Nadie quiere entregar a su hija.

—Bien, dejemos de buscar dentro de las hijas de los nobles y vámonos al club de las solteras. —Dudaba mucho que Penelope quisiera exponer a sus amigas a tal peligro—. ¿Qué me dices de tu secretaria, Cumming?, ¿no quiere casarse? Es linda, respetable y lista.

—No te metas con Eugenia —respondió el castaño atropelladamente y con disgusto, apagando sus esperanzas—. Su primo, el barón de Mountevans, nunca lo permitirá y yo tampoco.

Para nadie era un secreto que el hombre apreciaba mucho a su empleada.

—Entiendo —zanjó el rubio—, ¿tienes una lista de mujeres huérfanas, sin dinero ni familiares?

Se tensó, no había pensado en ese tipo de mujeres.

—No, no tengo y dudo que pueda encontrar alguna en los siguientes siete días. El tiempo está en mi contra, no puedo cambiar a la novia del conde el mismo día de su boda.

—¿Por qué no?, ¿él te puso algún tipo de condición al respecto?

No, no lo había hecho, pero...

—Yo no soy tu hermano mayor, ni sus amigos. Soy un simple americano con suerte —farfulló derrotado y se apoyó contra el gran pilar.

—¿Y esa no debería ser una razón suficiente para que dejes de pensar en las normas sociales? —siguió motivándolo y lo buscó con la mirada—. Vamos a ayudarte, recaudaremos todos los nombres existentes y si es necesario iremos a verlas una por una.

—¿Qué? —se enderezó con rapidez.

—Eugenia puede ayudar en eso —observó Ibrahim más tranquilo.

—¿Por qué perderían su tiempo en algo así? —frunció el ceño.

—Porque se supone que, si tienes problemas, las primeras personas a las que deberías recurrir son tus amigos. —Esa voz hizo que la piel se le erizara y giró sobre su lugar para ver a Alanis y Laurine ahí.

Ambas se veían muy molestas y llevaban prendas masculinas para camuflar sus identidades. Le dio un vistazo a su cuñado y este se encogió de hombros, él amaba meterlo en problemas.

—¿Por qué les hablaste de esto? —lo acusó con la mirada.

Sólo él podría acceder a la condesa de Grafton y a la marquesa de Winchester con tanta facilidad. Sujetó su camisa para cubrir la desnudez de su torso y no precisamente porque ellas fueran delicadas, sino porque no quería fastidiar a sus esposos, y negó lentamente con la cabeza.

—Agradezco que se preocupen por mí, pero les aseguro que no es necesario que se involucren.

—Tenemos siete días. —Laurine ignoró sus palabras y él cerró los ojos con frustración, habían escuchado su conversación.

—Si no conseguimos una novia, impediremos que el conde llegue a su boda —acotó Alanis y él la miró como si estuviera loca.

—No puedo secuestrar a un conde.

—Tú no, pero nosotras sí —zanjó Laurine, recordándole con una simple mirada de quién era esposa, y él negó lentamente con la cabeza.

Amaba a sus amigas, pero a veces lamentaba que estuvieran tan chifladas.

—Espero que no sea necesario llegar tan lejos —reconoció.

—¿Por qué asistirás esta noche al club? —inquirió Alanis—, ¿no deberías estar buscando

candidatas?

La mención de su compromiso de esa noche hizo que cerrara las manos en dos puños y recordara su objetivo.

—¿Podrían empezar sin mí?

Él tenía un asunto muy importante que atender.

—Si no te metes en problemas, claro que sí —espetó Laurine y la miró con pesar—. Bueno, haré que Sutherland y su gente te supervisen.

Bien, al menos ellas no esperaban mucho de su persona.

—¿Estás segura de que el carruaje pasará por ti? —musitó Olivia con preocupación, mirando sobre su hombro cada tres segundos, y Penelope abrió la puerta de servicio de su casa para estudiar el panorama por una delgada ranura.

—Sí, Liliás me dijo que será puntual y falta menos de un minuto para que ella venga por mí.

—Trata de ser rápida, si tu hermano descubre que te fuiste se enfadará. —Se oía muy nerviosa—. No quiero que vuelva a arrastrarme en contra de mi voluntad.

—Te prometo que seré rápida, yo...

—¿De verdad creen que podrán engañarme tan fácilmente? —la voz de Augustus hizo que ambas mujeres se enderezaran y giraran sobre su eje con rapidez.

Él estaba ahí, junto al gran árbol que utilizó para esconderse, y su semblante les anunció que estaba furioso.

—Por favor, hermano, déjame ir a buscarlo. Él no está bien —rogó Penelope y el pelinegro avanzó hacia ellas con paso firme y resuelto.

—¿Estás loca? —la acusó—. No puedes ir a un club sólo para perseguirlo, tu reputación...

—Yo lo amo y estoy preocupada por él —le cortó apasionadamente y la piel se le erizó cuando el sonido de los cascos anunció la llegada de su amiga—. Sólo será una hora, Travis no está bien.

Su hermano inició un debate interno y no supo qué pensar cuando Olivia abrió la puerta y tiró de ella hacia afuera.

—Sólo vete, Penelope —espetó con seguridad y cuando la puerta del carruaje se abrió, se alivió al ver a Liliás y a su esposo ahí dentro.

Observó a su hermano, quien tenía los ojos puestos en su amiga, y dio un respingo en su lugar cuando Olivia cerró la puerta y le dio la oportunidad perfecta para treparse al carruaje y dejar Richmond House atrás.

Jamás tendría como pagarle a Olivia todo lo que estaba haciendo por ella.

—¿Por qué lo hiciste? —masticó Richmond y Olivia se giró hacia él con valentía.

—Ella ya ha sacrificado mucho por esta familia, déjala reunirse con Spinster —dejó las formalidades de lado y contuvo el aliento cuando con dos simples zancadas se plantó frente a ella.

—Sabes que puedo apartarte de esa puerta con bastante facilidad.

Sí, lo sabía, pero incluso así no se movió de su lugar.

—Ya déjala en paz, Augustus —volvió a llamarlo por su nombre de pila—. Va a casarse con

Warrington en una semana, ¿no crees que merece reunirse con Spinster para darle una explicación?

—Tú —su cuerpo empezó a tiritar al sentir como rodeó sus brazos y rezó en silencio para que no le hiciera nada malo—, si quieres impedir que vaya por ella, vas a quedarte a mi lado hasta que regrese.

El pánico la invadió y lo miró con pesar; no obstante, él no le dio una explicación y con más sutileza de la que había esperado, la llevó hacia su despacho para que tomara asiento en el sofá mientras él se refugiaba detrás de su escritorio.

«Bien, al menos no estropeará la noche de Penelope».

Ella podía quedarse ahí y cumplir con la tarea, era una experta a la hora de observar a Augustus desde la distancia y en silencio.

Llevaba años haciéndolo sin que él ni nadie lo notara.

Capítulo 22

“La rivalidad que existe entre Sr. Spinster y la familia Humphrey no impidió que el americano le diera una paliza al vizconde de Hereford en Las garras de Lucifer. Me pregunto si después de lo ocurrido, el vizconde se atreverá a mencionar a otra Humphrey con tanta libertad Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

El único club que Penelope conocía hasta ahora era Diamantes, pero gracias a su amiga ahora se encontraba vagando por los salones de Las garras de Lucifer, un club al cual nunca aspiró entrar porque lo veía como una misión imposible. No obstante, en esta ocasión no podía darse el lujo de estudiar el panorama y admirar las actividades que se suscitaban en dicho club, puesto que estaba muy ocupada buscando a Travis entre la multitud.

Su atuendo y máscara le permitían mantener su identidad oculta, pero estaba segura de que a pesar de todo lo que llevaba encima para esconder quién era, Travis podría reconocerla con bastante facilidad cuando se encontraran.

El club se le hizo un lugar espacioso, no pensó que sería tan complicado dar con Travis, pero había tantos hombres por el lugar que era imposible no caminar alerta, mientras barría con la mirada cada estancia.

¿Podría ser que él hubiera cambiado de parecer?

Se acercó a la barra para tener un mejor panorama y ladeó el rostro con preocupación.

¿Qué haría si él no asistía al club?

«Ir a su casa», le dijo una vocecilla y ella negó con la cabeza. Eso sería demasiado escandaloso y peligroso, no podía arriesgarse a arruinar a su familia, menos cuando su hermano no había ido a buscarla para regresarla a Richmond House.

Él confiaba en ella.

Unas risas a pocos metros de distancia captaron su atención, pero no volvió el rostro para ver a los comensales de la mesa. Lo menos que quería era llamar la atención.

—Se los dije, las zorras siempre reciben su castigo, ¿verdad, Hereford? —Un escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies y se aferró a la barra con firmeza.

—Hice bien al cancelar mi compromiso, miren lo bajo que ha caído esa mujer. —Sonrió con amargura y negó con la cabeza, sentía vergüenza de sí misma por haber sufrido por ese hombre durante tantos años. Jamás se imaginó que él sería capaz de hablar tan ruinmente de su persona —. La desesperación ha llamado a su puerta y al parecer está dispuesta a quedar muchos metros bajo tierra con tal de salir del club de las solteronas.

Las risotadas resonaron y Penelope odió que los ojos le ardieran, ¿su sufrimiento era motivo de risas y regocijo en ese lugar?

—Quizá ni siquiera llegue al parto —continuó con frialdad—, tal vez Warrington se deshaga de ella en su noche de bodas al descubrir lo defectuosa que está. —Penelope se petrificó en su lugar al entender mejor el por qué nunca recibió una oferta formal y atractiva en los últimos años.

Para el vizconde ella...

Un ruido sordo la obligó a apartar esos pensamientos de su cabeza y lanzó un jadeo cuando el protagonista de sus pensamientos aterrizó con violencia sobre la mesa que tenía justo en frente.

—Oh por Dios —jadeó con horror y se hizo a un lado, pero todas sus alarmas se prendieron al

ver como una gran sombra se cernía sobre el vizconde, lo sujetaba de las solapas de su chaqué y lo levantaba para atestar un fuerte puño en su vientre.

El vizconde bramó adolorido, pero no pudo defenderse porque el macizo hombre volvió a lanzarlo por los aires. Su corazón empezó a bombear sin control alguno al reconocer esa espalda y cuando intentó acercarse para detenerlo, los amigos del vizconde se abalanzaron sobre él, pero ellos no eran rivales para el castaño porque se deshizo de todos con bastante facilidad y ella tuvo que alejarse del lugar para que ninguno de esos hombres impactase contra su cuerpo.

¿Qué estaba haciendo?

¡Esos hombres eran nobles y podrían tomar represalias contra él!

Se alarmó al ver como Travis avanzaba hacia el vizconde y en esta ocasión lo levantó para juntar sus rostros con demasiada brusquedad.

—Vuelve a mencionarla y te mataré, ¿me entiendes?

El rostro ensangrentado de su ex prometido exteriorizó temor, pero al ver todo el caos que el americano causó en cuestión de segundos, asintió.

—Tú no sabes nada de lady Penelope Humphrey y te puedo asegurar que no le llegas ni a los talones. —Lo empujó con violencia y barrió el lugar con la mirada—. No se atrevan a mencionarla de nuevo o juro que lo lamentarán. Acaban de presenciar un pequeño adelanto de lo que puede llegar a sucederles si se atreven a poner en duda su honor.

Todos en la estancia guardaron silencio y Penelope odió que una lágrima rebelde se deslizara por su mejilla, jamás se imaginó que él sería capaz de hacer algo así por ella. No se equivocó al deducir que el ser amada sería lo mejor que podría pasarle en la vida.

El marqués de Sutherland ingresó al salón con paso resuelto, condensando aún más el aire que se respiraba en la estancia, y lo siguiente que pasó hizo que Penelope cerrara las manos en dos puños.

—¿Cómo se atreve a tener un miembro como él en su club?! —bramó el cobarde de Hereford y señaló a Travis con descaro—. Sáquelo de aquí, mire el caos que generó.

El marqués miró a sus hombres y asintió, provocando que el vizconde sonriera victorioso, pero esa sonrisa se borró con inmediatez al ver como los lacayos del marqués iban a por él y sus amigos.

—¿Qué hace, Sutherland?! —exigió saber.

—Le demuestro al mundo lo que puede pasarles si se meten con las personas equivocadas —aseveró el hombre con suficiencia y todos los miembros del club bajaron el rostro con rapidez, mientras el vizconde y su gente eran llevados fuera del establecimiento—. Aquí no pasó nada, caballeros, sigan con sus actividades.

La orden fue concisa y todos la siguieron al pie de la letra, cosa que Penelope agradeció en silencio porque tenía la leve sospecha de que nadie más volvería a tener el valor para mencionarla.

Observó como Travis ingresaba por uno de los pasillos y salió tras de él con paso apresurado. No podía perderlo de vista, sabía que estaba bien, lo había comprobado con sus propios ojos, pero ahora necesitaba más que observarlo.

—Espera —lo sujetó del brazo en el silencioso pasillo y él paró en seco, pero no se atrevió a mirarla. Seguramente se estaba cuestionando si había escuchado bien—. No te vayas, Travis —rogó y en cuestión de segundos él giró sobre su eje y la envolvió en sus brazos.

—Odio que hayas escuchado y presenciado esa escena —confesó con amargura y la estrechó con fuerza contra su pecho—. Lleva días así, no podía dejarlo pasar por más tiempo.

—Gracias por defenderme —la voz le tembló—, fuiste muy valiente al desafiarlo de esa

manera —Lo abrazó por la cintura.

—Tu hermano...

—Sabe que estoy aquí, no tienes que preocuparte.

—Te extrañé tanto, mi amor —admitió él y Penelope lo buscó con la mirada.

—Busquemos un lugar más tranquilo, necesito hablar contigo —confesó y él asintió en respuesta y entrelazó sus manos sin duda alguna, generándole un gran alivio en el pecho.

Tal vez sólo serían unas horas, pero no importaba, por fin estaban juntos y ahora sí tenía la certeza de que nadie arruinaría su momento.

—No iremos a tu casa, ¿verdad? —lo miró con preocupación cuando el carruaje se puso en marcha y él lanzó una ronca carcajada y le quitó la máscara con delicadeza.

—Claro que no, quiero llevarte a un lugar.

—¿A dónde? —sonrió con ternura cuando acarició su mejilla y se acurrucó contra su palma como si fuera un tierno gatito.

—Ya lo verás, hay algo que quiero enseñarte.

Penelope no se hizo ninguna expectativa, pero incluso así no pudo entender por qué la llevó al hotel que se inauguraría dentro de un mes. Sabía que era el proyecto en el que estuvo trabajando en el último año, pero no entendía qué podía haber ahí adentro que él quisiera mostrarle.

—¿Por qué me trajiste aquí? —quiso saber y Travis abrió la puerta sin problema alguno, algo normal si consideraba que era el dueño del lugar.

—Paciencia —le guiñó el ojo y Penelope rio por lo alto mientras la guiaba hacia el último piso.

Todo estaba en penumbras, lo único que alumbraba su camino era la linterna que él tenía en mano, pero incluso así, dio cada paso con seguridad. Sabía que junto a él nada malo podría pasarle.

Cuando llegaron al último piso y Travis abrió una puerta para que ella ingresara primero, Penelope lo entendió todo con mayor claridad una vez que estuvo dentro de la estancia.

El techo de esa habitación era un mirador que le permitía admirar el cielo estrellado.

—Es hermoso, Travis —giró sobre su eje y posó la vista en todos los muebles de la estancia—. ¿Esta será tu habitación? —No le dio una respuesta—. Ahora entiendo por qué tus hoteles son tan famosos —reparó en los lujosos muebles, en el buen gusto de la decoración y le sonrió con orgullo—. Felicidades.

—No sabes cuántas veces soñé con este momento —avanzó en su dirección y ellaladeó el rostro, consternada—. Siempre me pregunté si algún día haría algo lo suficientemente bueno como para que alguien como tú sintiera algo de admiración por mí.

—¿Qué? —la voz le tembló.

—Una vez me preguntaste cuál fue la razón que me ancló a Londres, ¿lo recuerdas?

—Sí.

—Fuiste tú —confesó y su corazón empezó a bombear sin control alguno—. Todo lo que construí en los últimos años, no fue para ganar prestigio o dinero, yo sólo quería que tú me notaras.

—Oh, Travis —la visión se le cristalizó y acunó su mejilla con ternura—, lo siento tanto, fui tan ciega y orgullosa que nunca quise girar el rostro en tu dirección.

—Ya nada importa, mi amor —sujetó sus manos y besó el dorso por largos segundos—. Perdóname, no he podido encontrar a una mujer para el conde.

—Él me lo dijo todo —le indicó la cama para que tomaran asiento—. Deja de torturarte, estaré bien.

Travis negó con la cabeza.

—Warrington me prometió que, si le daba un heredero, me dejaría reunirme contigo.

Él se tensó.

—Yo no quiero ser tu amante —admitió con congoja y ella lo besó con ternura.

—Tú eres y siempre serás el amor de mi vida.

En respuesta él unió sus labios con mayor avidez, pero luego rompió el beso para unir sus frentes.

—¿De qué me sirve tener tanto dinero si jamás podré tener lo que realmente necesito para ser feliz?

—Tarde o temprano volveremos a estar juntos —le prometió, aunque en el fondo temía que la maldición de Warrington acabara con ella y sus esperanzas—. Quiero quedarme contigo esta noche.

Él se tensó y la buscó con la mirada.

—Pero tu hermano...

—Por favor, Travis —rogó angustiada—, te necesito más que nunca.

Porque una vez casada, no sabría si el conde cumpliría su palabra y la llevaría lejos de Londres.

—Yo también te necesito, Pen —confesó y en esta ocasión sus labios se unieron con suavidad y poco a poco fueron encontrando el ritmo perfecto para lidiar con un poco de la pasión que en ese momento estaban sintiendo.

Él le abrió el vestido, dejando sus pechos en libertad, pero lejos de tumbarla o atacarla con lujuria, la invitó a ponerse de pie y la desnudó con parsimonia, tomándose todo el tiempo del mundo para apreciarla mejor.

—Eres tan hermosa —suspiró y ahora fue ella quien empezó a desnudarlo.

—Ahora que lo pienso, nunca hemos bailado juntos —recordó de pronto cuando ambos quedaron totalmente desnudos y lanzó un gritillo cuando él junto sus cuerpos y rodeó su cintura.

—Nunca es tarde.

Enarcó una ceja.

—Pero no hay música.

—Eso no importa —le sonrió y sin música, y totalmente desnudos, él la invitó a efectuar un par de pasos que se vieron obligados a cesar cuando cayeron sobre el mullido colchón.

Ella se rio, ¿cómo era posible que hacer algo tan estúpido le llenara el pecho de tanta felicidad?

—Es una vista maravillosa —detalló las estrellas.

—Lo es —lo buscó con la mirada.

—No estás viendo las estrellas.

—En realidad estoy viendo a la más radiante de todas.

Su sonrisa tembló y antes de que la tristeza o llanto hicieran acto de presencia, lo besó con hambre voraz para calmar el temblor y la impotencia que su cuerpo estaba a punto de exteriorizar.

¿Por qué no podía quedarse con él?, ¿por qué la vida siempre le atestaba golpe tras golpe?, ¿podría ser que la felicidad simplemente no estaba diseñada para ella?

Él la besó, la acarició e incluso la saboreó con tal abandono que no fue difícil liberar su éxtasis. Sin embargo, todo en ella se reinició cuando percibió como se posicionaba en su entrada y lo buscó con la mirada.

—¿Estás segura?

—Te amo, no tengo nada que pensar —admitió y cerró los ojos con fuerza al sentir como se hundía lentamente en su interior—. Ah —se arqueó, clavando las uñas en los hombros masculinos, y lanzó un suave alarido cuando él se enterró en su piel y alma con un simple embiste, derrumbando la única barrera que los estuvo separando todo este tiempo—. Ah —suspiró y lo abrazó con fuerza al tiempo que Travis hacía lo mismo.

—Te amo tanto, mi amor —musitó él con desespero—, como quisiera subirte a mi hombro y llevarte lejos de toda esta locura.

Nada le daría más gusto que eso, pero a estas alturas era imposible creer que todo saldría como ellos querían. Sus ojos se posaron en el gran ventanal y con la visión cristalizada y una sonrisa en el rostro, empezó a moverse en busca de más.

—Pen...

—No te detengas, quiero sentir más —confesó con la voz llena de placer y él gruñó en respuesta y comenzó a mecerse sobre ella—. ¡Sí! —se arqueó y a partir de ese momento dejó que su cuerpo actuara por sí solo.

¿Cómo era posible que se hubiera perdido de ese acto por tanto tiempo?

Esto era la gloria, pero sabía que sólo se sentiría así junto a Travis.

—¡Ah! —gritó cuando algo en su interior colapsó y reventó en mil pedazos y al sentir la tensión en el cuerpo masculino, lo atenazó con las piernas y lo presionó con más ahínco.

—No, Pen, debo salir.

—No lo hagas —pidió jadeante—, continúa, por favor —insistió y él se aferró al cabezal de la cama y siguiendo su orden, empezó a bombear en su interior sin control alguno.

Si pensó que nada podía mejorar, se equivocó, porque no sólo sintió nuevas oleadas de placer deslizarse por su interior, sino que pudo sentir con exactitud cómo él le entregó todo de sí con abandono.

Le había prometido a su amiga que llegaría pronto, pero al parecer no podría cumplir con su palabra porque lo menos que deseaba era dejar esa cama y alejarse de Travis.

Era su última noche junto a él y quería que durara tanto como fuera posible.

Pronto serían las tres de la mañana y Augustus podía dar por sentado que Penelope aún no tenía pensado regresar, menos si estaba junto a Spinster. Ladeó el rostro con frustración, ¿qué le hizo pensar que su hermana nunca querría amor?

Dios santo, ahora que ella conocía ese sentimiento, sentía que le estaba haciendo más daño al entregarla a Warrington del que su padre alguna vez le hizo en el pasado.

—Debo hacer algo —musitó con impotencia y se apoyó en su escritorio con inquietud. Sus opciones eran muy pocas y todos los panoramas para su familia eran muy malos, pero al menos con Spinster en escena sus hermanas ya no se veían tan desprotegidas.

Alzó la vista con lentitud para observar a la morena que se había dormido hace horas en el sofá y rodeó su escritorio para acercarse a ella, quien se aferraba al cojín y respiraba muy suavemente, revelando que estaba en medio de un sueño profundo.

—¿Qué haré contigo, Livy? —su voz tembló y acarició el brazo herido con mucho cuidado, agradeciendo que llevara puesto un vestido cuya manga cubriera toda su piel—. ¿Por qué a pesar de todo el daño que te causado, sigues quedándote junto a mí?

Otra mujer habría huido de él hace mucho tiempo.

«Sabes que ella no llegará muy lejos, la perseguirás adonde quiera que vaya», le dijo una

vocecilla y él asintió en silencio.

Llevaba años conteniendo todo el deseo que sentía por ella, recordándose una y otra vez que jamás podría hacerla suya y buscando un digno reemplazo en cada uno de los lugares que visitaba. Por supuesto, nadie estaba ni estaría a su altura, por lo que suponía que era normal que ahora mismo su cuerpo estuviera actuando por sí sólo y estuviera a pocos centímetros de los delgados labios que deseaba poseer con ansias.

Un poco más, sólo un poco más y sabría a qué sabe.

Cerró los ojos, dispuesto a guardar ese momento para la eternidad, pero a leves milímetros de distancia, una voz lo hizo volver en sí.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Augustus se incorporó con rapidez y contuvo el aliento al ver a Charlotte ahí, vestida únicamente en su ropa de dormir.

—¿Qué haces fuera de tu cama a esta hora? —le respondió con otra pregunta y su hermana pasó su mirada de Olivia a él con preocupación.

—Penelope no ha vuelto. —¿Por qué no le sorprendía que ella supiera que su hermana no estaba en casa?—. ¿No te preocupa?

—Está con el hombre que ama, nada malo le sucederá.

Quería creer que Spinster podría protegerla de todo y de todos.

—¿Una mujer está a salvo al lado del hombre que ama? —inquirió su hermana con dureza.

—Sólo si es correspondida —aclaró y Charlotte miró a Olivia.

—Ella nunca estuvo a salvo a tu lado.

La sangre se le congeló.

—¿Cómo dices?

—Tú le disparaste, ¿verdad?

Augustus apretó la mandíbula, por esa razón su relación con Charlotte era mala, ¡ella nunca se quedaba callada y era muy entrometida para su gusto!

—Guarda silencio y regresa a tu habitación, Charlotte —ordenó con voz peligrosa y su hermana cerró las manos en dos puños.

—Ella necesita un esposo y lo sabes, ¿por qué...?

—Porque no se puede —soltó con impotencia.

—Pero la amas.

—Esa no es razón suficiente para hacerla mi duquesa —respondió con voz tensa y su hermana negó el rostro con frustración.

—Voy a despertarla, ella debe regresar a su habitación y...

—Lárgate, ella se quedará a mi lado hasta que Penelope regrese.

Su hermana lo miró con desconfianza.

—Estuviste a punto de besarla en contra de su voluntad, ella te tiene miedo.

Augustus cerró las manos en dos puños y decidido a demostrar su autoridad, tomó a Olivia en brazos, agradeciendo que su sueño fuera profundo, y salió de su despacho para refugiarse en su habitación.

Charlotte no tuvo el valor para seguirlo, pero tenía la leve sospecha de que vigilaría el pasillo durante las horas que fueran necesarias para asegurarse de que no cometiera ninguna falta hacia la morena.

Era lo mejor, alguien en esa familia tenía que ser sensato por el momento.

¿Qué diantres estaba pasando con sus hermanos? ¿Por qué sentía que Augustus y Penelope estaban actuando como si fueran otras personas? ¿En qué diablos estuvieron pensando al enamorarse?

¡Era como si el buen juicio los hubiera abandonado!

Clavó la vista en el segundo piso y se preguntó por cuanto tiempo más Augustus tendría a Olivia en su habitación. Siempre sospechó que la morena le gustaba, pero nunca se imaginó que intentaría hacer algo con ella mientras esta dormía.

La piel se le erizó.

¿Debería llamar a su puerta?, ¿exigir que le entregara a su amiga hasta que esta despertara?

Sí, era lo mejor, determinó y cuando hizo el ademán de subir las escaleras, paró en seco al ver como Penelope ingresaba por uno de los pasillos con la mirada gacha y el aspecto desaliñado.

—Pen, ¿estás bien? —corrió hacia ella y todas sus alarmas se prendieron al ver su rostro lleno de lágrimas—. Hermana...

Se puso tan rígida como una vara cuando ella le abrazó, dado que no eran dadas a mostrarse afecto, y no pudo emitir palabra alguna al escucharla romper en un llanto desgarrador.

¿Tan enamorada estaba de Travis Spinster?

Cerró las manos en dos puños, esa casa necesitaba alguien que fuera racional y claramente su hermano y Penelope no podrían serlo nunca más.

Ellos estaban tontamente enamorados.

Capítulo 23

“Según fuentes cercanas, la relación entre la familia Lacey y los Humphrey no es tan buena como ellos quieren aparentar. Se dice que las hermanas del duque no soportan en lo más mínimo a su futuro cuñado Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Era, posiblemente, la cena más incómoda de toda su vida e incluso así toda su familia estaba obligada a aceptar al conde de Warrington en su mesa, quien al parecer prefería jugar al juego de la indiferencia y total ignorancia para digerir mejor la situación.

¿Tanta era su desesperación por tener un heredero?

No era como si el condado fuera a morir con su persona, tenía tres hermanos varones en fila para reemplazarlo.

Las ganas de llorar la invadieron y se vio obligada a controlar cada una de sus emociones para no pensar en la noche que compartió junto a Travis. Haber hecho el amor con él fue lo más hermoso que pudo experimentar en su vida, pero ahora la idea de vivir lejos de ese hombre no hacía más que destruirla internamente.

—¿Por qué simplemente no espera para el gran día y deja a mi hermana tranquila? —escupió Charlotte con valentía, la única Humphrey capaz de ponerle voz a sus pensamientos, y Penelope pudo percibir la tensión en los hombros del conde y de todos los comensales.

Fue una manera muy abrupta de romper el silencio.

—Usted es tan educada, milady —se limitó a decir el hombre y bebió de su copa de vino para lidiar con el leve temblor de su cuerpo.

—Lo trataré con el respeto que usted merezca, Warrington. —Charlotte soltó los cubiertos, generando un ruido sordo en su plato.

—¿Qué te sucede, hermana? —susurró Arabella, totalmente ruborizada por la vergüenza y la conmoción—. Es el prometido de Penelope, se casarán en dos días y no puedes tratarlo de esa manera.

—¡Claro que puedo! —ladró y volvió a desafiar al rubio—. Ese hombre está sobornando a nuestro hermano para obligar a Penelope a casarse con él.

—¿Qué? —jadeó su hermana más pequeña con asombro y el conde fulminó a su hermano con la mirada.

¿Por qué?, ¿acaso había esperado que sus hermanas siempre vivieran en la ignorancia?

—Dijo que nadie más lo sabría.

—Usted no sabe lo que significa tener hermanas —zanjó el duque con disgusto— y no es como si Penelope se viera como la mujer más feliz del mundo por esta unión.

—Por todos los santos, no mataré a su hermana, Richmond —espetó el conde—. Lo que sucedió en el pasado fue porque mis difuntas esposas eran muy jóvenes.

—Sea como sea, mi hermana ama a otro hombre e incluso así, usted la está obligando a casarse con usted —continuó Charlotte, sorprendiéndola de sobremanera, y ella agradeció en silencio que Olivia hubiera rechazado la invitación a participar en la cena.

Su amiga no se habría quedado tan callada.

—Su hermana tiene un deber con su familia y sabe que debe cumplirlo —escupió el conde, enfrentando a la castaña—. Además, si su hermano le habló de la situación, sabe que lo más

conveniente para ustedes es ceder.

—Ceder, sí, pero ¿callar? —escupió Charlotte con rencor—. Eso jamás, Warrington.

Ante tal insolencia, el conde tiró su servilleta sobre la mesa y abandonó su lugar con un movimiento resuelto.

—Se me ha quitado el apetito —informó con disgusto—, nos vemos en dos días.

Él no pensaba cambiar de parecer.

—¿Para dictar su condena? —Su hermana dio el golpe final y el conde se marchó de su casa como alma que lleva el diablo.

Por un momento, pensó que su hermano regañaría a la castaña, pero para su sorpresa él simuló indiferencia y retomó su cena con mayor calma.

—¿Qué está pasando? —todos enfocaron su atención en Arabella.

—No es nada, Ara —musitó el duque y apretó la mano de su hermana más pequeña con cariño.

Él no estaba listo para contarle su secreto, y ella y Charlotte debían aceptar su decisión.

—¿De verdad amas a otro hombre? —todo indicaba que ella no pensaba guardar silencio—. Si es así, ¿no deberíamos tratar de impedir esta boda, hermano?

—Me temo que el conde ya ha tomado su decisión.

Y por el curso que estaban tomando las cosas, Penelope estaba bastante segura de que pronto sería la condesa de Warrington y, por ende, su cuarta víctima.

Travis se estaba volviendo loco y sólo eso podía explicar que se encontrara en Warrington House con una oferta tan estrafalaria para el conde, quien lo miró con verdadera sorpresa mientras estudiaba los documentos que trajo consigo.

—¿Se da cuenta de lo que está haciendo, Spinster?

—Sólo quiero que ella sea libre.

—¿Serías capaz de renunciar a todos tus hoteles por lady Humphrey?

—Sólo acéptelos y déjela en paz, ella no lo ama.

—Es una oferta tentadora —reconoció el conde, pero deslizó los papeles con desinterés—, pero no es lo que quiero y necesito.

Una vez más la tristeza invadió su pecho.

—Nadie quiere casarse con usted, estoy desesperado.

—Y por esa razón no puedo dar marcha atrás; si no es ella, no será nadie.

—Es la mujer que amo, no puedo permitir que muera en sus manos.

—¿Cree que quiero su muerte? —inquirió con enojo—. La situación me agobia tanto como a ustedes, pero le doy mi palabra que haré hasta lo imposible por evitar cualquier desgracia.

—La única manera de evitar una desgracia es no embarazarla —lo miró con rencor y él se tensó.

—Lo siento mucho, pero lo que quiero incluye un embarazo.

¡Ese hombre era una basura!

—Tiene dos días, aceptaré un cambio a última hora si eso le hace sentir mejor.

—He buscado durante cuatro semanas, ¿qué le hace pensar que conseguiré a una mujer en dos días?

—Hay una que podría interesarme. —Sus palabras le helaron las venas.

—¿De quién se trata?

—¿De verdad no está entre tus opciones? —tragó con fuerza y el rubio se rio—. Se ve fuerte y saludable, podría ser una mejor opción que Penelope Humphrey.

Travis frunció el ceño, no estaba entendiendo nada.

—¿Podría darme el nombre?

—Olivia Fletcher.

La sangre se le congeló, estaba seguro de que Penelope jamás entregaría a su mejor amiga como moneda de cambio. Ella no arriesgaría a sus seres queridos y él no tenía cara para ir en busca de la morena, dado que sugerirle algo así era sugerirle su muerte.

—Es imposible.

—El duque es complicado, ¿verdad?

—Penelope no lo permitirá —comentó distraído, sin percibir el interés en el rostro del conde.

—Ella no tiene dinero, no tiene familia y por lo poco que oí en las amenazas del duque, su situación es tan delicada que sólo un marido la salvaría. ¿Haces bien en verme como su ruina?, ¿qué tal si soy su salvación?

La garganta se le cerró.

—¿Por qué cambió de parecer?

—Fletcher sobrevivió a un impacto de bala, estoy seguro de que un parto no será nada para ella.

Y cómo él estaba buscando una mujer fuerte y saludable, Olivia pasaba a convertirse en su mejor opción.

¿Por qué sentía que su petición no hacía más que complicarle la vida?

—Debemos impedir esa boda —espetó Charlotte con tal seguridad que Penelope se sintió contenta ante la idea de haber recuperado el amor de su hermana—. No puedes casarte con él, Pen.

—Lo mejor es resignarnos —miró a su amiga y hermana con cariño—. Mi boda es el día de mañana a primera hora, ya no hay nada que se pueda hacer.

—Puedes huir.

—Eso pondría en riesgo la vida de su hermano —aclaró Olivia con nerviosismo y Charlotte suspiró.

—¿Puedo pedirte un favor, Olivia? —decidió que era hora de desviar el tema.

—¿De qué se trata?

—Me gustaría que visites a Travis y le entregues esto —le tendió un sobre—. Es una carta de despedida, ahora mismo no tengo el valor para reunirme con él —su voz tembló y su amiga la miró con pesar.

—Sabes que pase lo que pase, siempre estaré para ti, ¿verdad?

—Lo sé.

—Te visitaré todos los días —afirmó Charlotte y ella negó con la cabeza.

—No se los dije, pero el conde planea llevarme lejos después de la boda.

—¿Qué? —la voz de su hermana sonó bastante aguda—. No puede hacerlo.

—Quiere que dé a luz lejos de Londres.

—¡No puede alejarte de nosotros! Además, la maldición... —su voz fue muriendo y Penelope la escuchó tragar con fuerza—. Dios santo, quiero matar a ese hombre —sujetó la falda de su vestido y salió de su habitación como alma que lleva el diablo.

—¿Debería preocuparme? —inquirió con voz suave y observó a Olivia—. Ve con Travis, por favor, yo hablaré con ella.

Charlotte acababa de darle la razón que necesitaba para no caer en la tentación de ir por el castaño. Debía ser realista, la noche que se despidieron le había costado mucho decirle adiós y eso era algo que no quería volver a vivir.

De todas las visitas que pudo recibir ese día, Travis nunca se imaginó que la mujer de sus pensamientos se materializaría ante él. ¿Podría ser que la vida le estuviera dando señales?

Olivia Fletcher era su salvación, era la única que tenía la solución en las manos, pero entregar a la castaña sería el acto más ruin y bajo que cometería en la vida.

—¿En qué puedo ayudarla, Srta. Fletcher? —recuperó la voz y apartó esos pensamientos de su cabeza.

—Penelope me envió —le informó la morena y se sentó frente a él—. Todo indica que no está lista para verlo y por esa razón me envió esta carta para usted.

Sonrió con amargura, ella estaba siendo racional y era lo mejor para ambos. Un nuevo encuentro podría poner en peligro a toda la familia Humphrey.

—¿Puedo saber qué sucedió entre ustedes la noche que fue a buscarlo a Las garras de Lucifer? —se tensó, no le sorprendía que ella estuviera al tanto de su encuentro, pero le parecía curioso que quisiera información—. Ella ha estado actuando muy extraño, incluso su hermano se la pasa divagando en sus pensamientos la mayor parte del tiempo.

—Nosotros nos dijimos adiós —se limitó a decir y se sintió tentado a romper el sello de la carta, pero eso lo haría cuando estuviera solo— y nos dimos tanto amor como se nos fue posible.

Fue la mejor noche de su vida.

—¿De verdad no hay otro camino? —preguntó alarmada y él se sorprendió—. Lo que Penelope está viviendo no es justo.

—Me temo que no, Warrington sólo renunciará a Penelope si le llevo otra novia.

—Pero nadie quiere casarse con él —rezongó y él asintió.

—Le he ofrecido todos mis hoteles —la morena abrió los ojos con incredulidad—, pero él... —la miró de reojo y ella entrecerró los ojos con sabiduría.

—¿Qué le dijo? —negó con la cabeza—. Por favor, Spinster, sea sincero conmigo, ambos tenemos un interés en común y es ver a Penelope feliz.

—Warrington quiere una esposa lo suficientemente fuerte como para afrontar un parto —ella parpadeó varias veces— y se le metió a la cabeza de que usted podría ser un gran reemplazo para Penelope.

Olivia jadeó, tal y como se había imaginado, y él negó rápidamente con la cabeza.

—No se preocupe, jamás le pediría algo así.

La mujer no le dio una respuesta, pero percibió la palidez en su rostro.

—¿Alguien más lo sabe?

—No, y tampoco pienso decirlo.

Ella abandonó su lugar con nerviosismo, como si de repente le urgiera tomar un poco de aire fresco, pero toda su intención de abandonar su despacho murió cuando el duque de Richmond ingresó a la estancia seguido de su mayordomo bastante angustiado.

—Señor...

—No te preocupes, Daniel —le dijo al hombre adulto con amabilidad—, todos saben que el

duque hace lo que quiere.

—Quiero hablar con usted —sus ojos se posaron en Olivia—. No sé qué te trajo hasta aquí, pero me alegra que estés presente porque debes escuchar lo que le diré a Spinster.

—¿Qué? —susurró la mujer con asombro y el duque esperó que el mayordomo se retirara para centrar su atención en ellos.

—¿De qué se trata, Richmond?

—Quiero que te lleves a Penelope esta noche lo más lejos que puedas. —La conmoción lo golpeó con fuerza y el sobre que estuvo sujetando hasta el momento se deslizó de su mano debido al asombro.

¿Había escuchado bien?

—Pero...

—Asumiré mi responsabilidad, dejaremos al conde plantado y luego seré juzgado por mis crímenes. —La morena trastabilló en su lugar y se aferró a la silla más cercana para mantenerse de pie—. Sin embargo, quiero que me prometa que cuidará de mis hermanas y la Srta. Fletcher hasta el último día de su existencia.

Travis pasó saliva con esfuerzo, entendía que Richmond le estaba dando una luz de esperanza al ofrecerle algo así, pero ni siquiera él quería que el hombre fuera juzgado por la muerte de su padre.

Dios, en algún momento dejó de despreciarlo y odiarlo.

—Sus hermanas sufrirán mucho con su partida, ellas lo necesitan.

—Lo que necesitan es encontrar un hombre que las ame y valore, y mientras el conde exista, eso nunca sucederá.

—¿Por qué dice eso? —tiritó.

—Porque si Penelope no cumple con su tarea, iré por Charlotte y luego por Arabella.

Cerró las manos en dos puños, quería matar a ese malnacido.

Travis abrió la boca para decir algo al respecto, pero el bullicio de sus empleados le alertó que algo no andaba bien y tanto Richmond como él se pusieron alertas cuando un lacayo ingresó al despacho sin llamar a la puerta.

—¿Qué sucede? —por su uniforme dedujo que era uno de los empleados del duque.

—Su excelencia, debe venir con nosotros cuanto antes.

—¿Qué sucedió? —preguntó el pelinegro, alarmado.

—Se trata de sus hermanas.

Gabriel Lacey, conde de Warrington, sentía que toda esta situación lo enloquecería en cualquier momento. Nunca quiso llegar tan lejos para conseguir una esposa, pero su situación era tan crítica que no había manera de que siguiera esperando. Lo sentía por Penelope Humphrey, pero ella era la única opción que tenía para intentar procrear a su heredero.

—¿Y estás seguro de que esto es lo que quieres? —preguntó Benjamin Radcliffe, el duque de Somerset, y mejor amigo, y Gabriel gruñó con disgusto esquivando su espada—. Sólo tienes veintiséis años, ¿cuál es la prisa?

—No quiero desposar a Penelope Humphrey cuando cumpla treinta —siseó y atestó su golpe final, declarándose el único ganador dentro del combate—. Seamos sinceros, Somerset, si no me caso con ella no volveré a tener una oportunidad como esta.

—Lo sé, pero Humphrey no parece ser tu tipo de mujer en lo absoluto —comentó el hombre

que era conocido como el duque despreciable en todos los salones de baile y él suspiró.

—Claro que no lo es, pero es lo que hay.

—Si ella no muere como dicta tu maldición, tendrás que soportarla hasta el último día de tu vida.

Rodó los ojos con disgusto, su apelativo estaba muy bien justificado.

—No existe ninguna maldición... —su voz fue perdiendo fuerza al escuchar unos gritos en el exterior y se puso alerta cuando la puerta del salón se abrió sin previo aviso, revelando a la mujer que menos esperaba ver ahí.

¿Qué diablos hacía Charlotte Humphrey en su casa?

Abrió la boca para reclamar su aparición tan abrupta, pero ninguna palabra pudo emerger de su garganta porque sin previo aviso la castaña se abalanzó sobre él y lo empujó por el pecho.

—¡Usted es un desgraciado! —atestó varios golpes en su pecho con furia y Gabriel tuvo que sujetarla de las muñecas e inmovilizarla con su cuerpo para controlarla.

—¡Cálmese! —gruñó y vio de reojo como las otras dos hermanas Humphrey aparecían en su campo de visión.

—¡Basta, Charlotte! —rogó Penelope con angustia y su amigo se hizo a un lado para observar la escena con fascinación.

Era un idiota, ¿por qué no lo ayudaba?

—¡Suéltame! —envió su codo hacia atrás, brindándole un firme golpe en las costillas, y cuando la liberó no pudo impedir que su palma impactara contra su mejilla.

Maldición, ¿qué tipo de lady iba a golpear a un hombre a su propia casa?

—¡Usted no tiene perdón! —se abalanzó contra él y en esta ocasión ambos cayeron al piso enmoquetado, provocando que los gritos femeninos empeoraran. Dejó que la castaña descargara su ira en su cuerpo, nunca se imaginó que ella defendería a su familia de esa manera.

—¿Qué haces, Charlotte?! —el potente grito de Richmond no detuvo a su hermana, quien al parecer contaba con mucho coraje, y Gabriel esperó que el hombre la apartara con bastante facilidad de su encima.

—¡Suéltame! ¡Quiero matarlo! —chilló la mujer y pataleó en los brazos de su hermano—. ¡Él no merece piedad! ¡Es el conde maldito!

Se incorporó con lentitud, observando a la fierecilla con interés y luego reparó en todas las personas que aparecieron en el salón de su casa, mientras él entrenaba esgrima.

—¿Podrías calmarte? —siseó Richmond y su hermana no cedió.

—¡Lo odio, Warrington! —se tensó—. Si algo llega a sucederle a mis hermanos por su culpa, tenga por seguro que me vengaré.

Por alguna extraña razón, su amenaza hizo que la piel se le erizara.

—Váyanse y olvidaré todo —farfulló y el duque empezó a tirar de su hermana hacia el exterior.

—Mientras yo exista, ¡siempre tendrá una enemiga, ¿me entiende?! —Penelope se encargó de cerrar la puerta de la estancia, totalmente horrorizada por la escena que su hermana acababa de provocar, y Gabriel acarició su mejilla que le ardía con intensidad.

—Tu futura familia política te ama —bromeó Somerset y lo fulminó con la mirada, pero en vez de callarse, el duque se acercó con interés—. Tu rostro se verá un tanto defectuoso el día de mañana —comentó—, la linda gatita ha dejado su marca —le señaló la mejilla herida y Gabriel clavó la vista en la puerta de la estancia.

Por esa razón no eligió a Charlotte Humphrey como su futura esposa, ella era demasiado peligrosa para su raciocinio.

Capítulo 24

“Me informan que una de las hermanas del duque de Richmond ha salido huyendo de su hogar a primeras horas del día. Me pregunto si el conde de Warrington podrá casarse el día de hoy.

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

—Pero ¿qué diablos tienes en la cabeza, Charlotte?! —bramó el duque de Richmond una vez que tuvo a sus hermanas dentro de su despacho y decidió pasar por alto el hecho de que Olivia prefirió irse con Spinster.

En situaciones como estas, lo primero que debía hacer era calmar a su temperamental hermana.

—Quiere alejar a Penelope de nosotros, hermano —le contó y la miró con sorpresa—. No lo soporto, odio que quiera manejar su vida a su antojo —la voz femenina se quebró y bajó la guardia cuando la pelinegra la abrazó con fuerza y le rogó con la mirada.

No lo entendía, Charlotte no se preocupaba por los demás, pero esa mañana había actuado de una manera totalmente inapropiada por defender a Penelope.

Alborotó su cabellera con inquietud, siempre pensó que sus hermanas fueron educadas adecuadamente, pero todo indicaba que ellas sólo escondieron sus ávidas personalidades para satisfacerlo y hacer su vida más sencilla.

Sólo le faltaba que Arabella fuera la famosa lady Berricloth.

El sólo pensar en eso hizo que la piel se le erizara y negó rápidamente con la cabeza.

—Descuida, Charlotte, te prometo que estaré bien —musitó Penelope y supo que era momento de decirles la verdad.

—Penelope se irá con Spinster esta noche, se casarán en Escocia —les informó y las tres mujeres lo miraron con sorpresa—. Bendeciré su unión, no quiero ser la razón de tu desdicha —admitió con vergüenza y Penelope dio un paso en su dirección.

—Pero el conde...

—Asumiré las consecuencias de mis actos. —Tanto Penelope como Charlotte palidecieron—. Pero quiero que él también caiga y para eso debemos dejarlo plantado en el altar.

—No, hermano, no puedes entregarte de esa manera. —Penelope rodeó el escritorio y se plantó frente a él—. Te necesitamos, nunca permitiré que las cosas terminen de esa manera. Me casaré con el conde, Travis lo entiende y...

—He sido egoísta contigo, Pen —soltó con cariño y acarició su mejilla—. Si alguien debe morir, ese soy yo.

Ella negó rápidamente con la cabeza y la voz de Arabella le indicó que era momento de explicarle la situación, por supuesto, la revelación no hizo más que angustiar a su hermana más pequeña y Augustus no se sintió nada cómodo cuando sus hermanas lo abrazaron y le suplicaron para que cambiara de parecer.

Nunca se imaginó que su primer abrazo grupal y familiar sería el último.

Se había enfocado tanto en el ducado y el futuro de sus hermanas, que nunca se preocupó por aprovechar el tiempo que las tuvo bajo su cuidado.

—No me iré con Travis, nunca te abandonaré —decretó Penelope con seguridad y Augustus rompió el abrazo con lentitud—. No puedes dejarnos.

—No las dejaré solas, él cuidará de ustedes —les informó.
—Vámonos de Londres —sugirió Charlotte con rapidez—. Estaremos bien, siempre y cuando estemos juntos.
—Es muy tarde para huir, la boda es el día de mañana.
Arabella volvió a abrazarlo y Augustus dejó un casto beso en su coronilla.
—Les prometo que todo estará bien.
Aunque estaban a un día de perderlo todo.

La sola idea de irse con Travis y abandonar a su hermano era simplemente desquiciante, no había manera de que eligiera ese camino de lágrimas y dolor, por lo que se rehusó a salir de su habitación cuando su hermano mandó a llamar por ella a las once y media de la noche.

—Dígale a mi hermano que no iré a ningún lugar —le informó a la doncella y si por un momento pensó que Augustus vendría a buscarla, se equivocó.

La persona que ingresó a su habitación fue Travis.

Penelope lo observó en silencio por varios segundos y luego rompió en llanto.

—Tranquila, mi amor, todo estará bien —se arrodilló frente a ella y acunó sus manos para brindarle su apoyo.

—No puedo, Travis, no lo dejaré solo.

—Te doy mi palabra de que nada malo le sucederá a tu hermano. —Se tensó y presionó su agarre con firmeza—. He conseguido una novia para el conde, tu familia no correrá ningún peligro a partir de ahora.

—¿Lo dices en serio? —empezó a respirar con dificultad, ¿de verdad podría ser feliz sin necesidad de sacrificar a su hermano?

—Te doy mi palabra de que, para nuestro regreso, tu hermano estará esperando por ti sano y salvo.

—¿Él lo sabe?

—Lo saben el número de personas adecuado.

—Travis... —su voz tembló.

—Es la verdad, jamás te mentiría con algo así, aunque no lo creas, admiro a tu hermano por todo lo que hizo por ti y tus hermanas, me habría encantado ser la mitad de buen hermano que él.

—Pero...

La puerta de su alcoba se abrió sin previo aviso y frunció el ceño al ver a Olivia y Charlotte ahí.

—Deben irse, su carruaje está listo —espetó su hermana y Penelope abandonó su lugar con lentitud.

—Augustus estará bien, Pen —musitó ella y la abrazó con fuerza—. Vete con Travis, nadie mejor que él para hacerte feliz.

—Gracias, Charlotte —susurró con voz suave y miró a su amiga—. Por favor, cuiden a Augustus y díganle que todo estará bien.

—Así será —Olivia le regaló una tierna sonrisa y les hizo una seña para que la siguieran hacia las escaleras de servicio.

Estaba sucediendo, al final de todo, ella y Travis sí tuvieron su milagro.

—¿Dónde está? —inquirió antes de subirse al carruaje y Olivia la empujó por los hombros.

—Está algo tenso, pero sabes que te desea todo lo mejor.

—Me habría encantado decirle adiós.

Pero lo más probable era que él no estuviera listo para verla partir de esa manera, por lo que terminó aceptando la mano de Travis y una vez que subió al carruaje, la sonrisa que se dibujó en su rostro fue tan radiante que él la abrazó con fuerza y le musitó que todo estaría bien.

—Gracias por no rendirte —soltó con voz débil—, cometí un error al no albergar ningún tipo de esperanza.

Tal vez todo habría sido más fácil si lo hubiera ayudado desde un principio.

—Lo único que importa es que ahora mismo estamos juntos.

El primer tramo del viaje lo hicieron de manera exitosa, pero cuando ingresaron a la carretera, el carruaje se vio obligado a parar en seco provocando una violenta sacudida.

—¿Qué sucede? —preguntó asustada y él rompió el abrazo.

—Quédate aquí —salió del vehículo con prisa y siguió sus pasos con rebeldía, quedando como piedra al ver al conde de Warrington y su gente ahí.

—Veo que usted no le teme al escándalo, lady Humphrey —siseó el conde con enojo y saltó de su semental para ir a por Travis.

—¡No! —chilló al ver como los hombres iniciaban una pelea cuerpo a cuerpo y el miedo empezó a carcomerla por dentro al darse cuenta que el conde estaba fuera de sí.

—¿Qué pretendes, Spinster? ¡¿Arruinar a toda su familia?! —bramó mientras rodaban sobre la tierra y Travis no demoró mucho a la hora de quitarse al rubio de encima y brindarle un golpe en el rostro.

—¡Travis, espera!

—Dijiste que podría llevarla conmigo si te conseguía otra novia —escupió con enojo y ante tal afirmación, el conde bajó significativamente la guardia.

—¿Cómo dices?

—Hice lo que me dijiste. —Travis se incorporó con rapidez y la cubrió con su cuerpo—. Tú sólo debes ir a la iglesia y seguir con el plan.

—Imposible, nadie se casaría conmigo y...

—Te aseguro que ella te agradecerá, no es una trampa y lo sabes. Jamás pondría en riesgo a la familia Humphrey.

Warrington analizó la situación por largos segundos y brindándoles una rápida mirada, alzó la mano e hizo que su gente se apartara del camino.

—Si lo que me dices es mentira, te esperaré con la cabeza de Richmond en la mano.

Penelope se tensó y miró a Travis con preocupación.

—Te prometo que ella llegará.

Esas palabras fueron más que suficientes para que el conde diera un paso hacia atrás y ellos pudieran volver al carruaje para seguir con su escape a Escocia.

—Travis...

—No hablemos de lo ocurrido, por favor —suplicó y entrelazó sus manos con firmeza—. Lo único que importa es que estamos juntos y el conde no volverá a ser una amenaza para tu hermano ni tu familia.

Penelope apartó la hilera de sangre de su mentón y lo besó.

—Tienes razón —musitó más tranquila y se apoyó contra su pecho para que él la envolviera en su brazo—. No hay razón para amargarnos cuando por fin logramos despertarnos de una horrible pesadilla.

—Tendremos nuestro final feliz —observó él y ella asintió—. Sólo necesité secuestrarte tres veces para poder hacerte mi esposa —se mofó y ella no pudo evitarlo y se rio por lo alto.

—Eres un idiota.

—Sí, y espero que estés lista, porque siempre seré tu idiota —prometió y dejó un casto beso en su coronilla, dejándole saber que, a partir de ese momento, nada ni nadie podría separarlos.

Aunque, por alguna extraña razón, no podía dejar de preguntarse qué insensata mujer decidió tomar su lugar el día de su boda.

«Sea quien sea, le debo mi felicidad», pensó más tranquila y durante los siguientes días, no hizo más que saborear todo el amor que Travis Spinster, el americano que odió por años, podía darle.

Fin

Epílogo

“Un duque puede hacer todo lo que desee, pero me pregunto si lo que sucedió el día de ayer es algo que puede pasarse por alto con tanta facilidad. La ruina de los Humphrey ha llegado, pero ahora no puedo hacer más que preguntarme qué hermano es el más escandaloso. Después de todo lo ocurrido, doy por sentado que Arabella Humphrey ahora pertenece al club de las solteras”.

Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth”.

Augustus estaba seguro de una cosa: la felicidad de sus hermanas era mil veces más importante que su mísera existencia.

Terminó de escribir la carta que redactó por horas para sus hermanas, disculpándose de las tres por su repentina decisión, y cuando abandonó su lugar con toda la intención de marcharse para presenciar el gran escándalo que su familia y Warrington protagonizarían, la sangre se le congeló al ver como Olivia ingresaba a su despacho.

—¿Qué haces vestida así? —frunció el ceño, estaba demasiado arreglada para su gusto—. Fui claro con todas ustedes, no asistirán a la iglesia.

—Hay algo que quiero hablar contigo —le informó y Augustus observó cómo se acercaba a su aparador para sujetar una botella de coñac. Por un momento intentó quejarse, pero en esta ocasión prefirió ver el bamboleo de sus lindas caderas.

—Estás demente si crees que dejaré que bebas —rodeó su escritorio y se plantó frente a ella—. Regresa a tu alcoba, los condes de Grafton vendrán por ustedes en media hora.

Era la última vez que la vería, después de tantos años de negación y resistencia, nunca pudo encontrar una mujer que desplazara a Olivia de su corazón. Siempre fue y sería ella, y ahora tendría que llevarse ese secreto a la tumba porque era un cobarde incapaz de admitir que se enamoró de la hija de su difunta nana, una mujer sin título, fortuna ni nada que pudiera ofrecerle.

—Me debes un favor —se tensó y observó su brazo de reojo—. Bebe una copa conmigo, ¿sí? —pidió y cuando él asintió, ella le dio la espalda para llenar dos copas.

—¿Quieres decirme algo? —planteó la pregunta después de un largo rato.

—Sí —se volvió hacia él y le entregó su copa—. Se trata de un tema bastante delicado —le dio un sorbo a la suya con nerviosismo y Augustus se sintió repentinamente sediento, por lo que bebió todo el líquido de un solo trago.

—Sé rápida.

Olivia miró su copa vacía con asombro y luego lo miró a él.

—¿Cambiarías de opinión si te pidiera que no te entregues? —Todo su cuerpo se tensó cuando ella dio un paso en su dirección y negó con la cabeza, Penelope ya no estaba y el conde no dudaría en cobrar su venganza, por lo que no había nada que él pudiera hacer para cambiar el curso de las cosas—. No quiero que vayas, quédate con tus hermanas —Dejó su copa de lado y Augustus dio un paso hacia atrás.

—No huiré del conde, no soy ningún cobarde —giró sobre su eje con toda la intención de marcharse, pero ahogó un juramento cuando una punzada atravesó su frente con violencia—. Diablos... —se hincó en un pie.

—¿Qué sucede? —jadeó ella y se arrodilló frente a él—. ¿Te sientes bien?

—No sé qué me pasa —se llevó una mano a la cabeza, ¿por qué le dolía tanto?—. Estaba en

perfecto estado antes de... —su voz fue muriendo y la sujetó de los brazos con fuerza—. ¿Qué me diste? —la zarandeó y ella lo miró con fijeza—. Habla, Olivia, ¿qué tenía esa bebida?

—Necesitas descansar, han sido días difíciles para ti —fue su única respuesta y perdió el control sobre sus brazos y cuerpo, por lo que terminó apoyado contra una silla.

—¿Por qué? —logró preguntar.

—Penelope, Charlotte y Arabella te necesitan, no puedes dejarlas tan pronto. —Augustus se alarmó al ver como sacaba unas sogas que se encontraban debajo de uno de los sillones.

¿Cuándo llegó eso ahí?

«Ella planeó esto», determinó con enojo.

—Tú no lo entiendes, no puedo permitir que el conde se case con ninguna de mis hermanas —soltó con esfuerzo y odió que ella lo atara de manos y pies con tanta facilidad—. Yo...

—Trata de calmarte, tengo el plan perfecto para quitarte al conde de encima.

—¿Qué?

—Te aseguro que nadie vendrá por ti —se arrodilló junto a él y acunó su rostro—. La razón por la que vine a hablar contigo, además de darte un somnífero —agregó azorrada—, es para informarte que tomaré el lugar de Penelope.

Para ese momento, Augustus ni siquiera podía mover su boca.

—No quiero que sientas culpa por nada. Ella merece estar con el hombre que ama y yo jamás podría permitir que te entregues, eres demasiado importante para mí.

Augustus empezó a respirar con dificultad, ella no podía casarse con el conde, ¡jamás permitiría algo así!

—Sé que lo hiciste por obligación, pero gracias por cuidar de mí todo este tiempo —musitó y sin previo aviso lo besó con ternura, helándole las venas—. A partir de ahora, no hay razón para que tú y yo volvamos a cruzarnos, te prometo que dejaré de ser un estorbo para tu familia. Por favor, no me odies mucho, ¿sí? —fue lo último que llegó a escuchar antes de que la oscuridad lo invadiera.

Una semana después

—He de admitir que esta idea me pareció muy buena —reconoció Penelope, observando su nueva casa a lo lejos, y miró a Travis sonriente—. Todo empezó en Horsham y no hay mejor lugar que este para pasar nuestra luna de miel.

—Ahora mismo no seremos bien recibidos en Londres, por lo que debemos dejar que las aguas se calmen un poco.

Ella asintió.

—¿Les informaste que llegaríamos?

—No tuve tiempo —la abrazó por la cintura y la besó con lujuria—. Estaba muy ocupado haciéndote el amor.

Penelope se estremeció en respuesta, pero no cayó en su trampa porque el carruaje se detuvo, informándoles que habían llegado a su destino.

—Llegamos —rompió el beso con voz traviesa y Travis suspiró con disgusto y bajó primero del carruaje para después ayudarla a descender—. Amo la calma que existe en este lugar.

—Yo también —reconoció él, pero antes de que pudieran dar un solo paso, Jessica y su madre salieron de la casa con paso apresurado, y Penelope se asustó al ver el pánico en sus semblantes—. ¿Qué pasó? —Travis dio un paso hacia adelante y ella tragó con fuerza.

—Lamento mucho ser portadora de esta noticia, milord, pero su hermana vino hace unos días y nos pidió que, si usted viene a Horsham, le informemos sobre la situación.

Travis se tensó.

—¿Sucedio algo malo?

—El duque de Richmond se robó a la novia del conde de Warrington y nadie sabe dónde se encuentran.

—¿Qué? —Penelope se asustó y miró a su esposo con horror—. ¿Quién era la mujer que iba a ocupar mi lugar? Mi hermano jamás...

—La Srta. Fletcher.

Las piernas le temblaron, ahora entendía por qué su esposo nunca quiso tocar ese tema durante el viaje.

—¿Cómo pudiste, Travis? —pateó el piso.

—Ella quería hacerlo, estaba decidida a salvarlos y me pidió que no rechazara su ayuda.

—Pero...

—Ella está bien —le cortó—, tu hermano la salvó, pero si no hubo una boda, el conde podría buscar venganza —le hizo notar el punto que realmente importaba y ella palideció.

—No, señor, sí hubo una boda —aclaró Jessica aceleradamente.

—¿Quién se casó con el conde de Warrington? —Penelope se acercó a la criada, pero lo siguiente que escuchó la dejó petrificada en su lugar.

—Su hermana, lady Charlotte Humphrey.

—Debemos volver a Londres —dijo lo primero que se le vino a la mente y Travis asintió.

Una semana, sólo salieron de la ciudad una semana y las cosas se habían complicado de una manera abismal.

—Tranquila, mi amor —Travis entrelazó sus manos y lo miró con disgusto—. Sé que estás molesta, pero ahora estamos juntos y te aseguro que podremos lidiar contra cualquier adversidad.

—Charlotte...

—La protegeremos hasta el final, esa es mi promesa.

Penelope se frotó las sienes con cansancio y agradeció que él la envolviera en sus brazos.

—¿No temes por Olivia? —inquirió su esposo y ella negó con la cabeza.

—Te aseguro que el lugar más seguro para ella es junto a mi hermano.

—¿Estás molesta conmigo?

—Supongo que es algo con lo que tendré que lidiar durante los siguientes años de mi vida —suspiró y lo buscó con la mirada—, tienes el don de sacarme de quicio.

Él se rio por lo alto y ambos sellaron su tregua con un beso pasional, olvidando por un momento todo el caos que su huida causó en la ciudad.